

**Reglas de cortesía y urbanidad cristiana**  
**Juan Bautista de la Salle**

**PREFACIO**

Causa sorpresa comprobar que la mayoría de los cristianos considera la cortesía o urbanidad como simple cualidad humana y mundana, y al no querer elevar su espíritu más arriba, no la miran como virtud que dice relación a Dios, al prójimo y a sí mismo. Es una prueba del poco cristianismo que reina en el mundo y de lo escasas que son las personas que en él viven y se conducen según el espíritu de Jesucristo.

Y sin embargo, ese espíritu es el único que debe animar todas nuestras acciones para hacerlas santas y agradables a Dios; lo cual es una obligación, como nos advierte San Pablo cuando nos dice, en la persona de los primeros cristianos, que pues debemos vivir por el espíritu de Jesucristo, igualmente debemos guiarnos en todo por este mismo espíritu. Como no hay acción en vosotros que no deba ser santa, según dice el mismo Apóstol, no puede haber acto alguno que no esté inspirado por motivos cristianos: y así, todas nuestras acciones externas, las únicas que puede regular la cortesía, deben siempre tener y llevar consigo cierto carácter de virtud.

Incumbe a los padres y madres tomar esto en consideración cuando educan a sus hijos; y los maestros y maestras encargados de instruir a los niños deben prestar a ello particular atención.

Cuando les propongan normas de cortesía no descuiden nunca el decirles que hay que ponerlas en práctica sólo por motivos puramente cristianos, que miran a la gloria de Dios y a la salvación. No dirán, pues, a los niños que dirigen que si no hacen tal o cual cosa se les criticará, perderán la estima, se les ridiculizará...; eso no vale sino para inspirarles el espíritu del mundo y alejarles del Evangelio.

Cuando quieran inducirles a determinadas prácticas exteriores en relación con la actitud corporal y la simple circunspección, cuidarán de moverles a ello por el motivo de la presencia de Dios, como hace San Pablo al advertir al respecto a los fieles de su tiempo: que su modestia debía ser notoria a todos los hombres porque el Señor estaba cerca, o lo que es igual, por respeto a la presencia de Dios ante el cual vivían.

Cuando les enseñen y les hagan practicar normas de cortesía en relación con los prójimos, les alentarán a no darles tales muestras de benevolencia, honor y respeto sino por ser miembros de Jesucristo y templos vivos y animados de su espíritu.

Así exhorta San Pablo a los primeros fieles cuando les escribe que amen a sus hermanos y tributen a cada cual el honor que merece, para mostrarse verdaderos siervos de Dios, dando testimonio de que honran a Dios en la persona del prójimo.

Si todos los cristianos se habituaran a no dar señales de benevolencia, estima y respeto sino con estas miras y por motivos de esta naturaleza, santificarían todas sus acciones por este medio, y permitirían discernir como se debe la cortesía y urbanidad cristianas de las que son puramente mundanas y casi paganas. Y al vivir así como cristianos auténticos, con modales exteriores conformes a los de Jesucristo y a los que exige su profesión, se les distinguiría de los infieles y de los cristianos de nombre, como cuenta Tertuliano que se reconocía y diferenciaba a los cristianos de su época por su exterior y su modestia.

La cortesía cristiana es, pues, el proceder discreto y regulado que se traduce en las palabras y acciones exteriores mediante un sentimiento de modestia o respeto, o de unión y caridad de cara al prójimo, y que toma en consideración el tiempo, el lugar y la persona con la que se conversa; y esta cortesía en cuanto mira al prójimo se llama más propiamente urbanidad.

En las prácticas de cortesía y urbanidad hay que tener en cuenta el tiempo: pues las hay que estuvieron en uso en siglos pasados, e incluso hace algunos años, y que hoy ya no se practican; y el que intentara seguir utilizándolas pasaría por singular, en lugar de ser considerado como persona cortés y distinguida.

Igualmente en lo que mira a la cortesía hay que conducirse según lo que se practica en el país donde uno vive o en el que se halla, pues cada nación tiene sus costumbres particulares de cortesía y urbanidad, por lo que muy a menudo lo que es indecoroso en un país pasa por cortés y digno en otro.

Incluso hay cosas que la cortesía exige en ciertos ambientes concretos y que en otros están totalmente prohibidas, pues lo que debe practicarse en el palacio del rey o en su cámara no debe hacerse en otro lugar, ya que el respeto que se debe a la persona del rey pide que se tengan ciertas atenciones en su casa que no hay por qué repetir las en la de un particular.

Por lo mismo, uno se comporta de manera diferente en su propia casa que en la ajena, y en casa conocida, de otro modo que en la del que no se conoce.

Si, pues, la urbanidad pide que se tenga y se manifieste particular respeto a ciertas personas, el cual no se debe, y hasta sería descortés, manifestarlo a otros, es preciso que cuando se tropiece con alguien o se converse con él se tenga en cuenta su condición, para tratarlo y actuar con él como lo pide su calidad.

También debe uno considerarse a sí mismo y lo que es; puesto que el inferior a otros debe profesar sumisión a los que le son superiores, bien sea por alcurnia, por el empleo o por su calidad, y manifestarles mucho mayor respeto que el que les mostraría otro que fuera igual que ellos.

Un campesino, por ejemplo, debe exteriorizar más reverencia a su señor que un artesano que no dependiera de él; y este artesano debe expresar mucho más respeto a dicho señor que un gentilhomme que fuera a visitarle.

La cortesía y la urbanidad, por consiguiente, no consisten en el fondo sino en prácticas de comedimiento y de respeto para con el prójimo; y como ese comedimiento brilla más en la compostura y el respeto con el prójimo en las acciones ordinarias, que casi siempre se realizan delante de los demás, ha parecido bien tratar en este libro por separado de ambas cosas :

1. De la circunspección que debe aparecer en los modales y compostura de las diferentes partes del cuerpo.
2. De las señales exteriores de respeto o de afecto especial que deben tributarse, en las diversas acciones de la vida, a todas las personas ante quienes se realizan, y con las que cabe tener que tratar.

## **PRIMERA PARTE**

### **DE LA CIRCUNSPECCIÓN QUE DEBE APARECER EN LOS MODALES Y COMPOSTURA DE LAS DIFERENTES PARTES DEL CUERPO**

#### **Capítulo 1 Modales y compostura de todo el cuerpo**

Lo que más contribuye a dar elegancia a una persona y a que sea considerada como persona prudente y educada es el mantener todas las partes de su cuerpo en la posición que la naturaleza o el uso exigen.

Para esto hay que evitar varios defectos. El primero de ellos es la afectación y encogimiento, que hacen a la persona amanerada en su exterior, lo que es totalmente opuesto a la urbanidad y a las reglas de la circunspección.

Hay que guardarse asimismo de cierta negligencia que manifiesta laxitud y flojera en el proceder haciendo a la persona despreciable, ya que esta mala costumbre delata bajeza de espíritu y también de nacimiento o de educación.

Préstese particular atención a no aparentar ligereza en el porte, lo que sería efecto de un espíritu flojo. Quienes tengan un espíritu naturalmente ligero y atolondrado, si no quieren caer en este defecto o desean corregirse del mismo, hagan de suerte que no muevan sin atención ninguno de los miembros de su cuerpo y no lo hagan si no es con mucha mesura. Los que son de temperamento activo y precipitado deben entrenarse mucho para no obrar nunca sino con gran moderación, traten de pensar antes de obrar y de mantener el cuerpo tanto como puedan en una misma postura y situación.

Aunque no convenga aparentar un exterior estudiado, es preciso saber ordenar todos los movimientos y regular el comportamiento de todas las partes del cuerpo. Enséñeselo con todo cuidado a los niños y las personas, cuyos padres fueron negligentes en formarles en su niñez, aplíquenselo de un modo particular, hasta acostumbrarse y conseguir que tales prácticas les sean cómodas y como naturales.

Es necesario que en el porte de una persona figure siempre algo de gravedad y majestuoso; pero se pondrá empeño en que no haya nada que sienta orgullo o altivez de espíritu, ya que esto desagrade en extremo a todo el mundo. Esta gravedad sólo es fruto de la mesura y sensatez que el cristiano debe mostrar en toda su conducta. Siendo de estirpe elevada, puesto que pertenece a Jesucristo y es hijo de Dios, el ser soberano, nada bajo puede tener ni mostrar en su exterior; todo en él debe tener un aire de altura y de grandeza que guarde alguna relación con el poder y la majestad de Dios a quien sirve y que le ha dado el ser, pero que no procede de la estima de sí ni de la preferencia a los demás. Ya que debiendo todo cristiano conducirse según las reglas del Evangelio, debe tributar honor y respeto a todos los demás, mirándolos como a hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, y considerándose como un hombre cargado de pecados, debe humillarse continuamente y ponerse por debajo de ellos.

Al estar en pie hay que mantener el cuerpo derecho, sin inclinarlo ni de un lado ni del otro, ni inclinarse como un viejo que ya no puede sostenerse. Es muy indecoroso enderezarse con afectación, apoyarse contra un muro o cualquier otra cosa, contorsionar el cuerpo o estirarse indeciblemente.

Al estar sentado no debe uno distenderse flojamente, ni apoyarse fuertemente en el respaldo de la silla; es indecoroso el estar sentado demasiado bajo o demasiado alto, a menos que no haya otra posibilidad, y es mejor normalmente estar sentado demasiado alto que demasiado bajo; pero si se está en compañía, hay que ceder siempre, sobre todo a las mujeres, los asientos más bajos, por considerarlos más cómodos.

Ni el frío, ni otros sufrimientos o incomodidades permiten tomar posturas indecorosas, y es contrario a la urbanidad el manifestarlas con el porte, a menos que sea imposible hacer de otro modo.

El no poder soportar nada sin manifestarlo exteriormente es asimismo signo de excesiva blandura y delicadeza.

#### **Capítulo 2 La cabeza y las orejas**

Para llevar la cabeza con urbanidad hay que mantenerla derecha, sin bajarla ni inclinarla a derecha o izquierda; evitar encerrarla o hundirla entre las espaldas; girarla en todas direcciones es propio de un espíritu ligero y cambiarla frecuentemente de posición es signo de inquietud y de perplejidad. Levantar la cabeza con afectación demuestra arrogancia. Es totalmente opuesto al respeto debido a una persona, levantarla, sacudirla, o bambolearla cuando nos habla, porque esto pone de manifiesto que no se le tiene la estima que le es debida y que no se está dispuesto a creer ni a hacer lo que nos dice.

No debe uno permitirse jamás la libertad de apoyar la cabeza en la mano como si no se pudiera sostener.

Rascarse la cabeza al hablar o cuando se está con otro sin hablar, es muy indecoroso e indigno de una persona bien nacida: es al mismo tiempo efecto de grave negligencia y desaseo, ya que ordinariamente es consecuencia de no haber puesto bastante cuidado en peinarse y tener la cabeza limpia. Este particular cuidado tendrán las personas que no usan peluca, no dejar suciedad ni grasa sobre su cabeza, porque sólo las personas mal educadas caen en esta negligencia y debe considerarse la limpieza del cuerpo, y en particular de la cabeza, como signo exterior y sensible de la pureza del alma.

La modestia y la honestidad exigen que no se deje acumular mucha suciedad en las orejas; convendrá, pues, limpiarlas de cuando en cuando con un instrumento adecuado, llamado por eso mondaoídos. Es muy descortés servirse para ello de los dedos o de un alfiler; hacerlo en presencia de otras personas es contrario al respeto que se les debe; este mismo respeto se debe a los lugares sagrados.

No es decoroso llevar una pluma en la oreja, ni flores, tener las orejas perforadas o usar pendientes: esto no sienta bien a un hombre por ser signo exterior de esclavitud, lo cual no le conviene.

El adorno más bello para las orejas es el que estén aseadas y sin aditamentos; los hombres, de ordinario, deben taparlas con los cabellos, las mujeres las llevan más descubiertas; y a veces es costumbre, sobre todo en las mujeres de la nobleza, que lleven perlas, diamantes o piedras preciosas pendientes de las orejas. Con todo, es más discreto y más cristiano no añadir a las orejas adorno alguno, porque por ellas entra la Palabra de Dios en el espíritu y en el corazón, y el respeto que se debe profesarse a esta divina Palabra tiene que impedir que se le acerque nada con resabios de vanidad.

No hay mejor adorno para las orejas de un cristiano que el estar bien dispuestas a escuchar atentamente y recibir con sumisión las instrucciones en torno a la religión y máximas del santo Evangelio. Por esta causa los santos cánones han prescrito a todos los eclesiásticos el tener las orejas totalmente descubiertas, para que entiendan que deben estar siempre atentos a la ley de Dios, a la doctrina de la Verdad y a la ciencia de la Salvación de las que ellos son los depositarios y los dispensadores.

### **Capítulo 3 Los cabellos**

No hay nadie que no deba tomar por regla y práctica el peinarse todos los días y no hay que presentarse nunca ante quien sea con los cabellos desordenados y desaliñados. Téngase sobre todo cuidado de que no tengan parásitos ni piojos. Esta preocupación y estos cuidados son particularmente importantes para los niños.

Aunque fácilmente pueda omitirse el poner polvos sobre sus cabellos y que la cosa pueda tacharse de ser hombre afeminado, hay que procurar no tener los cabellos grasientos; por esto, cuando lo son naturalmente se los puede desengrasar con salvado, o poner polvo en el peine para secarlos y, si es posible, quitarles la humedad que podría estropear la ropa y los vestidos.

Es muy descortés peinarse en presencia de otros, pero es una falta insoportable el hacerlo en la iglesia. Es un lugar en el que se debe estar muy limpio por el respeto que se debe a Dios: pero el mismo respeto obliga a no entrar en ella si no se está limpio.

Si San Pedro y San Pablo prohíben a las mujeres ensortijarse los cabellos, con mayor razón condenan estos arreglos en los hombres que, teniendo naturalmente mucha menos inclinación a esta clase de vanidades que las mujeres, deben, por consiguiente, despreciarlas mucho más y estar mucho más alejados de abandonarse a ellas.

Así como no conviene tener los cabellos muy cortos, cosa que desfiguraría a la persona, hay que procurar también que no sean demasiado largos y en particular que no caigan sobre los ojos. Por esto es bueno cortarlos convenientemente de cuando en cuando.

Hay personas que por comodidad, cuando tienen calor o algo que hacer, meten sus cabellos detrás de las orejas o debajo del sombrero. Esto es muy indecoroso siendo siempre conveniente dejar caer los cabellos naturalmente. Es también cortés y distinguido no tocarlos sin necesidad, y el respeto debido a los demás exige no poner la mano sobre los propios cabellos en su presencia.

Guárdese, pues, mucho de pasar varias veces la mano plana sobre la cabeza alisando los cabellos, estirándolos o rizándolos con los dedos, pasando los dedos a través como para peinarlos, sacudiéndolos descortésmente agitando la cabeza. Son modales inspirados por la comodidad o la grosería pero que la urbanidad, la modestia y el respeto del prójimo no pueden sufrir.

Es mucho más descortés tener una peluca mal peinada que los propios cabellos. Por esto, los que la usan deben cuidar de tenerla siempre a punto, ya que los cabellos que la componen, careciendo del sustento propio, tienen necesidad de ser peinados y ajustados con mucha más solicitud que los cabellos naturales, para que se mantengan aseados.

Una peluca es mucho más apropiada y adecuada a la persona que la lleva cuando es del color de los cabellos propios que cuando es más morena o más rubia. Los hay, sin embargo, que la tienen tan ensortijada y de un rubio tan claro que más parece de mujer que de hombre.

Aunque no sea necesario menospreciar esta clase de adornos, cuando están en uso, es, sin embargo, contra la conveniencia y la sensatez del hombre destinar mucho tiempo y trabajo para tenerlos limpios y siempre a punto.

### **Capítulo 4 La cara**

Dice el Sabio que se conoce al hombre cuerdo, por el aspecto de su cara. Por esta causa, cada uno debe disponer su rostro de modo que pueda a un tiempo ser amable y edificar al prójimo por su exterior.

Para hacerse agradable, no debe haber en el rostro nada que sea severo o repugnante, no debe aparecer tampoco nada huraño ni salvaje; no debe verse en él nada que sea ligero o parezca escolar; todo debe tener en él un aspecto grave y sensato. Tampoco es decoroso tener un rostro melancólico y malhumorado; es preciso que en él nada insinúe la pasión o cualquier otra afeción desordenada.

El rostro debe ser alegre, sin disolución ni dispación; debe ser sereno, sin ser demasiado libre; simpático sin dar muestras de familiaridad demasiado grande. Debe ser dulce, sin blandura y sin mostrar algo que parezca ligereza; pero ha de dar a todos muestra de respeto, o al menos de afecto y de benevolencia.

Con todo es conveniente componer el rostro según los diferentes casos y ocasiones que se presentan, ya que, debiendo compadecer al prójimo y mostrar por lo que aparezca en la cara que se comparte sus penas, no debe tenerse un rostro risueño y alegre cuando se trae alguna noticia triste, o algo penoso le haya sucedido a alguien, y tampoco se tendrá un rostro triste al ir a comunicar algo agradable o que traerá alegría.

Respecto de los propios asuntos, un hombre avisado debería procurar ser siempre él mismo y tener su rostro siempre igual, puesto que ni la adversidad debe abatirle, ni la prosperidad hacerlo más alegre. Debe mantener su rostro siempre tranquilo, que no cambie fácilmente de disposición o movimiento según lo que suceda, agradable o desagradable.

Las personas cuyo rostro cambia en cada ocasión son muy incómodas y es muy penoso soportarlas. Tan pronto están alegres como tristes y melancólicas, a veces inquietas, otras con prisas. Todo esto muestra que la persona no es virtuosa ni trabaja en corregir sus pasiones, que sus modos de obrar son enteramente humanos y naturales y nada según el espíritu del cristianismo.

Tampoco hay que presentar un rostro risueño y libre a toda clase de personas.

Es bueno mostrar mucha discreción en el rostro cuando se encuentra uno con personas a las que se debe gran respeto y es cortés el tener un aspecto grave y serio en su presencia. Es asimismo prudente no tener un rostro demasiado accesible frente a los inferiores, en particular con los criados. Y si se está obligado a mostrarles dulzura y condescendencia, también es importante el no familiarizarse.

Respecto a las personas con las que se es libre y con las cuales se obra ordinariamente, es bueno presentar un rostro más simpático, a fin de dar de este modo más facilidad y atractivo a la conversación.

El aseo pide limpiar todas las mañanas la cara con un paño blanco, para desengrasarla. No es tan conveniente lavarla con agua, pues ello la torna más sensible al frío en invierno y al bochorno en verano.

Es faltar al decoro frotar y tocarse cualquier parte del rostro con las manos desnudas, sobre todo si no es necesario; si es preciso hacerlo, por ejemplo para quitar alguna suciedad, hay que hacerlo ligeramente con la extremidad del dedo, y cuando se vea uno obligado a secar el rostro durante el calor, deberá utilizar el propio pañuelo, no frotar con fuerza ni hacerlo con las dos manos.

No es educado soportar suciedad o barro sobre el rostro. Sin embargo, hay que evitar limpiarse en presencia de otros y si sucede que se descubre su existencia estando en compañía, hay que cubrirse el rostro con el sombrero para quitarlo. Es muy indecoroso, demuestra mucha vanidad y no conviene a cristianos, ponerse lunares en la cara y maquillarla con polvos y carmín.

## **Capítulo 5 La frente, las cejas y las mejillas**

Es poco decente tener el rostro arrugado. Ordinariamente es signo de un espíritu inquieto y triste. Hay que procurar que no presente rudeza, sino, más bien, un aire de cordura, placidez y benevolencia.

El respeto que se debe al prójimo no permite, al hablar de alguien, golpearse la frente con el extremo del dedo para indicar que es una persona aferrada a su sentir y a su propio juicio, o golpear con el dedo curvado la frente de otro para darle a entender que se tiene este parecer de él.

Es familiaridad mal vista que dos personas se froten o se golpeen la frente, aunque sea por juego, la una contra la otra. Esto no va con personas razonables.

Es descortés fruncir las cejas; es signo de altivez. Es preciso tenerlas siempre extendidas. Elevarlas es signo de desprecio; bajarlas hacia los ojos, indica melancolía. No es conveniente llevarlas muy cortas, pues la buena educación pide que cubran la carne y que sean suficientemente aparentes.

El adorno más bello de las mejillas es el pudor que las enrojece, en una persona bien nacida, cuando se pronuncia en su presencia alguna palabra deshonesta, alguna mentira o maledicencia. Sólo los insolentes y los desvergonzados son capaces de mentir osadamente, o decir o hacer cualquier indecencia sin que sus mejillas enrojezcan.

No es cortés el mover demasiado las mejillas, o tenerlas demasiado apretadas. Lo es todavía menos el hincharlas, lo cual denota arrogancia o algún violento impulso de cólera.

Al comer hay que hacer de modo que las mejillas no se levanten, y es muy descortés comer a dos carrillos. Cuando esto sucede es señal de que se come con extrema avidez, lo que no puede ser efecto más que de una glotonería totalmente inmoderada.

No hay que tocar nunca las mejillas propias, ni las ajenas, para halagarle. Es preciso guardarse bien de pellizcarlas, sea quien sea, aunque se trate de un niño: causa muy poca gracia.

Tampoco puede tomarse uno la libertad de tocar la mejilla, aun cuando no fuera más que por reír y a modo de juego; todas estas maneras son familiaridades que nunca están permitidas.

Abofetear a un hombre constituye una gran injuria. En el mundo se considera afrenta intolerable. El Evangelio aconseja sufrirla y quiere que los cristianos que procuran imitar a Jesucristo en su paciencia, estén dispuestos, y aun prestos, después de recibir una bofetada, a presentar la otra mejilla para recibir la segunda; pero prohíbe darlas. Sólo un grave acceso de cólera o un deseo de venganza puede impulsar a hacerlo.

Un hombre cuerdo no debe levantar nunca la mano contra otro. La urbanidad y la honestidad no se lo permiten, ni siquiera contra un criado.

## **Capítulo 6 Los ojos y la vista**

Dice el Sabio que a menudo se conoce por los ojos lo que uno lleva en el fondo del alma, su bondad o su mala disposición (Eclo 19, 29); y si bien no es enteramente seguro, sí suele ser una señal bastante corriente. Por esto, uno de los primeros cuidados que hay que tener en cuanto a lo exterior, es el de componer los ojos y regular el modo de mirar.

La persona que quiere hacer profesión de humildad y modestia y tener un exterior formal y sereno, tiene que conseguir que sus ojos sean dulces, pacíficos y comedidos.

Aquellos a quienes la naturaleza les ha negado esta ventaja y no gozan, por tanto, de dicho atractivo, deben esforzarse por corregir tal carencia mediante cierta compostura risueña y modesta, cuidando que sus ojos no resulten más desagradables [aún] por su negligencia.

Los hay con ojos terribles, que revelan un hombre encolerizado o violento; otros los tienen excesivamente abiertos y miran con osadía: es señal de espíritus insolentes, que no respetan a nadie.

A veces algunos tienen ojos extraviados, que nunca se detienen y miran sin parar a un lado y a otro: es típico de espíritus ligeros. Otros, en alguna ocasión, tienen los ojos tan fijos en un objeto que parece que quieren devorarlo con la mirada; y, no obstante, sucede a menudo que tales individuos no prestan la mínima atención al objeto que tienen delante: de ordinario son personas que están pensando intensamente en algún negocio que les interesa mucho más; o bien divagan sin detener su mente en cosa concreta.

Hay otros que miran al suelo fijamente, y a veces incluso alternativamente, a los lados como quien busca algo que acaba de perder: son espíritus inquietos y desconcertados, que no saben qué hacer para salir de su desazón.

Estas diversas maneras de fijar los ojos y de mirar son enteramente opuestas a la cortesía y a la distinción, y no se las puede corregir sino manteniendo el cuerpo y la cabeza derechos, con los ojos modestamente bajos, y procurando conservar un exterior natural y simpático.

Si es impropio llevar la vista muy elevada, también lo es, para los que viven en el mundo, llevarla muy baja: eso tiene más pinta de religioso que de seglar. Si bien los eclesiásticos y los que pretenden serlo deben dejarse ver con mirada modesta y exterior muy circunspecto, ya que conviene a los consagrados, y a los que desean entrar en este estado, acostumbrarse a la mortificación de los sentidos y mostrar por su modestia que, estando consagrados a Dios o deseando serlo, tienen el espíritu ocupado en él y en lo que le concierne.

Se puede adoptar respecto a los ojos la norma de tenerlos medianamente abiertos, a la altura del cuerpo, de modo que se pueda percibir distinta y fácilmente a todas las personas con las que se está. No se debe fijar la vista sobre nadie, particularmente sobre las personas de sexo diferente o que sean superiores; y, al mirar a una persona, deberá ser de modo natural, dulce y honesto, tal que la mirada no delate ninguna pasión ni afecto desordenado.

Es muy descortés mirar de través, ya que es signo de desprecio, cosa que no puede permitirse salvo, a lo más, a los amos respecto de sus criados, al reprenderles de alguna falta grave en la que hubieren caído. Produce mala impresión mover continuamente los ojos, guiñarlos una y otra vez, todo lo cual es índice de poco juicio.

No es menos contrario a la urbanidad que a la misericordia, el mirar con curiosidad y ligereza todo lo que se ofrece y debe procurarse no mirar demasiado lejos y sólo delante de sí, sin volver la cabeza y los ojos de un lado a otro. Pero como el espíritu del hombre le impulsa a verlo y saberlo todo, es muy necesario velar sobre sí mismo para abstenerse de ello, dirigiendo a menudo a Dios estas palabras del Profeta Rey: Dios mío, desvía mis ojos y no permitas que se paren a mirar cosas inútiles.

Es muy descortés mirar por encima del hombro, volviendo la cabeza: hacerlo es despreciar a las personas presentes. Dígase lo mismo de mirar por detrás o por encima de la espalda de otra persona que lee o tiene alguna cosa, para enterarse de lo que lee o tiene.

Hay defectos, con relación a la vista, que manifiestan tanta vulgaridad o ligereza que, de ordinario, sólo los niños o los escolares pueden caer en ellos. Por chabacanos que sean, nadie extraña el que figuren aquí, con el fin de que los niños se guarden de ellos y de que se les pueda vigilar para impedir que se entreguen a los mismos.

Los hay que hacen muecas para parecer horribles, otros remedan a los bizcos o bisojos para provocar la risa. Los hay que levantan los párpados con los dedos; otros miran cerrando un ojo, como los ballesteros cuando apuntan. Todos estos modos de mirar don descorteses e indecorosos. No hay personas razonables ni niños educados, que no consideren estas muecas indignas de un hombre cuerdo.

## **Capítulo 7 La nariz y la manera de sonarse y de estornudar**

No es decoroso fruncir la nariz. Ordinariamente lo hacen los guasones. También es descortés removerla; ni siquiera hay que tocarla, ni con la mano ni con los dedos desnudos.

La urbanidad exige tenerla limpia, siendo muy vil dejarla llenarse de moco, ya que la nariz es el honor y la belleza del rostro, la parte más aparente de nuestro cuerpo.

Se considera muy grosero hurgar continuamente las narices con el dedo, y mucho más el meter en la boca lo que se ha sacado de las narices, o incluso el dedo que se metió en ellas: este proceder es capaz de dar náuseas a los que lo presencian.

Es muy feo sonarse con la mano desnuda, pasándola por debajo de la nariz, o sonarse con la manga, o los vestidos. Es muy contrario a la urbanidad sonarse con los dedos, echar después el moco al suelo y luego secar los dedos en los vestidos, sabiendo cuán desagradable es ver tales suciedades sobre los vestidos, que deben estar siempre muy limpios, por pobres que sean, ya que son ornamento de un siervo de Dios y de un miembro de Jesucristo.

Hay quien aprieta la nariz con un dedo y, en seguida, soplando con la nariz, empuja la suciedad que contiene al suelo. Los que así obran son gentes que no saben nada de la urbanidad.

Hay que servirse siempre del propio pañuelo para sonarse y nunca de otra cosa, y, al hacerlo, cubrir ordinariamente la cara con el sombrero o, al menos, si no hay muchas personas y se puede desviar fácilmente la cabeza de los demás, hay que hacerlo, sonándose fuera de su presencia.

Al sonarse hay que evitar hacer ruido con la nariz, soplar demasiado fuerte con las narices y zumbiar, pues causa muy mala impresión.

Estando a la mesa, es conveniente cubrirse con la servilleta y esconder lo más posible la cara, pues no es cortés sonarse a la vista.

Antes de sonarse es mal educado emplear mucho tiempo para sacar el pañuelo, y es falta de respeto a las personas presentes desplegar sus diferentes partes para ver de qué lado se sonará. Hay que sacar el pañuelo y sonarse rápidamente de modo que pase casi desapercibido de los demás.

Se debe evitar, después de sonarse, mirar el pañuelo, pero está bien visto el plegarlo rápidamente y meterlo en el bolsillo.

No es cortés tener el pañuelo en la mano, ni ofrecerlo a otro para lo que sea, aunque esté limpio. Con todo, si una persona lo pide con insistencia, podrá prestárselo.

Cuando se siente la necesidad de estornudar no hay por qué reprimirla, pero es conveniente al menos, poner un poco la cabeza de lado, protegerse con el pañuelo y estornudar luego con el menor ruido posible. Después hay que agradecer a la persona que haya saludado haciéndole la reverencia.

Cuando alguien estornuda no se debe decir en alta voz: Dios le bendiga o Dios le asista. Únicamente se debe, sin proferir palabra alguna, descubrirse y hacer la reverencia, reverencia profunda, inclinándose mucho, si se refiere a una persona digna de mucho respeto.

Es costumbre bastante común tomar rapé; con todo, es mejor no tomarlo, particularmente cuando se está en compañía; y nunca hay que hacerlo en presencia de personas a las que se debe respeto. Siempre es indecoroso mascar tabaco o meter hojas en la nariz; no lo es menos fumarlo en pipa, y es intolerable hacerlo delante de señoras.

Si una persona de calidad toma tabaco delante de los que lo acompañan y se lo ofrece, éstos no pueden rehusarlo por el respeto que le deben, y en caso de que les repugne tomarlo por la nariz, bastará fingir que se toma.

Si la costumbre de tomar tabaco se puede permitir a los hombres, dado que el uso lo ha tolerado ya, no puede introducirse entre mujeres, y es totalmente descortés el que lo tomen.

También es indecoroso a los que toman tabaco, tener continuamente un pañuelo en la mano, y verlo lleno de suciedad y de tabaco, cosa que no podrán evitar los que toman frecuentemente rapé por la nariz.

Es preciso que el tomar rapé en compañía de otros sea poco frecuente, y que no se tenga continuamente la tabaquera en las manos, ni las manos llenas de tabaco: procúrese que no caiga sobre la ropa ni sobre los vestidos, ya que no es decoroso que sea visto en ellos, y para que esto no suceda hay que tomar poco cada vez.

## **Capítulo 8 La boca, los labios, los dientes y la lengua**

La boca no debe estar ni demasiado abierta, ni demasiado cerrada, y, al comer, no tener nunca la boca llena, sino comer con tal moderación que se esté en disposición de poder hablar fácilmente y ser comprendido cuando la ocasión se presente.

Por cortesía, se debe tener siempre la boca limpia, y para ello conviene lavarla todas las mañanas; pero no se debe hacer en la mesa o delante de otros.

La urbanidad no permite tener nada en la boca, prohíbe tener alguna cosa entre los labios, o entre los dientes: por esto no se debe poner la pluma en la boca cuando se escribe, ni flores en ninguna ocasión.

Produce mal efecto apretar mucho los labios, o incluso morderlos, y nunca deben mantenerse entreabiertos; y resulta insoportable el hacer muecas y poner hocicos. La posición que se les debe dar es la de tenerlos siempre juntos uno con otro, suavemente y sin fuerza.

No sienta bien hacer temblar los labios, ni al hablar ni en ninguna otra ocasión; deben estar siempre cerrados y no moverlos ordinariamente más que para comer o hablar.

Los hay a veces que elevan tanto el labio superior y bajan el inferior que los dientes llegan a aparecer totalmente; este proceder es completamente contrario al decoro que no quiere que se vean nunca los dientes al descubierto, ya que la naturaleza no los ha cubierto de labios sino para esconderlos.

Se debe procurar tener los dientes muy limpios, pues es muy descortés que se vean negros, mugrientos o llenos de suciedad. Por esto es conveniente limpiarlos de cuando en cuando, particularmente por la mañana, después de comer; con todo no debe hacerse en la mesa, delante de todos, lo que sería falta de recato y de respeto.

Evítese servirse de las uñas o de los dedos, o de un cuchillo para limpiarse los dientes: está bien visto hacerlo con un instrumento a propósito, llamado mondadientes, o con un fragmento de pluma cortado al efecto, o con un paño grueso. Es ignorar en qué consiste la urbanidad el rechinar o crujiir los dientes. No hay que apretarlos demasiado al hablar, ni hablar entre dientes, defecto al que, para corregirse, se prestará atención procurando abrir bien la boca al hablar a alguien.

Es gran descortesía tocarse un diente con la uña del pulgar para expresar desdén o desprecio a alguna persona o cosa: es todavía peor decir al hacerlo: me importa un comino.

Es vergonzoso e indigno de toda persona bien nacida sacar la lengua por desprecio, o para negar lo que otro pide, y es grosero sacarla hasta el borde de los labios y moverla de un lado al otro; no es menos descortés el poner la lengua o el labio inferior, sobre el labio superior para recoger agua o mocos caídos de la nariz para meterlos luego en la boca. A los que tan mal educados son como para caer en esta clase de defectos les conviene servirse de un espejo para corregirse de ellos, ya que, sin duda, no podrán verse hacer cosas tan groseras sin condenarlas.

Está, pues, de acuerdo con la urbanidad el que la lengua permanezca siempre encerrada por los dientes y no salga nunca fuera, ya que es todo el espacio que la naturaleza le ha dado.

## **Capítulo 9 El habla y la pronunciación**

Como el habla se hace por la boca, los labios, los dientes y la lengua, parece ser éste el lugar en que se hable de ellos. Para hablar bien y hacerse oír de los demás es preciso abrir bien la boca y procurar no precipitarse al hablar, no diciendo ninguna palabra atolondradamente o a la ligera; esto impide, sobre todo a los de temperamento activo, pronunciar bien.

Al hablar procúrese tomar un tono de voz natural y pausado, bastante alto para poder ser oído de las personas con las que se habla, puesto que sólo se habla para hacerse oír. Con todo es mal educado gritar al hablar y emplear un tono de voz tan alto como si se hablase a sordos.

Una cosa a la que se debe prestar mucha atención al hablar es que la voz no tenga resabios de dureza, aspereza o altivez, sea cual fuere la persona con quien se habla; hay que hacerlo siempre con naturalidad y benevolencia.

Hablar por la nariz es ridículo. Para que la mala disposición de la nariz no dé ocasión de hacerlo, hay que procurar que no esté obstruida y que esté siempre muy limpia y sin suciedad.

Los que cecean o desean corregirse de este defecto deben procurar fortalecer su voz apoyando esforzadamente sobre las letras o sílabas que no pueden pronunciarse bien; esto les hará, por lo menos, la pronunciación más fácil.

Es importante para el futuro que los niños se apliquen a corregir estos defectos ya que después es casi imposible dejar la costumbre contraída de ciertos modos de hablar y, aunque se dé un cuenta en edad más avanzada de que resulta inconveniente y desagradable, ya no se puede dejar para tomar otra.

Es malo hablar solo; ordinariamente no debe hacerse, pudiendo convenir únicamente a un hombre apasionado o loco, o a alguien que medita algo para sí y toma decisiones que le conciernen y medidas para ejecutarlas.

Entre lo más importante al hablar está el hacer sonar bien todas las letras y sílabas y pronunciar separadamente todas las palabras. No olvidar el pronunciar la consonante final de una palabra, cuando la palabra siguiente empieza por vocal; no se debe, en cambio, pronunciar la consonante final cuando la primera letra de la palabra siguiente es también una consonante.

Dos clases de defectos deben evitarse en la pronunciación: los unos conciernen la pronunciación en sí misma, los otros el modo de pronunciar.

Respecto de la pronunciación en las charlas ordinarias, es necesario que sea igual y uniforme, que no se cambie de tono a cada momento como un predicador. Es necesario asimismo mantenerla firme, evitando bajarla al final de las palabras; es más, hay que tomarse la molestia de pronunciar más fuerte el final de las palabras y períodos que el principio, a fin de ser oído correctamente. Es también necesario que sea entera, sin omitir letra ni sílaba que no se pronuncie del todo bien. Es preciso, finalmente, que sea totalmente exacta, que no se cambie ninguna letra por otra.

Hay varias clases de formas de pronunciar muy deseducadas; los hay que pronuncian de manera floja, lenta y lánguida; la gente que habla así es muy desagradable y parece que siempre se está quejando. Esta pronunciación delata en ellos cobardía y flojera en su conducta; este defecto es más frecuente, y también más tolerable, en las mujeres que en los hombres, pero no hay nadie que no tenga que esforzarse en corregirse del mismo.

Hay otros cuya pronunciación es pesada y tosca, sobre todo entre los aldeanos; corregirán este defecto suavizando el tono de la voz y evitando apoyar tan fuertemente las palabras y las sílabas.

Hay algunos cuyo modo de hablar es duro y brusco, lo que es deseducado en extremo; para corregirse hay que hablar siempre suavemente, atentos a sí mismos, mostrándose simpático a los demás.

Otros tienen una pronunciación aguda y precipitada; el medio que pueden utilizar para cambiarla es emplear siempre un tono firme de voz y entrenarse en pronunciar todas las sílabas distintamente y con atención.

La pronunciación francesa debe ser al mismo tiempo firme, suave y agradable. Para aprender a hablar bien hay que empezar hablando poco, decir las palabras unas tras otras con moderación, pronunciar distintamente todas las sílabas

y todas las palabras y, sobre todo, no conversar ordinariamente más que con personas de lenguaje castizo y que pronuncien bien.

## **Capítulo 10 Bostezar, escupir y toser**

Es cortés abstenerse de bostezar en presencia de otros, sobre todo con personas a las que se debe respeto, ya que es señal de que nos aburre su presencia o su conversación, o de que se les tienen en poca estima; sin embargo, en caso de necesidad, debe dejarse de hablar, cubrirse la boca con la mano o el pañuelo y ponerse un poco de lado, para no ser visto por los otros al hacerlo; procúrese, sobre todo, al bostezar, no hacer nada que sea inconveniente; no se debe bostezar excesivamente; es muy incorrecto hacerlo con ruido y mucho más el estirarse y erguirse al hacerlo.

No hay que abstenerse de escupir y es feo tragarse lo que debe ser escupido, lo cual puede causar asco.

No hay que tomar la costumbre, sin embargo, de escupir con demasiada frecuencia y sin necesidad, lo que no sólo es muy descortés sino que además repugna e incomoda a todo el mundo. Hay que procurar que esta necesidad ocurra raras veces cuando se está en compañía, especialmente cuando se está con personas a las que se debe respeto.

Cuando se está con personas de calidad o en locales mantenidos limpios, hay que escupir en el propio pañuelo, volviéndose un poco de lado.

Convendría por educación, que cada uno se acostumbrase a escupir en el propio pañuelo cuando se está en casa de personas importantes y en todo local que esté encerado o con parquet, pero es mucho más necesario estando en la iglesia. El respeto debido a estos lugares consagrados a Dios y destinados a darle el culto que se le debe, pide que se conserven bien limpios y en honor, incluido el pavimento sobre el que se anda: sin embargo sucede que no hay suelo de cocina e incluso de establo que esté más sucio que el de la iglesia, a pesar de ser la morada y la casa de Dios sobre la tierra.

Después de haber escupido en el pañuelo hay que plegarlo enseguida sin mirarlo, y meterlo en el bolsillo.

Es muy descortés escupir por la ventana, o en el fuego, o sobre los tizones, contra la chimenea, contra el muro o en cualquier otro lugar en el que no se pueda pisar el esputo. También es de mala educación escupir delante de sí en presencia de otros, de modo que se vea uno obligado a ir a buscar el esputo para pisarlo.

Hay que poner mucho cuidado para no escupir sobre los propios vestidos, ni sobre los de los demás: el hacerlo denota una persona sucia o poco cauta.

Existe un defecto no menos considerable y del que debe uno guardarse bien, y es, al hablar, echar saliva sobre la cara de aquellos con quienes se habla; es muy descortés y sumamente incómodo.

Cuando se ve en el suelo un salivazo grande hay que poner enseguida con destreza el pie encima; si se ve sobre el vestido de alguien, no es cortés el decírselo, pero hay que avisar a algún criado que vaya a quitárselo y, si no los hay, debe quitarlo uno mismo sin que nadie se dé cuenta, pues la urbanidad consiste en no mostrar nada referente a quienquiera que sea, que pueda ocasionarle molestia o producirle confusión. Si alguien tiene la bondad de prestarnos este buen servicio, hay que expresarle particular gratitud.

Hay algunos defectos relativos al escupir a los que se debe prestar gran atención, para no incurrir en ellos. Hay quien hace mucho ruido, ruido que incluso es muy desagradable, al sacar flemas y gargajos como por fuerza del fondo de su pecho; esto les sucede ordinariamente a los ancianos. Este modo de proceder es muy deseducado. Hay que procurar, para no incomodar a los demás, no hacer ruido, o hacer muy poco, al escupir.

Hay otros que conservan por mucho tiempo el gargajo en la boca; lo que es muy contrario a la cortesía, que pide que se escupa el salivazo tan pronto como esté sobre la lengua. A veces hay incluso [se trata ordinariamente de niños] quienes empujan con la lengua gargajos y saliva hasta el borde de los labios. Se encuentra quien escupe ex profeso sobre otros, y los hay que escupen sobre el entarimado o en el aire. Estas locuras e impertinencias son descortesías de las que no debe ser capaz una persona bien nacida.

Es necesario abstenerse de toser lo más posible, y sobre todo guardarse de hacerlo en la mesa, cuando se habla con alguien o cuando alguien nos habla. Se debe en particular este respeto, cuando se escucha la Palabra de Dios, con la finalidad, además, de que los otros puedan oírla con facilidad. Pero no hay nadie que, cuando tenga necesidad de toser estando en grupo, no deba procurar que suceda lo menos posible y hacerlo sin mucho ruido.

## **Capítulo 11 La espalda, los hombros, el brazo y el codo**

No es elegante encorvar el dorso, como si se tuviese un fardo pesado sobre las espaldas; hay que habituarse, y hacer que los niños tomen la costumbre de mantenerse derechos. Asimismo hay que evitar cuidadosamente el levantar las espaldas y aumentarse el busto, y hay que procurar no poner las espaldas de través, y de no bajar una más que la otra. No es cortés, al andar, girar las espaldas a un lado y a otro como el péndulo de un reloj, ni poner una delante de la otra; esto denota un espíritu soberbio o una persona que se da tono.

Tampoco hay que girarse, ni tan sólo mover, por poco que sea, las espaldas cuando se habla con alguien, o alguien nos habla.

Es grandemente descortés el extender y alargar los brazos, torcerlos de un lado o del otro, tenerlos detrás del dorso o ponerlos a un lado, como a veces hacen las mujeres cuando están encolerizadas o dicen injurias a otras.

Tampoco hay que balancear los brazos al andar, incluso so pretexto, por este medio, de ir más aprisa, y andar más camino.

Tampoco se deben tener los brazos cruzados; es una modestia propia de los religiosos, no conveniente para los seglares. La postura que les sienta bien es el ponerlos hacia adelante, ligeramente pegados al cuerpo, teniendo las manos una sobre otra.

Es enteramente contrario a la cortesía el apoyarse con los codos, cuando alguien nos habla; lo es más hacerlo estando a la mesa, y es gran falta de respeto a Dios tener esta postura cuando se reza.

Guárdese bien de dar un golpe a alguien, o de empujarle con el codo, aunque sea por familiaridad o chanza; nunca se debe hacer esto cuando se quiere hablar con alguien, ni siquiera ponerle la mano sobre el brazo.

Es un modo de obrar muy rústico el rechazar a alguien que viene a hablarnos levantando el brazo como para pegarle, para alejarlo de nosotros, o empujándole torpemente con el codo; la mansedumbre, la humildad y el respeto al prójimo tienen que animar siempre nuestra conducta.

## **Capítulo 12 Las manos, los dedos y las uñas**

Es signo de distinción el mantener y tener siempre las manos limpias, siendo vergonzoso aparecer con ellas negras y grasientas: esto no se puede consentir más que a los obreros y aldeanos. Para mantener las manos limpias y aseadas hay que limpiarlas todas las mañanas, lavarlas inmediatamente antes de las comidas y cada vez que, durante el día, se hayan ensuciado, al hacer algún trabajo.

No es decoroso, después de haberse ensuciado o lavado las manos, el secarlas con los vestidos propios o ajenos, o en una pared, o en cualquier otro lugar que pueda ensuciar a alguien.

Se toma una mucha libertad al frotarse las manos ante de personas a las que se debe respeto, ya a causa del frío, ya por un impulso de alegría, o por cualquier otro motivo: ni siquiera debe hacerse cuando se está con los amigos más familiares.

No es fino que las personas del mundo oculten sus manos debajo del vestido o las tengan cruzadas cuando hablen con alguien: esas actitudes huelen más a religioso que a seglar. Es deseducado para todos meter ambas manos en los bolsillos, ni tampoco ponerlas o mantenerlas a la espalda: es una grosería propia de un mozo de equipajes.

No es cortés dar golpecitos con las manos al bromear con alguno; es cosa de escolares, y es propio de algunos niños ligeros y deseducados.

Cuando se habla en la conversación, no hay que aplaudir ni hacer gesto alguno y se debe evitar tocar las manos de aquellos con quienes se habla; sería tener poco recato y respeto; y mucho menos todavía estirar los botones, las borlas, la corbata o la capa de alguien, o incluso poner la mano encima.

Señal de amistad y de particular afecto hacia una persona es colocar la propia mano en la suya, por cortesía. Por esta causa no debe hacerse, ordinariamente, más que entre personas iguales, al no poder existir la amistad sino entre personas que no sean superiores una a la otra.

Nunca está permitido a una persona que debe respeto a otra, el presentarle la mano para darle alguna muestra de su estima o afecto; sería faltar al respeto que se debe tener hacia esta persona y usar de una familiaridad demasiado indiscreta; con todo, si una persona de calidad, o que sea superior, ofrece la mano a otra que es de calidad inferior, ésta lo debe considerar como un honor, ofrecer enseguida su mano y recibir este favor como testimonio singular de bondad y benevolencia.

Cuando se da la mano a alguien, en signo de amistad, hay que presentar siempre la mano descubierta, y no sienta bien entonces tener el guante; pero cuando se presenta para ayudar a alguna persona en apuros, o incluso a una mujer para guiarla, es mejor visto hacerlo con el guante puesto.

Es desconocer la urbanidad el mostrar con el dedo un lugar o la persona de la que se habla, u otra que esté alejada; una libertad que una persona educada no se permite es la de estirar los dedos uno tras otro para alargarlos o hacerlos chasquear. Es cosa ridícula y huele a extravagancia tamborilear con los dedos, y es feo escupir en ellos.

Una persona juiciosa no debe nunca golpear con los dedos, lo mismo que con la mano, y esos golpes con los dedos doblados que se llaman capirotaos, deben ser enteramente ajenos a él.

Conviene mucho no dejar crecer las uñas y no tenerlas llenas de porquería: para ello es buena práctica cortarlas cada ocho días y limpiar cada día la suciedad que se mete debajo de ellas.

No es cortés cortarlas cuando se está en compañía, especialmente ante personas a las que se debe respeto, y no hay que hacerlo con un cuchillo ni con los dientes: para cortarlas correctamente hay que servirse de tijeras, haciéndolo a solas y, si se está con personas con las que se vive ordinariamente, separarse de ellas cuando se corten.

Rascar una pared con las uñas, incluso si es para obtener arena con que secar la escritura, rascar los libros o cualquier otro objeto que se tenga en las manos; rayar con la uña la cartulina o el papel; meter la uña en una fruta o en cualquier otra cosa, rascarse a sí mismo en el cuerpo o en la cabeza, todas estas faltas de cortesía son tan groseras que no se puede incurrir en ellas sin bajeza de espíritu y no hay que pensar en ellas si no es para aborrecerlas más y más.

## **Capítulo 13 Las partes del cuerpo que se deben cubrir y las necesidades corporales**

La decencia y el pudor piden que se cubran todas las partes del cuerpo, salvo la cabeza y las manos; es por tanto indecente tener el pecho descubierto, los brazos desnudos, las piernas sin medias, y los pies descalzos; es incluso contrario a la ley de Dios descubrir ciertas partes del cuerpo que el pudor, al igual que la naturaleza, obligan a tener siempre escondidas.

Débase evitar cuidadosamente, tanto como sea posible, poner la mano desnuda sobre las partes del cuerpo que no están ordinariamente descubiertas y, si es necesario tocarlas, es preciso que se haga con precaución.

Como no debemos considerar nuestro cuerpo más que como templo vivo, en el que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad, y tabernáculo que Jesucristo se ha escogido por morada, debemos también, en vista a las hermosas cualidades que posee, tenerle mucho respeto; esta consideración debe inducirnos particularmente a no tocarlo e incluso a no mirarlo sin indispensable necesidad.

Es conveniente acostumbrarse a soportar algunas pequeñas molestias sin volverse, frotar, rascar, sin moverse y tener postura alguna menos decente, pues todas estas acciones y posturas indecorosas son contrarias al pudor y a la modestia.

Es mucho más descortés e indecoroso tocar o ver en otra persona, sobre todo si es de sexo diferente, lo que Dios prohíbe mirar en sí mismo; por esto es muy indecente mirar el seno de una mujer, y más aún el tocarlo, y ni siquiera está permitido mirarle fijamente al rostro.

Las mujeres deben asimismo procurar cubrir decentemente su cuerpo y velarse el rostro, según el consejo de San Pablo, ya que no está permitido exponer lo que los otros no pueden mirar libre y decentemente.

Cuando se esté acostado hay que procurar tener una postura tan decente y modesta que los que se aproximen a la cama no puedan ver la forma del cuerpo; hay que tener cuidado también de no descubrirse de modo que no se muestre ninguna parte desnuda del cuerpo, o que no esté cubierta con decencia.

Cuando se tenga necesidad de orinar, hay que retirarse siempre a algún lugar separado, y cualquiera otra necesidad natural que se pueda tener, es conveniente, incluso los niños, no hacerla sino en lugares en los que no puedan ser vistos.

Es sumamente descortés dejar salir ventosidades, por arriba o por abajo, aunque sea sin ruido, al estar en compañía; es vergonzoso y feo hacerlo de manera que pueda ser oído por los otros.

No es cortés hablar de las partes del cuerpo que deben permanecer escondidas, ni de ciertas necesidades del cuerpo a las que la naturaleza ha sometido al hombre, ni nombrarlas siquiera; y si alguna vez no puede uno pasarse de ello, respecto de un enfermo o de una persona indispueta, hay que hacerlo de manera tan fina que los términos utilizados no puedan chocar en nada a las buenas maneras.

## **Capítulo 14 Las rodillas, las piernas y los pies**

La cortesía quiere que, al estar sentado, se tengan las rodillas en su posición natural; no está bien tenerlas demasiado juntas ni muy separadas; pero es particularmente desagradable el cruzarlas una sobre otra, especialmente cuando se está con mujeres.

Cae muy mal el menear las piernas cuando se está sentado, pero es insoportable el balancearlas; no debe permitirse esto ni a los niños, tan contrario es a la buena educación.

Poner las piernas una sobre otra es mal visto y nunca debe hacerse, aunque sea delante de los criados.

Hay que tomar precauciones para no tener los pies sudorosos ni malolientes, sobre todo en verano, pues a veces es muy molesto para los demás; para prevenir este inconveniente hay que procurar que los pies estén siempre muy limpios.

Al estar en pie, es cortés tener los pies medio hacia fuera y los talones separados y alejados unos cuatro dedos uno de otro; no es decoroso moverlos a menudo y menos golpear el suelo con ellos, como hacen los caballos.

Los espíritus naturalmente distraídos y ligeros deben vigilarse mucho a sí mismos para no caer en esta clase de defectos.

Una postura que huele a dejadez es el tener los pies extendidos hacia adelante, y el apoyarse ya sobre un pie, ya sobre el otro.

En presencia de otros, no hay que dejar ver que uno está fatigado de permanecer en pie, como puede colegirse de esta clase de posturas, principalmente al estar con personas superiores en calidad o en dignidad.

A lo que primeramente hay que atender, en la posición de los pies al estar sentado, es no golpear el suelo una y otra vez, uno tras otro, como si se tocara el tambor, no balancearlos y no moverlos a modo de juego: esto es propio de los niños y ni siquiera a ellos se les debe permitir. Procúrese asimismo no cruzarlos uno sobre otro, no girarlos poniendo la parte posterior del talón o el tobillo del pie en el suelo, y no levantar en el aire la parte delantera de los pies, sino poner los dos pies en el suelo y mantenerlos así fijamente quietos.

Hay que procurar asimismo no separar los talones, y no poner la parte delantera y el extremo de los dos pies el uno contra el otro.

Pueden cometerse descortesías desagradables al andar, respecto de los pies, pues es muy deseducado arrastrarlos o ponerlos de través; cuídese así mismo el no tenerlos demasiado hacia dentro o demasiado hacia fuera; cae muy mal el andar sobre la punta de los pies; y lo mismo andar saltando, como si se bailase, o frotándose los talones uno con otro; y es totalmente contrario a la urbanidad y a la modestia el golpear rudamente con los pies la tierra, el pavimento o el suelo.

Al estar de rodillas hay que guardarse bien de cruzar los pies; tampoco hay que tenerlos demasiado juntos ni demasiado separados; es vergonzoso sentarse en este caso sobre los talones, lo que es señal de un espíritu afeminado y de un alma baja, lo cual no puede ser consecuencia más que de gran flojedad y de voluptuosidad enteramente sensual.

Es deshonoroso e incluso vergonzoso, dar puntapiés a otros en cualquier parte del cuerpo que sea; esto no puede estar permitido a nadie, ni siquiera a un padre respecto a sus criados.

Esta clase de castigos corresponde a un hombre violento y apasionado, pero no a un cristiano que no debe mostrar más que dulzura, moderación y cordura en toda su conducta.

## **SEGUNDA PARTE DE LA CORTESÍA EN LAS ACCIONES COMUNES Y ORDINARIAS**

### **Capítulo 1 El levantarse y el acostarse**

Aunque la urbanidad no regule en nada la duración del sueño ni la hora de levantarse, es con todo cortés levantarse desde el amanecer; pues, aparte que es un defecto el dormir demasiado, es vergonzoso e intolerable, dice san Agustín, que al salir el sol nos sorprenda en la cama.

Además es invertir y cambiar el orden de la naturaleza el hacer del día noche y de la noche día, como hacen algunos; el diablo es quien incita a esto; como él sabe que las tinieblas dan ocasión al pecado, le va bien que hagamos nuestras acciones durante la noche. Sigamos más bien el consejo de san Pablo. Dejemos, dice él, las obras de las tinieblas y andemos, es decir, obremos con cordura, como se debe durante el día; sirvámonos para esto de las armas de la luz, demos la noche al sueño y empleemos el día en hacer todas nuestras acciones. Tendríamos sin duda vergüenza y confusión hacer, mientras luce el sol, obras de tinieblas, y mezclar algo desordenado con nuestras acciones, cuando podemos ser vistos.

Es contrario a la buena crianza, como insinúa san Pablo, acostarse, como hacen algunos, al comienzo del día, y levantarse hacia el mediodía; y es muy conveniente, así para la salud como para el bien del alma, no acostarse después de las diez, ni levantarse más tarde de las seis de la mañana. Entonces hay que decirse a sí mismo estas palabras de san Pablo, y avisar con ellas a los que la pereza retiene en la cama: es hora de levantaros del sueño; la noche ha pasado; el día avanza. Y así poder luego dirigir a Dios estas palabras del Profeta Rey: Dios mío, Dios mío, desde el amanecer estoy en vela por Ti

No sienta bien a una persona sensata hacerse llamar varias veces para levantarse, ni titubear largo tiempo en hacerlo: tan pronto, pues, se despierte uno, debe levantarse con presteza, etc.

También es deseducado y poco honesto divertirse charlando, bromeando o jugando en la cama, no estando hecha la cama más que para relajar el cuerpo, fatigado por el trabajo y las ocupaciones del día, no se debe, por consiguiente, permanecer en ella cuando no se tiene más necesidad de reposo.

No es conveniente que un cristiano se deje llevar por esta clase de diversiones y guasas que dispararían fácilmente el espíritu de las ideas buenas que pudiera tener.

Por lo tanto, apenas se esté despierto, hay que levantarse prontamente y hacerlo con tanta circunspección que ninguna parte del cuerpo aparezca desnuda, aunque se estuviese solo en la habitación.

El amor que hay que tener a la pureza, así como la educación, deben impulsar, a los que no están casados, a no tolerar que una persona de diferente sexo entre en el cuarto donde duermen hasta tanto que estén enteramente vestidos y su cama hecha; por lo que es conveniente cerrar la puerta por dentro mientras se hallan en su dormitorio.

Al salir de la cama no hay que dejarla al descubierto, ni poner el gorro de dormir sobre una silla o en cualquier otro lugar en el que pueda ser visto.

La cortesía exige que se haga la cama antes de salir del cuarto o, si la hacen otros, que al menos se cubra discretamente de modo que parezca que está hecha, pues es muy descortés ver una cama descubierta y mal arreglada. Hay que cuidar también de vaciar, o mandar vaciar, el orinal apenas uno se levanta; y se guardará mucho de vaciarlo por la ventana o a la calle: esto es totalmente opuesto a la decencia. También hay que arreglárselas para mantenerlo limpio, que no se deposite mugre en el fondo ni produzca malos olores; para ello se debe lavar y enjuagar todos los días.

Es muy descortés mostrar un orinal delante de alguien, cuando contiene orina y cuando se va a vaciarlo; por lo cual conviene tomarse tiempo suficiente para no ser visto ni sorprendido por nadie.

Hay que ser ordenado tanto al acostarse como al levantarse y no tiene menos importancia hacer bien esta última acción del día que la primera.

Parece bien acostarse ordinariamente lo más tarde unas dos horas poco más o menos después de cenar.

Los niños no deben acostarse sin que hayan ido antes a saludar a su padre y a su madre, y a darles las buenas noches. Se trata de un deber y respeto que la naturaleza quiere les rindan.

Así como para levantarse ha de procederse con mucha modestia y dando muestras de piedad, igualmente para acostarse de manera cristiana hay que orar antes a Dios y actuar con toda modestia posible. Para ello no hay que desnudarse ni acostarse delante de nadie; y sobre todo -siempre que uno no esté comprometido en matrimonio- no acostarse nunca delante de personas de otro sexo, lo que va directamente contra el pudor y la honestidad.

Está mucho menos permitido aún el que personas de sexo diferente duerman en la misma cama, ni siquiera tratándose de niños muy pequeños. Tampoco es decente que personas del mismo sexo duerman juntos; así lo recomendaba san Francisco de Sales a la señora de Chantal tocante a sus hijos, cuando todavía vivía en el mundo, como asunto de mucha trascendencia, y lo consideraba tanto práctica de cortesía como máxima de moral y de conducta cristiana. La decencia quiere también que al acostarse uno se oculte a sí mismo su propio cuerpo, y que se eviten las más mínimas miradas. Los padres y madres deben inspirarlo mucho a sus hijos, para ayudarles a conservar el tesoro de la pureza que deben estimar mucho, y conservar al mismo tiempo el verdadero honor de ser miembros de Jesucristo, consagrados a su servicio.

Apenas se mete en la cama, hay que cubrir todo el cuerpo, salvo la cara que debe quedar siempre al descubierto; tampoco se debe tomar ninguna postura indecente, para mayor comodidad, ni que el pretexto de que se dormirá mejor valga más que el recato; no está bien encoger las piernas sino que hay que extenderlas, y es bueno acostarse ya de un lado ya del otro; pero no es honesto acostarse sobre el vientre.

Cuando por necesidad inevitable se ve uno obligado en un viaje, a acostarse con otro del mismo sexo, no es cortés acercarse tanto que se pueda no solamente molestar uno a otro, sino incluso tocarse; lo es aún menos meter sus piernas entre las de la persona con la que se está acostado.

Tampoco es cortés hablar cuando se está acostado; no siendo la cama más que para descansar, apenas esté uno en ella debe disponerse a dormir.

Hay que procurar no hacer ruido ni roncar al dormir; tampoco se debe volver de un lado a otro de la cama, como si se estuviese inquieto, y como si no se supiese de qué lado ponerse.

## **Capítulo 2 Manera de vestirse y de desnudarse**

El pecado nos ha impuesto la necesidad de vestirnos y de cubrir nuestro cuerpo. A causa de esto, como llevamos siempre con nosotros la condición de pecadores, no debemos mostrarnos jamás no sólo sin ropa, sino sin estar enteramente vestidos; es exigencia del pudor, así como de la ley de Dios.

Aunque numerosas personas se permiten permanecer a menudo en bata, sin otro vestido, y a veces incluso en zapatillas, y parece que, con tal de no salir de casa, está permitido hacerlo todo así, sin embargo el permanecer mucho tiempo de este modo es, tener un exterior demasiado descuidado.

Parece contrario a la cortesía el ponerse en bata tan pronto como se vuelve a casa, y de mostrarse así vestido; esto puede permitirse sólo a los ancianos y a las personas indisuestas. Sería, incluso, falta de respeto hacia cualquier persona que no fuese inferior, recibirla en visita de este modo.

Todavía es más descortés no llevar medias en presencia de alguien, o no tener el cuerpo cubierto más que por la camisa o un simple faldón; y no se puede llevar en la cabeza un gorro de dormir estando fuera de la cama, a menos que se esté indisuesto, ya que no debe utilizarse más que para el reposo. Es muy conveniente acostumbrarse a no hablar nunca a nadie, salvo a los criados, sin estar arreglado con todos los vestidos ordinarios; lo que es propio de hombre cuerdo y de conducta bien ordenada.

La urbanidad requiere también vestirse con diligencia y ponerse primero las prendas que cubren más el cuerpo, de modo que oculten lo que la naturaleza no quiere que se note. Así ha de procederse siempre por respeto a la majestad de Dios que hay que tener de continuo ante los ojos.

Hay mujeres que necesitan dos y tres horas, y a veces la mañana entera, para vestirse. Se podría decir de ellas con verdad que su cuerpo es su dios, y que el tiempo que emplean en acicalarlo lo están robando a Aquél que es su único y verdadero Dios, y al cuidado que deben tener de su familia e hijos: eso deben mirar siempre como deberes indispensables de su estado. No cabe duda de que no pueden proceder así sin contravenir la ley de Dios.

Es descortés y grosero desvestirse en presencia de otros, y descalzarse para calentarse los pies desnudos; y no sienta bien, cuando se está en compañía, quitarse los zapatos o levantar los pies para calentarse más fácilmente; esto hacen a veces las personas que buscan su comodidad, pero no es nada educado.

Todavía es más descortés al descalzarse, salpicar de basura a las personas presentes; y es cosa vergonzosa mirar dentro de las medias, darles la vuelta, sacudirlas, quitarles la basura y el barro en presencia de alguien, a no ser que se trate de los criados; pero es mucho más insoportable echar basura a la cara de otro al descalzarse.

Así como la honestidad pide que al vestirse se ponga uno primero las prendas que cubren más el cuerpo, la educación pide asimismo que, al desvestirse, se quiten estas mismas prendas las últimas, para no ser visto sin estar decentemente vestido.

Al desnudarse se debe procurar colocar los vestidos adecuadamente, sobre una silla, o en cualquier otro lugar que esté limpio y donde se los pueda encontrar fácilmente al día siguiente, sin necesidad de buscarlos.

Se podrían poner sobre su cama durante el invierno, si no se tuviese otra cosa para abrigarse; pero en este caso hay que procurar darles la vuelta para no ensuciarlos; sin embargo sería, mejor no cubrirse con ellos.

## **Capítulo 3 Los vestidos**

### **Artículo 1 Usos y modas de los vestidos**

La forma de vestirse es una de las cosas que más mira la cortesía: incluso contribuye mucho a dar a conocer el espíritu y la conducta de una persona; da así mismo, y no sin fundamento, buena idea de su virtud.

Para que los vestidos sean adecuados es preciso que le vayan bien a la persona que los usa y que sean proporcionados a su talla, a su edad y a su condición.

Nada produce tan mala impresión como un vestido que no cuadra a la talla de la persona que lo lleva, sobre todo cuando es demasiado amplio y tiene más anchura o más longitud que las que corresponden a la persona que lo usa; esto desfigura al hombre entero; es preferible ordinariamente que un vestido sea más estrecho y más corto de lo necesario, que demasiado ancho o largo.

Para que el vestido sea adecuado hay que considerar también la edad de la persona para la que se confecciona; pues resulta impropio que un niño vista como un joven, o que la vestimenta del joven no tenga más adornos que la de un anciano.

Por ejemplo, sería inadecuado que un joven de quince años vistiera de negro, a menos que sea un eclesiástico o estuviera preparándose a serlo en breve. Parecería ridículo que un joven a punto de casarse llevara ropa tan ordinaria y lisa como un anciano de setenta años: lo que va bien a uno no conviene ciertamente a otro.

No es menos importante que la persona que encarga un vestido tenga en cuenta su condición; pues no sería acertado que un pobre vistiera como un rico y que un plebeyo quisiera vestirse como alguien de la nobleza.

Hay ciertos vestidos, como son los que carecen de adornos, de paño no muy fino y de uso común que casi todo el mundo, salvo los pobres, puede llevar, aunque parece más conveniente que los artesanos dejen los vestidos de paño para las personas de rango superior al suyo.

En cuanto a los vestidos adornados, sólo convienen a personas de condición distinguida.

Un traje con galones de oro, o de tela preciosa, no cae bien más que a una persona noble, y si un plebeyo quisiera vestirse así, se burlarían de él; además haría un gasto que sin duda sería desagradable a Dios, al estar por encima de lo que su condición pide y de lo que sus posibilidades le pueden permitir. Asimismo le sentaría muy mal a un comerciante llevar una pluma en el sombrero y una espada a la cintura.

Las mujeres deben también conformar sus vestidos a la propia condición; si cuesta tolerar que una dama de calidad lleve la falda bordada en oro, puesto que difícilmente es digno de una cristiana, sería una impertinencia si se la pusiera una mujer de la burguesía; ella no podría tampoco llevar un collar de perlas finas, o un diamante considerable, sin ponerse por encima de su condición.

Se ha de evitar tanto el descuidar mucho los vestidos, como el dedicarles excesivo interés. Estos dos extremos son ambos vituperables. El apego es contrario a la Ley de Dios, que condena el lujo y la vanidad en el vestido y en todos los adornos externos. La negligencia en el vestir es señal de que no se está atento a la presencia de Dios, o de que no se le tiene el debido respeto; prueba además que no se respeta el propio cuerpo, que no obstante debe ser honrado como el templo animado del Espíritu Santo, y el tabernáculo donde Jesucristo tiene la bondad de descansar a menudo.

Por lo tanto, si se quiere tener un vestido apropiado, hay que seguir las costumbres del país y vestirse poco más o menos como las personas de su condición y edad. Pero es importante, sin embargo, cuidar que no haya lujo ni superfluidades en el vestir y se debe suprimir todo fasto y lo que huele a mundanidad.

Lo que mejor puede regular la adecuación del vestido es la moda: hay que seguirla sin discusión, pues, dado que el espíritu humano es muy voluble, y que lo que ayer le gustaba hoy le desagrada, se ha inventado y se inventan cada día maneras diferentes de vestirse para satisfacer estos gustos mudables; y el que hoy quisiera vestirse como hace 30 años pasaría por ridículo y extravagante. Está claro, pues, que el hombre discreto se comporta de tal modo que nunca se singularice en nada.

Se llama Moda la manera de confeccionar los vestidos en el momento presente; hay que acomodarse a ella tanto respecto al sombrero y a la ropainterior, como a los vestidos; y produciría mal efecto el que un hombre llevase un sombrero de copa alta y ala ancha cuando todo el mundo lo utilizase bajo y de ala estrecha.

Con todo no se debe caer a priori en todas las modas; las hay caprichosas y extravagantes, como las hay razonables y que sientan bien. Y así como no hay que oponerse a esta últimas, tampoco hay que seguir indiscretamente las otras, que ordinariamente siguen sólo un reducido número de personas y no suelen durar.

La regla más razonable y segura en lo tocante a las modas es la de no ser el inventor de las mismas, no ser el primero en utilizarlas, ni esperar a que ya nadie las siga para dejarlas.

En cuanto a los eclesiásticos, su moda debe ser tener un exterior y hábitos conformes a los de los eclesiásticos más piadosos y más regulares en su conducta, según el consejo que da san Pablo de no conformarse al siglo.

## **Artículo 2 Modestia y limpieza de los vestidos**

La manera de poner límites a la moda, tocante a los vestidos, y de impedir a sus seguidores el caer en excesos, es el someterla y reducirla a la modestia, que debe ser la regla de un cristiano en todo lo que mira al exterior. Para tener los vestidos modestos es necesario que carezcan de toda apariencia de lujo y vanidad. Es asimismo señal de bajeza de espíritu el aficionarse a los vestidos y el procurárselos llamativos y suntuosos; y los que así proceden, inspiran desprecio a todas las personas de sentido recto; pero lo más grave es que renuncian públicamente a las promesas que contrajeron en el bautismo y al espíritu del cristianismo; aquéllos, por el contrario, que menosprecian estas vanidades, dan muestras de que tienen un gran corazón y un espíritu muy elevado; denotan, en efecto, que se aplican a adornar más su alma de virtudes que a adornar su cuerpo, y dan a conocer, por la modestia de sus vestidos, la sabiduría y la simplicidad de su espíritu.

Como las mujeres son naturalmente menos capaces de grandes cosas que los hombres, están también más inclinadas a buscar la vanidad y el lujo en los vestidos que en los hombres. Por eso san Pablo, después de haberse aplicado a exhortar a los hombres a evitar los vicios más groseros en que caen más fácilmente las mujeres, recomienda enseguida a éstas vestirse modestamente, engalanándose con pudor y castidad, y no adornarse más con oro, ni perlas, ni vestidos suntuosos; sino de servirse como deben hacerlo mujeres que muestren, por sus buenas obras, que hacen profesión de fe.

Después de esta regla del gran Apóstol, no hay nada que prescribir a los cristianos sino seguirla e imitar en eso a los cristianos de los primeros siglos, que edificaban a todos por la modestia y la simplicidad de sus vestidos.

Es vergonzoso en los hombres, como a veces se ve, el ser afeminados y complacerse en vestir ricamente, y querer ser considerados por ello: deberían elevar bien su espíritu considerando que los vestidos son marcas vergonzosas del pecado; y, por otra parte, mirándose como nacidos para el cielo, deberían poner su cuidado en hacer su alma bella y agradable a Dios.

Es el consejo que san Pedro da a las mujeres, diciéndoles incluso que desprecien lo que aparece al exterior y de no adornarse en absoluto con ricos vestidos, sino de adornar el interior del corazón con la pureza incorruptible de un espíritu tranquilo y modesto, que es muy rico delante de Dios.

Se debe particularmente cuidar de tener siempre los vestidos muy limpios: la modestia y la urbanidad no pueden soportar nada de suciedad ni de negligencia. Así, los que permiten que sus vestidos, sombrero o zapatos estén blancos por el polvo, pecan contra la modestia, lo mismo que los que salen o se muestran al exterior con vestidos salpicados de barro; es siempre señal de gran negligencia.

Es también muy inconveniente llevar grasa o manchas en los vestidos, y tenerlos sucios o rotos; es señal de baja educación y de poca disciplina.

No se debe tener la ropa interior menos apropiada y limpia que los vestidos; para esto hay que tener cuidado de no dejar caer tinta sobre la ropa al escribir, y de no ensuciarla por descuido, sea al comer, sea al hacer otra cosa; hay que cambiarla a menudo, al menos cada ocho días, y hacer de modo que esté siempre limpia.

### **Artículo 3 El sombrero y el modo de usarlo**

El sombrero sirve al hombre para adornar su cabeza y también para protegerlo contra varias incomodidades; calarlo hasta las orejas, hundirlo sobre la parte anterior de la cabeza, como queriendo esconder la cara, llevarlo atrás de modo que caiga sobre las espaldas, todas esas maneras son ridículas e inconvenientes; pero levantar el borde delantero tan alto como la copa es un signo de arrogancia, lo cual no es admisible. Al saludar a alguien hay que tomar el sombrero con la mano derecha, quitarle enteramente de encima de la cabeza y, de modo que sea cortés, extender el brazo hasta abajo, teniendo el sombrero por el borde y dirigiendo hacia fuera el lado que debe cubrir la cabeza. Si se quita el sombrero en las calles, o al pasar delante de una persona para saludarla, hay que hacerlo un poco antes de llegar a ella y no cubrirse de nuevo hasta haberse alejado un poco. Si se saluda a alguien al abordarle, hay que quitarse el sombrero cinco o seis pasos antes de llegar a él; y cuando se entra en un sitio en el que hay una persona de calidad, o a la que se debe mucho respeto, hay que quitarse siempre el sombrero antes de entrar en dicho sitio; si los que se encuentran en el lugar están de pie y descubiertos, es obligatorio tener la misma postura; después de quitarse el sombrero con todo recato, hay que volverlo con el interior hacia sí y ponerlo debajo del brazo izquierdo, o delante de sí, sobre el estómago, del lado izquierdo; cuando al estar sentado, se debe tener quitado el sombrero, es bueno tenerlo sobre las rodillas, el interior hacia sí, y la mano izquierda encima o debajo del mismo.

Es falta grave de urbanidad, cuando se conversa con alguien, volver el sombrero, rascar encima con los dedos, tamborilear sobre él, tocar la cinta o el cordón, mirar dentro o alrededor, ponerlo delante de la cara, o sobre la boca para no ser oído al hablar; es bastante más feo mordisquear los bordes, cuando se tiene delante de la boca.

Ocasiones en que hay que descubrirse y quitarse el sombrero:

1º Al encontrarse en un lugar en que hay personas de consideración; 2º Al saludar a alguien;

3º Al dar o al recibir alguna cosa;

4º Al sentarse a la mesa;

5º Al oír pronunciar los santos nombres de Jesús y de María, excepto estando en la mesa, pues entonces sólo hay que inclinar la cabeza; 6º Cuando se está ante personas a las que se debe mucho respeto, como eclesiásticos, magistrados u otras personas notables.

Respecto de estas personas, debe uno descubrirse primero, pero no es necesario mantenerse descubierto, a menos que se les sea muy inferior: débese descubrir uno también delante de todas las personas superiores, y no cubrirse de nuevo sin orden suya; pero una vez cubierto, no hace falta descubrirse de nuevo a cada palabra que se diga, o a cada paso que se haga, lo que sería inoportuno e incómodo a las personas a las que se habla, así como a la que habla.

Es contrario a los buenos modales descubrirse cuando se está en la mesa, a menos que llegue alguna persona que merezca mucho honor.

Sin embargo, si alguna persona de alta alcurnia bebe a la salud de alguien, o le presenta alguna cosa, la persona interpelada debe descubrirse. Si hay en la mesa una persona de alta consideración que esté sin sombrero por comodidad, no hay que imitarle, lo que sería demasiado familiar, antes débese permanecer siempre cubierto.

Cuando alguien habla habiéndose quitado el sombrero, normalmente se le debe hacer cubrir, si se le es superior; se le podrá decir: Cúbrase usted, Señor. Este modo de hablar, sin embargo, no está permitido más que con personas muy inferiores.

Hacer cubrirse a una persona que sea superior, es una descortesía demasiado grande. Esto puede hacerse con personas con las que se tenga familiaridad y que sean de la misma condición; pero no debe ser a modo de orden, ni emplear palabras que expresen alguna. Deberá hacerse, o sólo con signos, cubriéndose al mismo tiempo, o mediante un rodeo, diciendo por ejemplo: ¿No le molestará el estar descubierto?, o utilizando palabras familiares, caso de estar con alguno de sus amigos, como éstas: ¿No querrá usted que nos cubramos?

#### **Artículo 4 El manto, los guantes, las medias y los zapatos. La camisa y la corbata**

El decoro pide que se lleve el manto sobre los dos hombros y que caiga por delante, y no que se arremangue por debajo de los brazos: es aún más descortés replegarlo por debajo del codo; sienta bien conservarlo estando en la mesa.

No se debe entrar en un lugar en el que haya personas de consideración, envuelto en el manto; en las casas de los príncipes se expondría uno a una reprensión, o incluso ser echado fuera.

Es descortés tirar por el manto o la ropa a una persona a la que se quiere hablar, sobre todo si es de categoría superior.

Es fino llevar guantes cuando se va por la calle, se está en compañía o se va al campo; pero es mal visto tener los guantes en la mano, agitarlos, jugar con ellos o utilizarlos para golpear a alguien: es propio de los escolares.

Hay que quitarse los guantes al entrar en la iglesia, antes de tomar agua bendita, cuando se quiera rezar y al ponerse a la mesa.

Cuando se quiere saludar a alguien y hacerle una profunda reverencia, como para besarle la mano, hay que tener entonces la mano desnuda, y para ello basta con quitar el guante de la mano derecha; esto mismo pide la buena crianza antes de dar o de recibir alguna cosa.

Es descortés, en compañía, sacarse y meterse continuamente los guantes; también lo es el ponerlos en la boca para mordisquearlos o chuparlos, llevarlos bajo el brazo izquierdo, llevarlo puesto solamente en la mano izquierda y tener con ella el guante de la derecha, o ponerlos en el bolsillo cuando deberían estar revistiendo las manos.

Es muy feo dejar caer las medias hasta los talones, por no atarlas; hay que cuidar de estirarlas bien para que no hagan arrugas sobre las piernas; y no se debe tolerar nunca que aparezcan un poco rotas, o que asome algún remiendo fuera del zapato, o que estén tan estiradas que se vea la pierna a través.

En cuando a los zapatos, hay que cuidar que estén adecuadamente cerrados con hebillas, o atados con cordones.

Es grosero ponerse los zapatos a modo de zapatillas, ya en casa, ya fuera; y los buenos modales exigen que estén siempre muy limpios.

Hay que tener los vestidos cerrados por delante, sobre todo en el pecho, de modo que no aparezca la camisa, y es negligencia imperdonable dejar caer las mangas de la camisa sobre el puño, por no estar sujetas, o dejar colgar las cintas de los calzoncillos; sería incluso atraerse la confusión dejar salir la camisa por alguna parte.

La buena educación no puede sufrir que se tenga el cuello desnudo y al descubierto; quiere más bien que se use corbata en público, y cuando se esté en casa, sea desvestido, sea indispuerto, que se tenga un pañuelo adecuado para cubrirlo.

#### **Artículo 5 La espada, el bastón corto, el bastón y el cayado.**

Es muy inconveniente y muy contrario al orden de una educación bien reglamentada, que un burgués lleve espada, a menos que esté de viaje o en el campo. Un niño puede, sin embargo, llevarla, si es gentilhomme.

Es descortés girar el tahalí de la espada delante de sí, y mucho más poner la espada por entre las piernas.

No hay que tener la mano sobre la empuñadura de la espada cuando se hable con alguien, o al pasear; es suficiente hacerlo cuando hay obligación de sacarla.

Por muy valiente que pueda parecer el hombre que está siempre dispuesto a sacar la espada, cuando le dicen una palabra molesta, o se le quiere insultar, que esté seguro de que esto no es ni cortés ni cristiano, ya que no es más que la pasión y el prurito de una honra vana e imaginaria que le impulsa a obrar así. Es por tanto contrario a la cortesía estar tan predispuesto a defenderse contra alguna injuria o ultraje; las reglas del Evangelio piden que se sufran las injurias con paciencia.

Jesucristo mismo mandó a san Pedro devolver su espada a la vaina, cuando quiso utilizarla para defenderle.

Cuando se está sentado hay que colocar la espada al lado, desplazando el tahalí o cinturón detrás de sí lo más que se pueda; debe hacerse lo mismo al sentarse a la mesa y procurar que la espada esté detrás de sí, o de tal modo entre las sillas que no pueda molestar a nadie; no parece conveniente dejarla en esta ocasión.

Cuando hay que dejar la espada, no se debe quitar sin guantes, ni colocarla sobre la cama con guantes, lo que sería muy descortés. Hay que dejarlos en un lugar apropiado, fuera de la vista de las personas que pudieran entrar en el cuarto, o con las que se esté.

Si sucede que alguna persona de alta alcurnia entra en la morada de alguien que tenga derecho a usar espada, debe recibirlo con guantes y ceñida la espada; en cuanto a los que no usan espada, es preciso que lleven guantes y tengan la capa sobre los hombros.

La cortesía obliga a veces a servirse de un bastón, pero sólo la necesidad autoriza a tener una cachava en la mano. No sienta bien llevar un bastón corto o un bastoncillo en casa de los nobles; pero se puede tener un cayado en la mano si se está indispuerto o si se necesita para sostenerse o para andar con más facilidad. Es descortés jugar con el bastón corto, o con el cayado, servirse de él para golpear el suelo o las piedras, o para hacer saltar chinitas; es totalmente deseducado levantarlo como si se quisiera pegar a alguien. Y no está nunca permitido servirse de él para tocar a alguien, aunque sea para divertirse. Cuando se está de pie, hay que evitar el apoyarse burdamente sobre el cayado como hacen a veces los campesinos. Tampoco se debe tener firme contra el suelo, como se haría con un palo, lo que mostraría un tanto de dignidad o autoridad en la persona; pero es conveniente tenerlo suspendido en el aire de modo comedido y modesto, o dejarlo tocar el suelo sin apoyarse en él. Al andar, es de poca educación llevar un bastón o una vara debajo del brazo; y es peor arrastrarlo negligentemente por el barro, y es ridículo apoyarse en él de modo que huelga a orgullo o fasto; y cuando se hagan gestos u otros movimientos, está muy mal tener un cayado o una vara en la mano derecha. Al estar sentado no hay que utilizar la vara o el cayado para escribir en el suelo, o hacer figuras; denotaría que se es un distraído o un maleducado; tampoco está bien poner el cayado sobre los asientos, antes hay que tenerlo delante de sí de modo correcto. Antes de sentarse a la mesa, no se debe colocar nunca la vara o el cayado sobre la cama, lo que es descortés; hay que ponerlo en un lugar fuera de la vista de todos; si se lleva palo, se puede apoyar contra la pared. Hay que dejar la vara y el cayado siempre que se deje las espada y los guantes.

#### **Capítulo 4 La comida**

Es tan natural la inclinación del hombre a buscar el placer en la bebida y en la comida que san Pablo, al exhortar a los cristianos a que realicen todas sus acciones por amor y para gloria de Dios, se ha creído obligado a explicitar concretamente la de beber y comer, porque es difícil comer sin ofender a Dios, y la mayoría de los hombres comen como animales y para satisfacerse.

Y, con todo, no se opone menos a la educación que a las reglas del Evangelio el manifestar que está uno apegado a beber y a comer; lo que sería, según expresión de san Pablo, poner su gloria en lo que debe sernos motivo de confusión. Por eso es propio del hombre sensato hablar poco de esta acción y de lo que a ella se refiere; y cuando se está obligado a hablar del tema debe hacerse con parquedad y circunspección, de modo que se vea que no hay afición alguna a ello y que en modo alguno se rebusca el mejor paladar. No es adecuado ni distinguido hablar con encomio de un banquete o festín en el que se ha tomado parte o al que uno ha sido invitado, ni complacerse en relatar lo que se ha comido o lo que se piensa comer.

Uno de los mayores reproches, y de los más injuriosos, que los judíos pudieron hacer, aunque injustamente, a Nuestro Señor Jesucristo es el de que le gustaba el vino y la buena comida: es también uno de los más sensibles que se pueda hacer a un hombre honrado, y con motivo: porque nada indica mejor la bajeza de un espíritu, y el primer efecto de los excesos de la boca es, según la palabra de Jesucristo, que entorpecen el corazón, y la consecuencia del exceso del vino, según san Pablo, es que conduce a la impureza.

Nada hay tan contrario al buen sentir que tener permanentemente en casa la mesa puesta, pues da a entender que no se toma nada tan a pechos y que no se piensa más que en llenar el vientre, y en hacerlo su dios, como dice san Pablo. En efecto, esta mesa constantemente dispuesta, es como un altar continuamente dispuesto para ofrecerle carnes, que son las víctimas que se le sacrifican.

No es menos indecoroso comer y beber a todas horas, y el estar siempre dispuesto a hacerlo huele a tragón y beodo. Al contrario, corresponde a un hombre prudente y ordenado el regular de tal modo la hora y el número de sus comidas que sólo un asunto urgente y extraordinario pueda hacerle cambiar el momento, o que el tener que acompañar a alguna persona que no se esperaba le haga comer a deshora.

Hay gente que todos los días, o por lo menos frecuentemente, tienen citas con sus amigos para comer o merendar juntos y en esta especie de comidas comen y beben con exceso. Todo cristiano que quiera llevar una vida regulada debe desprenderse de esta clase de compañías.

La práctica más corriente entre las gentes bien educadas, cuando desayunan, es tomar un trozo de pan y beber un vaso o dos: fuera de esto, hay que contentarse con la comida y la cena, según acostumbran los hombres sensatos y bien ordenados, quienes creen que estas dos comidas son suficientes para satisfacer las necesidades de la naturaleza. Es contrario a la urbanidad y huele a aldeano, ofrecer bebida a los que nos visitan, e insistir, a menos que se trate de alguien que llega acalorado del campo y tiene necesidad de un pequeño refrigerio. Si sucede que alguien nos invita fuera de esta necesidad, no debemos aceptar, y excusarnos lo más cumplidamente posible.

En lo tocante a banquetes, la urbanidad exige a veces el organizarlos o participar en ellos; pero no debe hacerse sino muy raramente y como por necesidad. Esto nos quiere hacer entender san Pablo, cuando nos dice que no debemos vivir banqueteados: quiere también que los festines no sean ni espléndidos ni disolutos; es decir, que no supongan demasiada abundancia y variedad de viandas y que no se cometan excesos: en lo cual las reglas de la urbanidad se ponen de acuerdo con las de la moral cristiana, de la que nunca nos está permitido alejarnos, ni siquiera por complacencia o condescendencia con el prójimo, ya que sería caridad mal ordenada y puro respeto humano.

## Artículo 1

Cosas que deben hacerse antes de comer: lavarse las manos, bendición de la mesa y modo de sentarse a ella. Las buenas costumbres piden que, un poco antes de tomar las comidas, uno se lave las manos, se bendigan los alimentos y se siente a la mesa. Indican también cómo realizar bien estas acciones.

Aunque, como dice Nuestro Señor en el Evangelio, el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre, es decoroso no sentarse nunca a comer sin haberlo hecho. Es incluso una práctica que ha estado siempre en uso; y si Nuestro Señor lo critica en los judíos, es porque se aferraban a ella tan escrupulosamente que creían cometer una falta considerable si no se lavaban 4 veces las manos antes de comer e incluso las lavaban varias veces, por temor de estar sucios, si tocaban algún alimento con manos por poco impuras que fueran, mientras que no temían ensuciarse con los numerosos crímenes que cometían; por lo tanto Jesucristo no ha censurado en absoluto esta práctica, no ha condenado más que el exceso.

El orden que se debe observar para el lavado de las manos es el hacerlo según el rango que se tiene en la familia; o si se come en compañía, según el rango que se tenga entre los invitados.

El uso más común, cuando se está con personas más o menos iguales, es de hacerse algunas deferencias mutuas, antes de lavárselas manos, pero sin hacer demasiadas ceremonias para esto, y lavárselas casi todos a la vez.

Si hay una o varias personas distinguidas en el grupo, no hay que acercarse en absoluto al lavabo para lavarse las manos, hasta que ellas hayan lavado las suyas; si, con todo, una persona superior nos toma la mano y nos pide lavarnos con ella, sería descortesía oponerle resistencia.

Al lavarse las manos hay que abajarse al menos un poco, para no ensuciarse los vestidos y procurar no salpicar a nadie con el agua.

Es descortés hacer mucho ruido con las manos, frotándose enérgicamente, sobre todo cuando se está en compañía; y si se llegase a tener las manos muy sucias, sería conveniente tomar la precaución de lavarlas a solas en otra parte, antes de lavarlas con los demás.

Si la persona que ofrece el agua merece algún honor, hay que hacerle alguna reverencia; y no se debe omitir, después de haber tomado el agua, indicar que lo servido es suficiente.

Cuando no hay nadie para usar la toalla, está bien tomarla apenas se ha lavado uno; es fino, antes de secarse, ofrecerla a los que se han lavado antes que nosotros o con nosotros, anticipándose a ellos en esto; no debe permitirse que la toalla quede en las manos de una persona de calidad, o simplemente superior; más bien hay que aguantársela teniéndola por un extremo, hasta que esta persona esté servida.

Hay que poner cuidado, al enjugarse las manos, de no molestar a nadie y de no mojar tanto la toalla que los demás ya no puedan encontrar una parte limpia donde secar sus manos. Por esto es educado no usar más que una parte de la toalla o paño puesto al efecto.

Una vez se hayan lavado todos las manos, deben ponerse alrededor de la mesa y esperar en pie y descubiertos, con gran modestia, hasta que hayan bendecido los manjares.

Es muy deseducado entre cristianos ponerse a la mesa para comer, antes que los alimentos estén bendecidos por alguno del grupo. Jesucristo, que debe ser nuestro modelo en todas las cosas, tuvo por práctica en sus comidas, según cuenta el santo Evangelio, bendecir lo que estaba preparado para su comida y la de los que le acompañaban; hacerlo de otro modo es hacerlo como los animales.

Cuando hay algún eclesiástico en la reunión, es deber suyo dar la bendición; y sería una injuria a su carácter si un laico, cualquiera que fuese su categoría, osara tratar de bendecir los alimentos en su presencia: sería también infringir los antiguos cánones, que prohíben incluso a un diácono, y con mayor razón a un laico, el bendecir en presencia de un sacerdote.

Si no hay eclesiástico entre los invitados, corresponde al jefe de la familia, o al dueño de la casa, o a la persona que tenga alguna importancia por encima de las demás; no sentaría bien con todo que una mujer lo hiciera en presencia de uno o varios hombres. Cuando hay algún niño presente, sucede a menudo que se le confía el ejercicio de esta función; otras veces incluso, cuando nadie quiere bendecir las viandas en alta voz, cada invitado lo hace en particular y en voz baja, cosa que no debería suceder nunca.

Una vez terminada la bendición, la cortesía quiere que se observe lo que Nuestro Señor ordena en el santo Evangelio, que es el ponerse en la última plaza y en el último extremo de la mesa, o esperar a que nos den un puesto; y es muy descortés en personas que no sean distinguidas por su categoría, el colocarse los primeros, o coger los primeros puestos. En cuanto a los niños, no deben sentarse hasta que todos los demás estén colocados. Al sentarse, debe tenerse la cabeza descubierta y no cubrirse hasta que se esté ya sentado, y las personas de mayor consideración se hayan cubierto.

Quiere la cortesía que al estar sentado a la mesa se mantenga uno derecho sobre su asiento, y que cuide uno de no recostarse sobre la mesa, ni apoyarse en ella deseducadamente: no es cortés alejarse tanto de la mesa que no se la pueda alcanzar, o acercarse tanto que se la toque: sobre todo, no hay que poner nunca los codos sobre la mesa, pero hay que estar colocado de modo que no se ponga encima más que los puños.

Uno de los principales cuidados que se deben tener en la mesa es el de no molestar a nadie, con los brazos o con los pies; por tal motivo no se deben extender ni separar los brazos ni las piernas, ni empujar con el codo a los que estén próximos: y si acontece que se esté demasiado apretado, es bueno retirarse un poco hacia atrás, para estar más libre; debe uno incluso apretujarse y molestar para favorecer a los otros.

## **Artículo 2 Cosas que deben utilizarse cuando se está en la mesa**

En la mesa debe uno servirse de una servilleta, un plato, el cuchillo, la cuchara y el tenedor, y sería deseducado prescindir de alguna de tales cosas al comer.

La persona más calificada del grupo despliega la primera su servilleta, las otras deben esperarle para desplegar la suya. Cuando las personas son más o menos iguales, la despliegan al mismo tiempo, sin ceremonia.

Al desplegar la servilleta hay que extenderla bien sobre los vestidos, para no estropearlos al comer, y es conveniente que cubra los vestidos hasta el pecho.

Es descortés usar la servilleta para secarse la cara; lo es más todavía frotarse los dientes con ella; y sería una de las mayores groserías servirse de ella para sonarse. También es una vulgaridad limpiar los platos y fuentes con la servilleta.

El uso que se puede y se debe hacer de la servilleta es el limpiarse la boca, los labios y los dedos.

Cuando están grasientos, para limpiar el cuchillo antes de cortar el pan, y la cuchara y el tenedor después de haberse servido de ellos.

Cuando los dedos están muy grasientos es conveniente pasarles primero un trocito de pan, que se dejará enseguida en el plato, antes de enjuagarlos con la servilleta, para no ensuciarla demasiado y no dejarla asquerosa.

Es propio de maleducados lamer la cuchara, el tenedor o el cuchillo cuando están sucios; no es nada cortés limpiarlos, lo mismo que cualquier otra cosa, con el mantel; en éstas y otras ocasiones se debe utilizar la servilleta. Y en cuanto al mantel, hay que procurar tenerlo siempre muy limpio y no dejar caer sobre él ni agua, ni vino, ni salsa, ni carne, ni nada que pueda ensuciarlo.

Después de desplegar la servilleta, se debe procurar tener el plato delante de sí; y que el cuchillo, el tenedor y la cuchara estén a mano derecha, a fin de que puedan ser tomados fácil y cómodamente.

Cuando el plato está sucio, hay que guardarse de rebañarlo con la cuchara o el tenedor para limpiarlo, y menos de pasar los dedos por el plato o por el fondo de alguna fuente, lo que es muy feo; se deberá, o no tocarlo, o, si existe la posibilidad, hacer que lo retiren y traigan otro.

Cuando se retiran o cambian los platos, hay que dejar hacer a la persona que se ocupa de estos menesteres, sin discutir con ella y sin enviarla a otra persona de más categoría: hay que dejar que retiren los platos, sin decir nada, y recibir el que nos presenten.

Si sucede, sin embargo, que al cambiar los platos, le sirvan a uno antes que a una persona que le es superior, o si no se da bastante pronto un plato a dicha persona, hay que presentarles entonces el propio y dárselo, con tal de que no haya sido usado aún.

No se debe, estando en la mesa, tener continuamente el cuchillo en la mano; basta tomarlo en el momento de usarlo.

Es muy descortés llevar un trozo de pan a la boca teniendo el cuchillo en la mano; lo es más llevarlo con la punta del cuchillo: lo mismo debe observarse al comer manzanas, peras u otras frutas.

Va contra la buena crianza coger el tenedor o la cuchara con toda la mano, como se agarra un bastón; al revés, hay que sostenerlos entre el pulgar y el índice.

No se deben tomar nunca con la mano izquierda cuando se los lleva a la boca.

No está permitido lamerlos después de comer su contenido; debe tomarse limpiamente lo que haya en ellos, dejando lo menos posible.

Cuando se toma la sopa u otra cosa, con la cuchara, no hay que llenarla demasiado, por temor de que caiga algo sobre la ropa o sobre el mantel, y por ser de glotones; al retirar la cuchara de la escudilla, de la fuente o del plato, hay que hacerla deslizar ligeramente sobre el borde para que caigan las gotas de caldo que pudieran quedar debajo de la misma.

No ha de utilizarse el tenedor para llevar a la boca cosas líquidas o que puedan derramarse; para esto está la cuchara.

Es correcto servirse del tenedor para llevar la carne a la boca; pues la cortesía no permite tocar algo grasiento con los dedos, ni las salsas, ni el jarabe; y si alguien lo hiciera, no podría evitar el cometer enseguida otras varias descortesías, como por ejemplo, enjuagar repetidas veces sus dedos con la servilleta ensuciándola mucho, o limpiarlos con pan, lo que sería deseducado, o lamerse los dedos, lo cual no puede estar permitido a una persona bien nacida y educada.

Si se desea devolver una cuchara, tenedor o cuchillo a alguien que nos lo hubiese prestado por alguna necesidad, es conveniente limpiarlos bien con la servilleta, a menos que se den a un sirviente para lavarlos al aparador: luego hay que disponerlos sobre un plato limpio, para presentarlos a la persona de quien se habían recibido.

## **Artículo 3 Manera como se debe invitar, pedir, dar, recibir o tomar, estando en la mesa**

No es conveniente que cada uno se meta a instar a los demás a comer, estando en la mesa; le toca al dueño o a la señora de la casa hacerlo, los otros no deben tomarse esta libertad. Puede hacerse de dos modos: 1º Por palabras, con toda naturalidad. 2º Presentando alimentos que se sabe son o pueden ser del gusto de las personas a las que se sirve. Cuando se sirve de comer a ciertas personas, hay que cuidarse de invitarlas y animarlas de cuando en cuando a comer, y hacerlo con rostro y aire alegres, que persuadan a los invitados de que se les atiende muy a gusto; no se debe con todo, hacerlo demasiadas veces, ni con demasiada insistencia, lo que sería inoportuno y molesto a los otros.

También se puede invitar a beber, con tal que sea sincera y moderadamente, y sin forzar. Hay que guardarse mucho, dice el Sabio, de incitar a los aficionados a la bebida, porque el vino ha perdido a muchos; es vergonzoso y bochornoso a un mismo tiempo, ver a una persona que se haya dejado arrastrar por la intemperancia y el exceso del vino. Parece que sería mejor y más conforme a las buenas maneras cristianas, el no invitar a nadie a comer más que sirviéndole los manjares en su plato, y no incitar a nadie a beber, procurando solamente que se sirva de cuando en cuando a los que están en la mesa, caso de que se abstengan de pedir.

Es señal de glotonería pedir en la mesa lo que más agrada; y es descortesía grosera pedir el trozo mejor.

Si el que sirve las viandas pide qué se desea, ordinariamente se responderá: lo que le parezca, sin pedir nunca nada en particular. Se puede, con todo, pedir un alimento con preferencia a otros, con tal de que no sea exquisito o extraordinario, ni se trate de una golosina; con todo es mucho mejor no pedir absolutamente nada, ya sirviéndose uno mismo, ya esperando que nos sirvan.

Cuando otro presenta comida y ya no se quiere tomar más, hay que agradecerle sencillamente dándole a entender que no se tiene ya necesidad de nada más.

Así como es descortés pedir algo en la mesa, es educado recibir todo lo que se presente, aunque se tuviera repugnancia en comerlo: tampoco hay que mostrar nunca que cuesta mucho comer alguna cosa que esté sobre la mesa, y es contrario a la buena crianza decirlo. Esta clase de repugnancias, no siendo a menudo sino imaginarias, pueden corregirse fácilmente, si quiere uno esforzarse un poco, sobre todo cuando se es joven; y un modo, sin duda bastante fácil, de hacerlo sería pasar hambre unos días; ya que el hambre lo hace encontrar todo bueno, y a menudo cosas que una persona no puede resolverse a comer cuando no tiene hambre, las encuentra deliciosas cuando la tiene. Hay que procurar asimismo no rebuscar tanto las propias apetencias; es más, tanto como sea posible, hay que acostumbrarse a comer de todo y para esto hacerse servir alimentos a los que se tenga repugnancia, sobre todo después de haber pasado algún tiempo sin comer. A menos de tomar esta clase de precauciones, se pone uno, cuando está en la mesa, en estado de ser bien molesto a los otros, sobre todo a los que dan de comer.

Si la repugnancia por las cosas servidas es tan grande que no se pueda vencer, no debe rehusarse por esto lo que se presenta; pero después de haberlo recibido con sencillez, sin aparentar nada, hay que dejarlo en el plato, y cuando los demás no presten atención, hacer retirar lo que no se habrá podido comer.

Si lo que se sirve en la mesa es algo líquido o grasiento, no hay que recibirlo en la mano; pero es decoroso presentar el plato con la mano izquierda, teniendo el cuchillo o el tenedor en la derecha para apoyar lo servido en caso de necesidad: hay que recibir entonces con agradecimiento lo presentado acercando el plato a la boca como para besarlo, haciendo al mismo tiempo una pequeña inclinación.

Cuando alguien distribuye carne cortada, es descortés tender el plato con precipitación, para ser servido de los primeros; es señal y efecto de gran glotonería; hay que esperar que el que sirve ofrezca, y entonces tender el plato para recibir lo presentado. Si, con todo, el que sirve pasa el turno de alguien que está por encima de nosotros, es bueno excusarnos de tomar lo que se ofrece; pero si uno es apremiado a tomarlo, deberá presentarlo inmediatamente por sí mismo a la persona que ha sido pasada, o a la persona más importante a no ser que fuera ella misma la que presentó. Si la persona que presenta es superior, o más calificada, hay que descubrirse sólo la primera vez que presenta algo, y no hacerlo ya más.

El pan, la fruta, las grageas, los huevos frescos y las ostras en su concha pueden recibirse en la mano; y no se deben tomar entonces estas cosas más que besando la mano, y tenderla para comodidad de la persona que las presenta.

#### **Artículo 4 Manera de cortar y servir las carnes y de servirse a sí mismo**

Es muy descortés tomarse el trabajo de cortar la carne y servirla, cuando se está en la mesa de una persona superior, a menos que lo pida ella, aun cuando sea uno perfectamente capaz de hacerlo. Esta tarea incumbe al dueño o a la dueña de la casa, o a las personas de la reunión a quienes ellos piden hacer este trabajo.

Si se pide cortar la carne a alguien que no sabe hacerlo, no ha de tener vergüenza, ni preocuparse de excusarse. Pero si es alguien que sabe, después de haber cortado la carne, la dejará en la fuente, para que cada uno tome, o bien podrá servirla si el dueño lo pide; o bien pondrá la fuente ante el dueño o la dueña de la casa, para que distribuyan ellos según su deseo.

Si la mesa es muy grande y no es fácil a una misma persona servir a todos los convidados, se podrá servir tan sólo a los que estén cerca.

Los jóvenes y los de menos consideración no deben entrometerse a servir a los demás, sino que deben solamente servirse de lo que está delante de ellos, o recibir lo que se les presenta, con sencillez y muestras de gratitud.

Cuando se sirve a los demás en la mesa, es conveniente darles todo lo que puedan necesitar, incluso los alimentos que se encuentran junto a ellos.

Además, hay que darles los trozos mejores, que no está permitido nunca tomar para sí, y preferir a las personas de más rango a las que lo son menos, sirviéndoles las primeras y dándoles lo mejor, sin tocar nada más que con el tenedor; si alguien pide a otro algún alimento que está delante de él, debe hacer lo mismo.

Con el fin de no poder tomar para sí los mejores trozos, lo que podría suceder alguna vez por error o ignorancia, y para que se puedan servir con oportunidad a los que corresponde, ha parecido bien darlos a conocer aquí, de modo que se evite la ocasión de equivocarse.

En cuanto a la carne cocida, la pechuga del capón o de la gallina es considerada mejor, y se aprecian los muslos más que las alas; en una porción de vacuno es mejor siempre lo que tiene magro y graso bien entreverado.

Los pichones asados se sirven enteros y se cortan de través por el medio. En las aves que escarban la tierra con las patas, las alas son lo más delicado, pero en las que vuelan por el aire los muslos valen más. En el pavo, oca y pato lo mejor es la parte alta del pecho, que se corta a lo largo; en los lechones se aprecia más la piel y las orejas; lo más rebuscado en las liebres, lebratos y conejos es el lomo, los muslos, lo que está cerca de la cola y luego los brazuelos. En un lomo de ternera, lo mejor es lo más carnoso, pero el riñón es lo más excelente.

En los pescados, lo más estimado es la cabeza y la parte más próxima. En cuanto a los peces que sólo tienen una espina dorsal a lo largo, como el pez araña y el lenguado, la parte media es incontestablemente lo mejor.

Si se presenta algo que hay que tomar con la cuchara, es muy descortés tomarlo con la propia, si ya ha sido utilizada; pero si todavía no, hay que tomar con ella lo que debe presentarse y luego ponerla en el plato de aquel a quien se presenta algo, y luego pedir otra para sí.

Si sucede que el que pidió el servicio haya puesto su cuchara sobre su plato al enviarlo o al presentarlo, entonces hay que utilizarla, y no la propia.

Cuando alguien que está alejado pide alguna cosa, se le debe presentar lo pedido en un plato limpio, y nunca sólo con el cuchillo, el tenedor o la cuchara.

Cuando se presenta alguna cosa que contenga ceniza, no hay que soplar encima para quitarla, pero es más conveniente limpiarla con el cuchillo antes de servirla; porque soplar puede dar asco a las personas y, al soplar, se expone uno a echar la ceniza sobre el mantel o sobre los platos.

No es cortés, cuando se está invitado en casa de otro, servirse a sí mismo, a menos que el dueño del festín no lo diga, o que sea uno muy íntimo o familiar con él.

Al servirse a sí mismo, es descortés hacer ruido con el cuchillo, la cuchara o el tenedor; antes debe hacerse con tanta moderación y prudencia que no pueda apenas ser visto y menos aún oído por los demás.

Hay que servirse siempre del cuchillo para cortar la carne, y al cortarla sujetarla con el tenedor, con el cual se llevará al plato el trozo cortado; evítese tomar la carne con los dedos y no se tome un trozo demasiado grande.

La buena educación no permite revolver en la fuente, buscando los trozos preferidos; tampoco permite tomar los últimos trozos, ni los que están más alejados; quiere que se tomen los que están delante de sí; puesto que es de mal gusto girar la fuente para alcanzar el trozo apetecido; esto sólo lo pueden hacer los que sirven a otros, aunque raras veces y con discreción.

Es también gran descortesía pasar el brazo por encima de la fuente que está delante para alcanzar otra cosa. Hay que pedir, pero es mejor esperar a que sirvan.

Hay que tomar de una sola vez lo que se quiera comer, y no es conveniente meter la mano dos veces seguidas en la fuente; lo es mucho menos tomar trozo a trozo, o sacar la carne a pedazos con el tenedor.

Cuando quiera tomarse algo en la fuente, hay que enjugar de antemano la cuchara o el tenedor con que se quiere coger, caso de haberse servido ya del mismo.

Es muy descortés e incluso vergonzoso, rebañar las fuentes con pan, o dejarlas tan limpias, sea con la cuchara o con cualquier otra cosa, que no quede en ellas nada, ni carne, ni salsa; no es menos deshonesto mojar el pan en la salsa, o tomar el resto de la salsa con la cuchara; es muy feo tomarla con los dedos.

Si cada uno se sirve de la fuente, hay que guardarse bien de meter la mano en ella antes que las personas más consideradas del grupo lo hayan hecho, y no tomar en parte distinta de la que está delante de sí.

No está bien tocar el pescado con el cuchillo, a menos que esté en forma de paté; se coge ordinariamente con el tenedor y se sirve del mismo modo en un plato.

Las aceitunas no se toman con el tenedor sino con la cuchara; toda clase de tartas, confituras y pasteles, una vez cortados en la fuente o recipiente en el que han sido presentados, se toman con la hoja del cuchillo, introducida por debajo, y se presentan luego en un plato.

Las nueces verdes se toman de la fuente con la mano, lo mismo que las demás frutas verdes y las frutas secas; y es fino mondar casi todas las frutas antes de presentarlas y enseguida cubrirlas limpiamente con su propia peladura; se puede, con todo, presentarlas sin pelar.

Los limones y las naranjas se cortan transversalmente; manzanas y peras longitudinalmente.

Cuando se está en la mesa no hay que hablar mucho de la calidad de los manjares, de si son buenos o malos, ni dar espontáneamente su opinión en cuanto a los condimentos y salsas; pues ello denotaría que se complace uno mucho en el buen comer y le gusta ser bien tratado; señal de alma sensual y de bajísima educación.

Pero sí es cortés manifestar siempre que está uno satisfecho y contento con lo que se le sirve, y que lo encuentra excelente; y si el amo del festín pide a alguno su opinión sobre los platos servidos, y sobre la carne presentada, se debe responder siempre lo más sincera y favorablemente que se pueda, a fin de no darle motivo de pena, como sucedería si alguno mostrase que las carnes no son de su agrado, o están mal preparadas.

Es propio de gente mal educada quejarse de que la carne no es buena, o que está mal sazonada, como, por ejemplo, demasiado salada, o pimentada en exceso, o que está demasiado caliente o fría; estas apreciaciones no son capaces más que de causar pena al que sirve de comer, quien ordinariamente no tiene la culpa de estos accidentes y a veces ni siquiera los nota; no es menos mal visto proferir grandes alabanzas a la carne y a todo lo que se sirve, y mostrar, con tales razonamientos, que uno se complace en comer bien y que conoce los mejores bocados; lo cual demuestra que uno es glotón y esclavo de su vientre.

## **Artículo 5 Modo de comer, para hacerlo dignamente**

1º El Sabio da varios consejos importantes sobre el modo de comportarse en la mesa, para comer con cordura y cortesía. Advierte que, tan pronto está uno en la mesa, no hay que dejarse arrastrar por la intemperancia en el comer, mirando las viandas con avidez, como si se debiese comer todo lo que está sobre la mesa, sin dejar nada para los demás.

2º Dice que no se debe ser el primero en servirse los alimentos; que se debe dejar este honor y señal de preeminencia a la persona más calificada del grupo.

3º Prohíbe apresurarse al comer; siendo además descortés comer con precipitación, lo que denotaría avidez.

4º Quiere que cada uno use sobriamente de lo servido, comiendo con mucho comedimiento y moderación, aunque se puede tomar cuanto se necesite.

Exhorta a dar mucha preferencia a los demás, en la mesa, y a no servirse de la fuente al mismo tiempo que ellos, lo cual también es una exigencia de la cortesía.

Ordena acabar de comer el primero por modestia; así debe conducirse una persona sobria, que tiene a gala seguir las reglas de la templanza en el comer; y la razón que da el Sabio es que no hay que excederse en el comer, para no caer en falta.

Añade el Sabio, para inducir a todas estas prácticas de finura y sobriedad, que el que come poco disfruta de sueño saludable, mientras que el intemperante tendrá que disponerse a sufrir el insomnio, el cólico y los retortijones.

La cortesía no nos pide otras cosas más precisas en el comer, aparte de estas reglas del Sabio, para conducirnos dignamente en esta acción que, efectivamente, tantas y tan grandes precauciones exige para realizarla bien.

Al comer, no se debe llevar a la boca un trozo antes que el anterior esté ingerido; tampoco debe uno precipitarse tanto al comer, que trague los bocados sin haber tenido apenas tiempo de masticalos: se tiene que comer siempre con mucha moderación, sin apresurarse, y no permitirse seguir comiendo hasta provocar el hipo, por ser señal de intemperancia excesiva. Como norma práctica no se debe empezar el primero a comer, ni tampoco a probar un nuevo alimento, o servirse de nuevo, a menos de ser la persona de más consideración de los comensales, y no se debe nunca quedar el último en la mesa, cuando están presentes personas a las que se debe mucho respeto: en efecto, es gran descortesía seguir comiendo cuando dichas personas ya han terminado; y nada sienta tan mal como comer solo, y hacer esperar a los demás para levantarse de la mesa.

Los niños, sobre todo, han de tomar como norma empezar a comer los últimos y acabar los primeros.

Hay algunas prácticas más de cortesía, respecto a la comida, que es preciso observar exactamente.

Las buenas maneras piden no inclinarse demasiado sobre el plato al comer; hay que juntar siempre los labios cuando se come, para no lamer como los puercos; no se tolera comer con las dos manos, sino que se deben llevar los trozos a la boca con la mano derecha sola, y servirse de la cuchara o del tenedor para tomar lo que sea tierno, grasiento o líquido, o que pueda manchar las manos; y es enteramente descortés tocar los alimentos, y peor, la sopa, con los dedos.

Al comer, evítense mirar a los que están cerca, para ver lo que comen, o si se les sirven porciones que son mejores o que nos gustan más que las que nos sirven a nosotros.

Es muy grosero, estando a la mesa, olfatear los manjares o darlos a oler a los demás, y no está nunca permitido, si se percibe algún mal olor en los alimentos, darlo a conocer a los demás; sería una descortesía mucho mayor devolver a la fuente alimentos que se han llevado a las narices para olfatearlos.

Si sucediera que se encuentra algo repugnante en la comida, como un pelo, carbonilla u otra cosa, no hay que mostrarlo a los demás, sino que se debe quitar con tal habilidad que nadie se dé cuenta de ello.

Cuando por distracción se ha metido en la boca algo extraordinariamente caliente, o que puede hacernos daño, hay que procurar tragarlo sin hacer demostración alguna, si es posible, del dolor sentido; pero si es absolutamente imposible retenerlo en la boca e imposible ingerirlo, rápidamente y sin que los demás se den cuenta, hay que tomar el plato con una mano, acercarlo a la boca y, volviéndose al menos un poco y cubriéndose con la otra mano, devolver al plato lo que se tiene en la boca, y dar enseguida el plato a alguien por detrás, o llevarlo uno mismo fuera (porque la decencia no permite echar nada al suelo). En cuanto a lo que no se come, como son los huesos, las cáscaras de los huevos, las mondaduras de las frutas, las pepitas, etc., hay que ponerlas siempre al borde del plato.

Es totalmente descortés sacar de la boca con los dedos lo que no se puede comer, como los huesos, las pepitas, las espinas, etc., y lo es aún más dejarlos caer de la boca de arriba a abajo, o al suelo, o en el plato, como si se vomitase; también está mal escupirlos en el plato o en la mano; conviene, al contrario, recibirlos discretamente con la mano izquierda medio cerrada, y depositarlos luego en el plato, sin que se vea.

## **Artículo 6 Modo de tomar la sopa**

La sopa se sirve de dos maneras: cuando se sirve en común, se pone en una sopera y cuando se sirve a una persona en particular, se sirve en una escudilla; esto se usa también en las familias, especialmente con los niños y las personas indispuetas.

Sería grosero servir la sopa en escudillas, al dar de comer a alguien; en tal caso hay que ponerla en una sopera, poniendo en ella varias cucharas, según el número de invitados, los cuales no las utilizarán más que para sacar la sopa de la sopera y ponerla enseguida en su plato.

Es descortés servirse la sopa de la sopera para tomarla, y servirse cada vez con la cuchara lo que se lleva a la boca; hay que servir la sopa con alguna de las cucharas que están en la sopera, ponerla enseguida en el plato propio, y luego devolver la cuchara a la sopera sin llevarla a la boca, y luego comer la sopa del plato con la cuchara propia.

Si no hay cuchara en la sopera, hay que utilizar la propia para tomar la sopa, después de haberla secado bien.

En cuanto al modo de comer la sopa en la escudilla, es descortés sorberla directamente de la escudilla como haría un enfermo, sino que se debe tomar poco a poco con la cuchara; también es muy descortés coger la escudilla por un asa y verter en la cuchara lo que queda de caldo, después de haber comido el resto.

Es también bastante vulgar agarrar la escudilla por el asa con la mano izquierda, como si se tuviese miedo de que alguien se la quitase.

Los buenos modales quieren también que no se haga ruido con la escudilla y la cuchara, al tomar la sopa; y que no se raspe fuertemente de un lado a otro, para juntar los restos de pan pegados en el fondo de la escudilla.

Aunque no esté bien dejar la escudilla tan limpia que no queda ya nada, sin embargo es correcto no dejar restos en ella: se debe comer todo lo que se halla en la escudilla, y todo cuanto se haya puesto en el plato; no es lo mismo respecto de la sopera, que sería descortés vaciarla enteramente; y no hay que servirse el resto cuando hay poco.

Después de haber comido todo lo que había en la escudilla, hay que devolverla al que sirvió, o ponerla en algún sitio sobre la mesa, donde no sea estorbo para nadie; pero nunca se la pondrá en el suelo.

Al tomar la sopa hay que tener cortésmente el tenedor en la mano izquierda y servirse del mismo para colocar limpiamente en la cuchara lo que está en la sopa, para que no caiga al llevarla a la boca.

Es gran descortesía hacer ruido con los labios echando el aire, cuando se mete la cuchara en la boca, o hacerlo al tragar; hay que poner la sopa en la boca e ingerirla con gran circunspección, de modo que no se oiga el menor ruido.

Es preciso tomar la sopa muy despacio, de modo que no se den muestras en tal ocasión, de avidez alguna, ni apresuramiento; puesto que ello ordinariamente es señal de que se pasa hambre, o se tiene mucho apetito. En una palabra, sería poner en evidencia la glotonería.

Es muy descortés comer en dos veces el contenido de la cuchara, dejando aún algo al retirarla de la boca; pero es peor tomar sopa de nuevo en el plato o en la escudilla quedando aún en la cuchara restos de la cucharada precedente: se debe comer en una sola vez lo que está en la cuchara que se lleva a la boca y no en varias veces.

Para ello es bueno no llenar demasiado la cuchara, al tomar la sopa, lo que es una falta considerable de urbanidad en el comer; puesto que si se la llenase tanto, se vería uno obligado a cometer dos grandes faltas: la una, abrir extraordinariamente la boca para poder meter la cuchara; la otra, tomar en varias veces lo que se debe tomar en una sola vez, aparte de correr el peligro de que caiga algo sobre el mantel, la servilleta o los vestidos, al llevar la cuchara a la boca, lo cual sería muy inconveniente.

La modestia que se debe observar en la mesa no puede permitir el inclinar deseducadamente todo el cuerpo hacia la cuchara, al llevarla a la boca tomando la sopa; mucho menos permite sacar demasiado la lengua, al acercar la cuchara a la boca, se puede con todo inclinarse al menos un poco, a fin de no dejar caer nada de la cuchara y no mancharse los vestidos; pero se debe procurar no abajarse más que un poco.

Cuando la sopa o lo que se come está demasiado caliente, hay que guardarse mucho de soplar encima, en el plato, en la escudilla o en la cuchara, al llevarla a la boca, todo lo cual es descortés: es mejor esperar a que se enfríe un poco; se puede, con todo, removerlo suave y discretamente con la cuchara.

## **Artículo 7 Modo de servir, tomar y comer el pan y la sal**

El trozo de pan que se tiene para comer debe colocarse al lado izquierdo, junto al plato o sobre la servilleta; es descortés ponerlo a la derecha, o delante, o detrás del plato, o más aún junto al pan de otro.

Se pueden cometer diversas descortesías al cortar el pan, de las que deben guardarse particularmente los niños: por ejemplo: es muy mal educado ahuecar el pan para tomar sólo la miga; o separar ambas cortezas cortándolo a lo largo; o desollarlo -por decirlo así- quitándole toda la corteza alrededor; o cortarlo en pedacitos como se hace con el pan bendito, y dejarlo así sobre la mesa; o dejar caer muchas migas sobre el mantel cuando se corta; también es chabacano agarrarlo con toda la mano para cortarlo, o apoyarlo en el pecho, o cortar para sí un trozo sobre el mantel o sobre el plato; más grosero es aún partirlo con la mano, pues el pan debe cortarse siempre con el cuchillo.

Todos estos modos de cortar el pan son tan ridículos que sólo las personas mal enseñadas y de baja educación son capaces de ello.

Cuando quiere ofrecerse pan a alguien, no debe hacerse con la mano sino sobre un plato limpio, o sobre una servilleta; y se debe recibir en la mano como si se la besase.

Cuando se quiere cortar un poco de pan, de uno puesto en común, se debe limpiar de antemano el cuchillo, y no cortar un trozo demasiado grande; se debe evitar cortar la corteza sólo por un lado, más bien débese cortar siempre derecho en longitud, hasta hacia la mitad del pan, sin tomar más del lado de una corteza que de la otra, pues no es educado ni prudente escoger en el pan lo que se desea tomar: sería dejar para los demás el resto y lo que no es del gusto propio, y poner bien en evidencia la propia sensualidad.

Si se tienen los dientes tan dañados que no se pueda comer la corteza del pan, es mejor quitarle la corteza sólo por trozos pequeños, a medida que se come, que no toda de una vez; porque no es conveniente poner sobre la mesa un trozo grande de pan que sea solamente miga.

Produciría muy mal efecto, al comer el pan, tener un trozo grande asido con la mano; normalmente hay que dejarlo sobre la mesa, y cortar cada vez con el cuchillo el trozo que quiere llevarse a la boca; es conveniente que los pedazos sean pequeños, y hay que llevarlos a la boca siempre con la mano sola, e introducirlos en ella teniéndolos con el pulgar y el índice.

Los huevos pasados por agua se comen ordinariamente mojando el pan en el huevo; por esto, cuando se quieran comer así, antes de romperlos se debe preparar el pan necesario para comer; pero no está nunca permitido mojar el pan en el vino, como para hacer sopa; esto apenas se permite a las personas indispuestas y éstas no deben hacerlo sin necesidad evidente y sin que les esté prescrito como auténtico y casi único remedio.

La sal, dice el Evangelio, es el condimento de los alimentos; hay que tomarla del salero con la punta del cuchillo, y nunca con los dedos, y luego ponerla en el plato.

Antes de meter el cuchillo en el salero para tomar sal, hay que procurar limpiarlo con la servilleta; pues es grosero tomarla con un cuchillo grasiento o sucio; y no hay que tomar más que la cantidad necesaria.

No deben meterse nunca en el salero los trozos de carne que se desea comer, sino que se deben salar con la sal que se haya puesto en el propio plato.

No hay que dejarse influir por la idea tonta de ciertas personas que tienen escrúpulos de ofrecer sal a los demás: y cuando se quiera ofrecerla a los que están alejados, se debe o bien ponerla en un plato para ofrecerla a los que tienen necesidad, o bien ofrecerles el salero, si es posible, para que se sirvan ellos mismos.

En cuanto a la mostaza, cuando se utiliza en la mesa, se procederá, poco más o menos, como para la sal.

### **Artículo 8 Modo de comportarse respecto a los huesos, la salsa y la fruta**

Es muy descortés servir los huesos con la mano, tomándolos como se toma un bastón; es bueno tocarlos lo menos posible; y si es necesario, hay que hacerlo con sólo dos dedos, sosteniéndolos por alguna parte que no pueda dejar grasa.

Es mucho más feo roerlos alrededor con los dientes, teniéndolos con las dos manos, como hacen los perros con sus patas; es también muy grosero chuparlos haciendo ruido, de modo que sea oído por otros. No hay que llevarlos siquiera a la boca; hay que contentarse con sacar poco a poco la carne con el cuchillo, lo más limpiamente posible, y ponerlos luego sobre el plato, sin echarlos nunca al suelo, lo que sería una gran descortesía.

Es muestra de sensualidad, que nunca está permitida, romper los huesos con el cuchillo, o con cualquier otra cosa, golpeándolos sobre la mesa o sobre el plato, o sacudiéndolos para sacarles la médula; hay que sacarla con el tenedor, o con la punta del cuchillo, o con el mango de la cuchara, si se puede hacer fácilmente, si no, no hay que intentarlo siquiera; con todo es mucho mejor, y más educado no tomarse la molestia de sacar la médula de los huesos.

Es mucho mejor no tomar salsa de la fuente, pues esto indica siempre alguna sensualidad en la persona que lo hace; pero cuando se toma, hay que hacerlo con la cuchara, después de limpiarla con la servilleta, y verter enseguida la salsa en el plato.

Es muy descortés poner salsa en todos los trozos de carne en la fuente, a medida que se comen; lo es aún más mojar el pan en la salsa, pero es muy grosero mojar en ella el pan o la carne ya mordidos, después de haber sido metidos en la boca.

En cuanto a las frutas, confituras y otras cosas que se dan en los postres, la educación quiere que se sea muy comedido en tomarlas, y que se coman con moderación. Usarlas de otro modo sería dar a conocer que se tiene afición a esta clase de golosinas.

Es preciso, en particular, que los niños se guarden mucho de hacer signo alguno con los ojos o con los hombros, que indique sus deseos; deben esperar que se las den.

Una cosa que no está nunca permitida, sobre todo estando a la mesa de una persona a la que se debe respeto, es el meterse en el bolsillo, o poner en la servilleta, frutas para guardarlas, como sería, por ejemplo, una manzana, una pera, una naranja, etc.

Tampoco está permitido, estando en un jardín, a menos que pertenezca a un amigo íntimo, coger flores o frutas, o pedir las para llevárselas; la buena educación quiere que no se toque nunca nada.

Es descortesía presentar a alguien parte de una fruta o de otra cosa que uno ha empezado ya a comer; también es descortés tragar los huesos de las frutas, o romperlos con los dientes o con cualquier otra cosa, para sacarles la almendra; tampoco está bien escupirlos sobre el plato, o echarlos al suelo o al fuego; sino que se deben tomar con la mano izquierda medio abierta, y ponerlos enseguida discretamente en el plato.

### **Artículo 9 Modo de pedir algo para beber, de recibirlo y modo de beber cuando se está en la mesa**

Es totalmente descortés pedir el primero de beber, a menos de ser el más considerable del grupo, si no, se debe esperar a que los que sean de más categoría hayan bebido.

Es faltar al respeto debido a aquéllos con quienes se está, el pedir de beber en alta voz; hay que pedirlo en voz baja; y es todavía mejor hacerlo por gestos.

También se falta al respeto pidiendo de beber mientras se lo dan a alguno de los del grupo. Si hay sólo una persona que sirve, no se debe pedir de beber a menos que se crea que ninguno lo pedirá, hasta que todos hayan bebido; y es mejor, si es posible, esperar su turno para beber, a no ser que el dueño de la casa ordene que se os sirva.

Es descortés recibir bebida, o hacérsela servir del lado de una persona a la que se debe respeto; en tal caso se debe tomar el vaso y hacerse servir del otro lado.

Cuando se ofrece de beber a alguien, éste debe secar sus dedos con la servilleta, y tomar el vaso por la base, no por el medio; estar atento para que el que le sirve no ponga en el vaso más de lo que puede beber de un trago, y para que no esté tan lleno que pueda verterse sobre el mantel o sobre el vestido.

Hay que secarse siempre la boca con la servilleta antes de beber, y no beber nunca antes de haber tomado la sopa; está mucho menos permitido hacerlo mientras se la toma; ni siquiera es conveniente beber apenas se haya terminado, se debe esperar a haber comido algo de otros manjares.

Es conveniente secarse bien la boca con la servilleta y vaciarla enteramente antes de beber, con el fin de no dejar grasa en el vaso, lo que sería muy grosero; y es muy descortés beber con la boca llena, o antes de haber terminado de comer; tampoco hay que ponerse a perorar con el vaso en la mano, y es mucho mejor no hablar desde que le sirven la bebida hasta que la haya consumido; no es menos descortés mirar atentamente lo que se va a beber; y lo es aún más probar el vino antes de beberlo, y ponerse a decir sus apreciaciones.

Es mucho mejor beber con sencillez sin amaneramiento; ya que no es señal de urbanidad presumir de que uno es entendido en vinos.

Se puede, al beber, abajar un poco la cabeza a fin de no derramar nada sobre sí; pero hay que enderezarla enseguida. Con todo, es mejor mantener siempre la cabeza derecha mientras se bebe.

No hay que beber ni demasiado lentamente, como si se chupara y se saborease con placer lo que se traga, ni demasiado rápidamente, como hacen los sensuales; antes, hay que beber despacio y con calma, aunque todo de un trago, sin respirar, y no en varios sorbos. Al beber hay que mirar al vaso y cada vez beber todo lo que hay en él, sin dejar nada.

La cortesía no permite beber con la cabeza descubierta; hay que estar cubierto mientras se bebe; tampoco quiere que se tenga la vista como perdida ni que se mire de un lado para otro durante este tiempo: no se debe, pues, mirar sino al vaso; tampoco se debe, al beber, hacer ruido con la garganta, de modo que se puedan contar los sorbos que se tragan. Es deseducado, después de haber bebido, dar un gran suspiro para recobrar el aliento; hay que terminar de beber sin hacer ruido alguno, ni siquiera con los labios; y en seguida, después de haber bebido, se debe secar la boca, como se debió hacer antes de beber.

Es muy descortés escurrir las jarras, o chupar el vaso al beber; hay que guardarse también de beber muy a menudo o de beber vino puro. La cortesía pide que se mezcle siempre mucha agua con el vino.

No es cortés beber cuando alguien lo hace a su lado, y mucho menos hacerlo cuando tenga el vaso en la mano el que es más importante de la reunión; hay que esperar a que haya bebido.

Si, durante el tiempo en que está uno obligado a responder a una persona superior, ésta lleva el vaso a la boca, se debe esperar a que haya bebido, para continuar la conversación; lo mismo hay que observar, sea quien sea el que beba, y no hablarle nunca mientras bebe.

Presentar a una persona un vaso de vino, del que ya se ha bebido, es algo muy vergonzoso. Brindar por unos y por otros, para obligarles a beber de nuevo, es práctica que huele a taberna y que nunca se hace entre las personas educadas; ni siquiera hay que brindar fácilmente a la salud de unos y de otros, a menos que se esté con los amigos más cercanos y que se haga como señal de amistad o de reconciliación. Los niños, sobre todo, no deben brindar por nadie, a menos que se les ordene.

Nadie debe brindar por una persona que sea de rango muy superior al suyo, y si alguna vez está permitido hacerlo, no será dirigiéndose directamente a la persona misma, a la salud de la cual se bebe, diciendo por ejemplo: Excelencia, a su salud: sino dirigiéndose a otro, diciendo así: Señor, a la salud de su Excelencia; todavía es más descortés añadir el apellido de la persona de rango, o el nombre de su cargo, hablando con ella misma, o bebiendo a la salud de su mujer, o de alguno de sus parientes, y decir: Excelencia, a la salud de su Señora esposa, su hermana, de su Señor hermano. Hay que nombrar a la mujer por el cargo o el apellido de su marido y a los demás por el apellido, o por algún cargo, si lo tienen, diciendo por ejemplo: A la salud de la Señora Cortés, del Señor Presidente, o Consejero.

El que brinda por otro que está presente, debe inclinarse muy educadamente hacia él; y aquel, a la salud del cual se bebe, debe agradecer el brindis inclinándose tanto como lo pida el rango del que le tributa este honor, y brindar luego por aquel que ha bebido a su salud, inclinándose un poco sin descubrirse.

Si es una persona de rango importante la que bebe a la salud de otra de menos consideración, aquella a quien se dirige debe mantenerse descubierta, inclinándose un poco sobre la mesa, hasta que esta persona haya acabado de beber, y no debe de ningún modo cubrirse a menos que ella se lo ordene; sin embargo esto no debe hacerse si la persona que bebe no es de rango muy superior a la otra.

## **Artículo 10 Levantarse de la mesa y modo de servir la mesa y de quitarla**

No hay que esperar a tener el estómago lleno de comida para cesar de comer: y así como es educado comer con moderación, también lo es no comer hasta la total saciedad.

Los niños deben levantarse siempre los primeros de la mesa, descubriéndose y haciendo la reverencia.

Cuando se está obligado a levantarse de la mesa antes que los demás, debe hacerse con la cabeza descubierta: y en caso de ser empleado o criado, no hay que levantarse sin quitar uno mismo, o sin que haya alguien para quitar su plato, objeto que es poco educado.

Si sucede que alguna persona a la cual se debe consideración, come y está todavía en la mesa al final de la comida, y que se esté solo con quien tenga o pueda tener consideración a esta persona, especialmente si no es inferior suyo, ni su criado dependiente suyo, ni su criado, se debe por educación y por respeto permanecer en la mesa, para hacerle compañía, hasta que se levante.

Es necesario que los que sirven a la mesa tengan las manos muy limpias, y estén siempre descubiertos. Lo que deben hacer es extender limpiamente el mantel sobre la mesa, poner encima el salero y luego colocar los platos, sobre los cuales pondrán el pan, cubriéndolo discretamente con la servilleta, a menos que se utilicen escudillas para la sopa, pues entonces hay que poner las escudillas en los platos y disponer el cuchillo, la cuchara y el tenedor a la derecha, debajo del pan, y la servilleta encima.

Luego hay que lavar los vasos y disponerlos de tal modo sobre el mostrador, o sobre una mesita cubierta con un paño blanco que no se puedan cambiar fácilmente. Para cuando sea necesario presentarlos, es necesario cuidar de tener todo lo necesario, como sal, pan, y que, sobre la mesa o en un mostrador bien limpio y ordenado, haya platos para servir el pan.

Después hay que dar a lavar, elevando un poco el aguamanil con ceremonia, teniendo la toalla plegada longitudinalmente sobre el hombro izquierdo, y teniendo el lebrillo por debajo, puesto sobre la mano y brazo izquierdos, a menos que no esté puesto ya sobre alguna cosa. Debe empezarse a verter agua sobre las manos de la persona de mayor consideración del grupo compañía; luego hay que verter sobre las manos de los demás, según su rango y su calidad, y a veces sin ningún orden ni distinción entre ellos; que es lo que debe hacerse siempre, cuando las personas no son de rango muy distinguido.

Uno de los primeros cuidados que se deben tener cuando se sirve a la mesa es el de secar cuidadosamente las fuentes por debajo, particularmente la sopera, para que no manchen el mantel, y disponerlas de tal modo que cada uno pueda meter fácilmente en ellas la cuchara, o el tenedor, cuando lo necesite.

El pan debe presentarse siempre en un plato o en una servilleta, si no hay ningún plato limpio en el mostrador; y nunca se debe llevar en la mano, ni servirlo del lado de la persona más honorable.

Los que sirven, deben estar siempre dispuestos a servir lo que se pida, y para esto deben estar atentos a la mesa, y no alejarse de ella.

Hay que estar descubierto para servir a la mesa: y esto es particularmente necesario para servir de beber; y cuando se ofrezca a alguien, se debe tener el vaso por la base con la mano izquierda, o la taza por el asa, y no con toda la mano, o tocando el borde con los dedos; además siempre hay que poner vino en el vaso antes de presentarlo y luego, habiéndolo presentado como besándolo, verter suavemente agua con el aguamanil, o la jarra, que se tendrá con la mano derecha, y no dejar de verter hasta que el que quiere beber levante el vaso, para indicar que no quiere más.

Es bueno no ofrecer bebida a nadie que no haya comido alimento por algún tiempo, después de haber retirado la sopera, y empezar siempre por dar a la persona principal del grupo. Débese observar también el presentar la bebida siempre del lado de la persona que se sirve; si, sin embargo, hay varias personas en la mesa, no hay que presentar nada del lado de la persona de más rango a menos que no se pueda absolutamente hacer de otro modo.

Cuando al servir el vino se haya vertido demasiado en el vaso, no hay que devolverlo a la jarra o a la botella, sino pasarlo a otro vaso; y si, por el contrario, no se había servido bastante, habrá que añadir tanto como desee el que es servido.

Cuando se sirve de beber a alguien fuera de las comidas, después de darle el vaso hay que tener debajo una servilleta o un plato, a fin de impedir que alguna gota caiga sobre sus vestidos; y una vez que haya bebido, se debe recibir el vaso, como besándolo, y ofrecerle al mismo tiempo una servilleta plegada para secarse la boca; se pone asimismo un plato limpio debajo del vaso, cuando las personas muy distinguidas beben durante las comidas.

Las personas que quieren comer con limpieza, cambian de platos al menos dos veces durante el almuerzo; una vez, después de tomar la sopa, y otra para el postre; y en la cena, sólo para el postre. En casa de los grandes y en los festines, se cambian ordinariamente a todos y en cada servicio, y hay siempre platos limpios en el mostrador, para cambiar a los que puedan necesitarlo; también es conveniente cambiarlo cuando se tiene el plato demasiado cargado. Los que sirven y cambian los platos deben empezar a hacerlo por la persona principal del grupo y hacerlo a todos seguidamente, dando a cada uno un plato limpio, a medida que los quitan de la mesa.

En la mesa hay que mantener mucho recato, y no mirar fijamente ni a los comensales ni a los manjares. Hay que cuidar también de que nunca falte nada a los que están en la mesa, y que no se vean obligados a solicitar bebida repetidas veces: por eso los sirvientes deben estar muy atentos para observar si les falta algo, y diligentes para servirselo.

Es contrario al decoro quitar las fuentes mientras alguno come aún; se debe esperar a que se haga signo de retirarlas, ya alejándolas, ya de otro modo. Tampoco hay que quitar nunca una fuente si no se pone otra en su lugar; pues no está bien que la mesa quede vacía, salvo al final de las comidas.

Tampoco se deben poner las fuentes una encima de otra para quitarlas más fácilmente, especialmente cuando quedan aún alimentos en ellas, y si no están totalmente vacías; tampoco se puede juntar en una fuente los restos de varias, para poderlas llevar todas a la vez; sino que se deben retirar todas las fuentes una tras otra, de modo que no se lleven más de dos a la vez.

Cuando se retiran las fuentes de la mesa, hay que empezar siempre por las que están delante de la persona que ostenta el primer rango del grupo y empezar también por ella a quitar los platos, que deben cambiarse tan pronto como las fuentes hayan sido retiradas.

No se debe levantar totalmente la mesa sino después de haber dado gracias a Dios, y al recoger, es conveniente poner los cuchillos, los tenedores y las cucharas en un cesto, lo mismo que los trozos de pan que puedan quedar. Es vergonzoso guardar carne, vino u otra cosa, para comerlo o beberlo a escondidas.

Hay que quitar por último la sal, y después de haber quitado el mantel, cubrir la mesa con un tapete, a menos que no se deba quitar al mismo tiempo la mesa.

Cuando se haya quitado todo, se barrerán cuidadosamente las migas y demás cosas caídas de la mesa; se deberá atizar luego el fuego, si es invierno, y retirarse haciendo la reverencia.

Si se está encargado de llevar la vela para guiar al grupo, no se la tomará sola sino con el candelero, que se llevará con la mano derecha, teniendo el sombrero en la izquierda y alumbrando a todos caminando el primero.

Es descortés apagar la vela en presencia del grupo. La urbanidad pide que no se haga nunca en presencia y a la vista de los demás, y que se tenga cuidado de que no humee. Es aún mucho más deseducado despabilar las velas con los dedos: hay que hacerlo siempre con la despabiladera, quitando el candelero de encima de la mesa.

## **Capítulo 5 Las diversiones**

Las diversiones son ejercicios a los cuales se puede dedicar algún tiempo del día, para liberar el espíritu de las ocupaciones serias, y el cuerpo de los trabajos fatigosos que se le dan durante el día.

Es muy razonable descansar de vez en cuando; lo necesitan tanto el cuerpo como el espíritu, y Dios nos ha dado ejemplo de ello, desde el comienzo del mundo, cuando descansó un día entero, según la Escritura, después de haber trabajado sin interrupción seis días enteros en la gran obra de la creación del mundo. Nuestro Señor invitó también a los Apóstoles a descansar con él, al regresar de los lugares donde les había mandado para predicar el Evangelio.

Sin embargo, como a menudo sucede que se divierte uno en contra de su conciencia, o a expensas de otros, o violando en algo las reglas de la urbanidad, ya dándose a diversiones que la decencia no permite, ya tomándolas de modo poco honesto, o mezclando con ellas algo descortés o de mal gusto: parece necesario exponer aquí las diferentes clases de diversiones que se pueden tener, y mostrar luego el modo cómo utilizar el tiempo en ellas, para obrar con cordura.

Las diversiones que se pueden tener son: el recreo, el juego, el canto y el paseo. Se tratará aquí de estas cuatro cosas una tras otra, y del modo de hacerlas bien.

### **Artículo 1 El recreo y la risa**

Es conveniente y honesto tomar todos los días algún recreo después de las comidas, con las personas con quienes se vive y con quienes se come, y no es educado separarse de ellas apenas se ha levantado uno de la mesa.

El recreo discurre normalmente conversando de manera desahogada, contando historias agradables y graciosas que provoquen la risa y la diversión del grupo; hay que cuidar, con todo, que esta clase de discursos no tenga nada de rastro o que acuse baja educación, sino que estén sostenidos por un modo de expresión que dé brillo, lustre y encanto a su sencillez.

Dice el Sabio que hay un tiempo para reír, que es propiamente el tiempo que sigue a la comida; puesto que además de que no puede uno dedicarse a ocupaciones serias a continuación de las comidas, estar alegre y libre durante el tiempo que las sigue inmediatamente, es algo que ayuda mucho a la digestión de los alimentos.

Nunca está permitido recrearse a expensas de otros; el respeto que debe tenerse al prójimo pide no alegrarse nunca de nada que pueda ofender a quien sea.

Hay tres cosas principalmente de las que nunca se debe reír. Las cosas tocante a la religión, las palabras o acciones deshonestas, los defectos de los demás y algún accidente molesto que les haya ocurrido.

En cuanto a la religión sería libertinaje e impiedad tomarla a chacota y diversión. En toda ocasión un cristiano debe dar muestras de estima y veneración por todo lo que mira al culto de Dios. Por tanto hay que guardarse bien de tomar a risa las palabras de la Sagrada Escritura, como hacen algunos.

No se deben traer nunca a la boca más que por sentimiento cristiano, y para animarse a la práctica del bien y de la virtud.

La decencia quiere que se tenga tal horror por todo lo que se acerca, por poco que sea, a la impureza que, bien lejos de permitir reírse o divertirse con ello, no consiente siquiera que se reconozca como agradable nada de lo que la concierne.

Los que ríen de tales cosas muestran que viven más según el cuerpo que según es espíritu, y que tienen el corazón enteramente corrompido.

Respecto de los defectos del prójimo, o son naturales o son viciosos; si son naturales, es indigno de un hombre de sentido común y de conducta prudente reírse o divertirse con ellos, puesto que quien los sufre no tiene culpa de ellos, y no depende de él no tenerlos, y no hay nadie a quien no pueda sucederle lo mismo; si son defectos viciosos y se toman como ocasión de diversión, es totalmente contrario a la caridad y al espíritu cristiano, el cual inspira más bien tener compasión y ayudar a los demás a corregirse de ellos, que tomarlos como objetos de recreo.

No es menos contrario a la cortesía reírse y divertirse por algún accidente penoso que le haya acontecido a alguien; pues sería dar muestras sensibles de que se alegra uno, cuando la caridad, así como la urbanidad debe llevarnos a participar en lo que pueda causar pena a los otros, como también en lo que les es agradable.

Es descortesía reír después de haber dicho una ocurrencia y mirar a ver si los demás ríen de lo que se ha dicho; pues se manifiesta así que uno cree haber dicho maravillas. Tampoco se debe reír cuando alguien dice alguna inconveniencia o despropósito; reír de todo lo que se ve u oye es asemejarse a los insensatos.

No hay que permitirse reír en todo momento y en toda ocasión; no hay que reír, por ejemplo, cuando se habla o cuando se tiene motivo de aflicción. La buena educación tampoco lo permite en ciertas ocasiones en las que se debe por lo menos mostrarse serio, como cuando muere algún pariente del cual es uno heredero, pues parecería que está uno contento de que haya muerto.

La educación no quiere, pues, que se ría si no hay algún motivo razonable para ello; y da también reglas tocante el modo de reír, y no permite que se ría nunca con estrépito, y mucho menos que se haga de modo tan disoluto y poco prudente que se pierda la respiración y se llegue a gesticular indecentemente. Sólo las personas de poco juicio y mal educadas pueden permitírselo. Pues es propio del insensato, dice el Eclesiastés, levantar la voz al reír, mas el hombre prudente apenas sonrío.

## **Artículo 2 El paseo**

El paseo es un ejercicio conveniente que contribuye grandemente a la salud del cuerpo y hace al espíritu mejor dispuesto a las actividades que le son propias; se transforma en distracción si se le añade conversaciones agradables. Ordinariamente se hace algún cumplido al ocupar el sitio, y el lugar más honroso es debido a la persona más respetable del grupo.

Aquel a quien se hace el honor de ofrecérsela no debe, sin embargo, aceptarla, a menos que esté muy por encima de los demás, y no debe hacerlo sino después de saludar al grupo, como para agradecer el honor que se le tributa.

Es muy descortés tomar uno mismo el lugar de honor, a menos de ser de rango muy superior a los demás; y cuando se trata de personas más o menos iguales que pasean juntas, deben ordinariamente colocarse sin distinción, a medida que se encuentran.

Cuando son tres o más en el paseo, el lugar que se da a la persona de más consideración es el del medio; la derecha es la segunda y la izquierda la tercera; y si los que se pasean son iguales, pueden cederse el medio alternativamente a cada recorrido de la trayectoria, retirándose el que estaba en medio, al lado, para dejar tomar el centro a uno de los que estaban a su lado.

En un jardín, y en los demás lugares en los que el uso no haya determinado nada, el segundo lugar es la derecha de la persona a quien se honra; así, si está a solas con ella, se pondrá uno a su izquierda, y se procurará ponerse a la izquierda cada vez que se giren, sin que haya en ello amaneramiento.

En una habitación, el lugar donde está la cama indica el puesto superior, si la disposición del cuarto lo permite, si no, hay que regularse según la puerta, que marca el inferior.

En la calle, el lugar de honor es el lado del muro; pero si son tres, el centro es el primer lugar, el lado del muro es el segundo y el otro el tercero.

Los que pasean deben andar siempre pausadamente, todos alineados, especialmente si los paseantes no son numerosos y si todos son de rango más o menos igual; si entre ellos hay alguna persona de mucha consideración respecto a las demás, es educado caminar algo más adelante por respeto, de modo, sin embargo que sea posible oírle y hablarle fácilmente.

Al pasear con alguien no está bien acercársele tanto que se le toque, y peor darle golpes con el codo; tampoco debe uno volverse tanto delante de aquél a quien se quiere hablar, que se le impida andar, o se haga uno incómodo a los otros.

Al final de cada trayecto corresponde a la persona de mayor consideración volverse la primera: y debe hacerlo volviendo la cara hacia la persona de su lado que sea la más considerada, o hacia el que habla, o alternativamente, ya a derecha, ya a izquierda; su educación lo exige así, si las personas que están a su lado son poco más o menos de la misma condición; todos los demás deben volverse del lado del que está en el centro.

Si sólo son dos los que se pasean, cada uno debe volverse hacia el interior, del lado de la persona con quien se pasea, y nunca hacia fuera, puesto que no podría hacerlo sin volver la espalda a aquél con quien está, lo cual sería totalmente contrario a la educación.

Si dos personas de condición muy superior ponen en medio de ellas a otra que les sea inferior, a fin de poder oír más fácilmente algún relato que tuviera que hacerles, a cada extremo del paseo el inferior cuidará de volverse del lado de la más importante de las dos, y si las dos son de condición más o menos igual, procurará volverse en un extremo del recorrido hacia una y en el otro extremo hacia la otra; y en cuanto haya acabado el relato que debía hacer, dejará el centro y se pondrá a un lado, algo más atrás.

Si se pasa por algún lugar en el que se debe andar de uno en uno, cada uno debe seguir según el rango que tiene en el grupo haciéndose cumplidos unos a otros, pero si las personas no tienen rango especial que las distinga, andarán una tras otra, según se encuentren.

Sin embargo, si el lugar es incómodo o peligroso, uno de los de rango más inferior puede pasar el primero, para mostrar o probar el camino, sin hacer en esto nada que sea contrario a las reglas de la convivencia.

Es gran descortesía, al encontrar otro grupo, dejar el propio; pues es dar a entender que se tiene muy poca consideración y no se estima mucho a las personas con quienes se está.

Cuando se pasea con una persona de mucha consideración, o incluso con una persona igual, ordinariamente no es conveniente pararse; porque aparte de que esto denota superioridad, a veces es molesto a los demás. Si, con todo, la persona con quien se habla se para, hay que pararse también, y cuidar de no avanzar durante todo el tiempo que esta persona permanezca así.

### Artículo 3 El juego

El juego es una diversión que se autoriza a veces, aunque ha de tomarse con muchas precauciones; se puede dedicar cierto tiempo a esa ocupación, pero hay que poner en ello poca discreción; son necesarias muchas cautelas para no dejarse arrastrar por alguna pasión desordenada; y se requiere la discreción para no entregarse del todo al juego, ni dedicarle excesivo tiempo.

Siendo imposible comportarse dignamente en el juego sin estas dos condiciones, no está permitido jugar sin ellas. Hay especialmente dos pasiones que es preciso vigilar para no dejarse llevar por ellas en el juego: la primera es la avaricia, la cual ordinariamente es fuente de la segunda, a saber, la impaciencia y los arrebatos.

Los que juegan deben cuidar mucho de no hacerlo por avaricia, puesto que el juego no ha sido inventado para ganar dinero, sino sólo para relajar un poco el espíritu y el cuerpo después del trabajo.

Por eso no es conveniente jugar sumas importantes, sino sencillamente unos dinerillos, de modo que no puedan enriquecer al que gana ni empobrecer al que pierde, sino que ayuden a entretener el juego y a despertar mayor interés por ganar, que es lo que más contribuye al placer del juego.

Es gran descortesía impacientarse en el juego, cuando no se consigue el éxito deseado; es vergonzoso dejarse arrebatar y mucho más jurar durante el mismo. Hay que comportarse de modo moderado y pacífico, para no perturbar la diversión.

Es totalmente contrario a la honradez engañar en el juego, incluso es hurto; y si se gana, se está obligado a la devolución, incluso si se ha ganado en parte por destreza propia.

No se debe exigir con prisas el dinero ganado, pero si alguien no ha apostado en el juego y ha perdido, no hay que pedirle o invitarle a poner en el juego la cantidad que debe más que de modo razonable recordándole solamente que no ha hecho la apuesta; de este modo:

Aparentemente se ha olvidado usted de apostar en el juego; o, si ha perdido y el juego continúa: tenga la bondad de apostar doble en el juego; o: falta tal cantidad de lo que debería haber, ya que usted no ha apostado la última vez. En tales ocasiones, evítese bien el usar modos de hablar como: Pague, apueste en el juego.

Aunque se deba jugar con cara alegre, puesto que no se juega más que por divertirse, es sin embargo, contrario a la buena educación dar muestras de alegría extraordinaria cuando se gana; lo mismo que turbarse, entristecerse o enfadarse cuando se pierde; pues demuestra que no se juega más que por el dinero. Uno de los mejores medios que pueden utilizarse para no caer en estos desórdenes es jugar tan poco dinero que ni la ganancia ni la pérdida sean capaces de excitar ninguna pasión en los jugadores.

También es descortés cantar o silbar durante el juego, aunque fuera suavemente y entre dientes; lo es más tamborilear con los dedos o con los pies, que es lo que a veces acontece a los que se entregan mucho al juego.

Si sobreviene alguna discrepancia en el juego, hay que guardarse bien de gritar, disputar u obstinarse; pero si se ve uno obligado a mantener una jugada, debe ser con mucha moderación y honradez, exponiendo simplemente y con pocas palabras el derecho que cree uno tener, sin elevar siquiera ni cambiar ni pizca la voz; cuando se pierde, el honor exige pagar antes que se lo pidan; pues es señal de un espíritu generoso y de una persona bien nacida el pagar correctamente lo que se adeuda en el juego, sin mostrar contrariedad alguna.

No se debe empezar nunca a jugar con una persona de rango muy superior sin que ella lo mande; pero cuando una persona de rango obliga a alguien de condición muy inferior a la suya, a jugar con ella, debe tener cuidado de no mostrar ni apresuramiento en el juego, ni ganas de ganar, pues es muestra de pequeñez de espíritu y de bajeza de condición.

Si se sabe incluso que la persona con quien se juega y a la cual se debe respeto, sufre al perder, no se debe, si uno gana, dejar el juego, a menos que esto no venga de ella, o que no haya ganado de nuevo lo que había perdido. Pero si se pierde, puede uno retirarse discretamente, lo cual siempre está permitido, fuere quien fuere la persona con quien se está jugando.

Las buenas maneras piden que se muestre satisfacción cuando una persona a la que se debe respeto, gana en el juego, sobre todo cuando uno mismo no juega y se es sólo espectador.

Es importante abstenerse totalmente de jugar si no se es de humor cómodo en el juego, pues podrían producirse muchos inconvenientes que es necesario prevenir; pero si la persona con la cual se juega es de carácter irascible, no hay que mostrar disgusto ni de sus palabras, ni de su modo de obrar; menos se deben tener en cuenta sus arrebatos; débese procurar continuar tranquilamente el juego, como si nada hubiese sucedido; la prudencia y la cordura piden que se eche todo a buena parte y que no se salga uno nunca del respeto que se debe a esta persona, ni de la calma que se debe conservar siempre en el espíritu.

Es muy descortés mofarse de alguien que no haya tenido habilidad en el juego; si llegan personas más expertas al juego y ocupa uno el lugar, es fino cedérselo, y si se juega con una persona de rango superior, dos contra dos, y que esta persona haya ganado la partida, su compañero debe abstenerse de decir: hemos ganado; sino: usted ha ganado, señor; o bien: el señor ha ganado.

Es totalmente contrario a la conveniencia acalorarse en el juego; no se debe con todo jugar con negligencia ni dejarse ganar por complacer, a fin de no dejar creer a la persona con quien se juega, que se esfuerza uno muy poco en contribuir a su distracción.

Se puede jugar a muchas clases de juegos, de los cuales unos ejercitan más el espíritu y otros, sobre todo, el cuerpo. Los juegos que ejercitan el cuerpo, como el frontón, el croquet, la bocha, los bolos, el volante, son preferibles a los demás e incluso a los que ejercitan y aplican demasiado el espíritu, como son el ajedrez y las damas: cuando se juega a estos juegos, que ejercitan el cuerpo, hay que abstenerse de hacer contorsiones con el cuerpo ridículas o indecentes; hay que procurar también no acalorarse demasiado, y abstenerse de desabrocharse, de quitarse vestidos, o incluso el sombrero, pues son cosas que la conveniencia no permiten. Cuando se juega al ajedrez o a las damas, es de buena educación ofrecer a la persona con quien se juega las piezas blancas de ajedrez o de damas, o colocárselas delante, o ayudarle al menos a ello, o disponerse a hacerlo, y no esperar que nos las den, ni que nos las coloquen delante de nosotros.

Hay ciertos juegos de naipes que pueden permitirse alguna vez, como el de los cientos, porque la destreza tiene su parte y no son de pura suerte; pero otros están tan subordinados al azar, como la berlanga, el sacanete, los dados y otros semejantes que no sólo los prohíbe la Ley de Dios, sino que las normas de la urbanidad no autorizan a jugar a ellos. Deben, pues, ser considerados como indignos de una persona educada.

La conveniencia quiere también que el tiempo que se emplea en el juego sea moderado y que, lejos de jugar continuamente, como hacen algunos, no se juegue ni siquiera demasiado a menudo, ni varias horas seguidas; pues sería tomar como ocupación algo que no es propiamente más que un cese o interrupción del empleo por poco tiempo, y no puede estar de acuerdo con la cordura que debe tener una persona ordenada.

#### **Artículo 4 El canto**

El canto es un pasatiempo que no sólo está permitido, sino que es al mismo tiempo muy conveniente y puede ayudar mucho a divertir el espíritu de modo muy agradable e inocente a un tiempo.

Sin embargo, el buen sentir, lo mismo que la religión, quieren que un cristiano no se deje llevar por toda suerte de canciones; y que se guarde en particular de cantar cosas deshonestas, ni otras cuyas palabras sean demasiado libres o de doble sentido. En una palabra, es muy indecente en un cristiano entonar aires que conducen a la impiedad, o en los cuales se glorifica el comer bien, o cuyas expresiones y palabras manifiestan que uno se gloria y experimenta un gran placer dándose a los excesos del vino; pues, aparte de que hace muy poca gracia tener tales palabras en la boca, podrían contribuir mucho a favorecer el caer en esta clase de desórdenes, aunque no se tuviesen al presente; ya que las canciones inspiran su contenido en el espíritu más fácilmente que las palabras solas.

San Pablo nos indica precisamente en dos lugares diferentes de sus epístolas que lo que los cristianos deben cantar son los salmos, los himnos y los cánticos espirituales, y que deben cantarlo desde el fondo de sus corazones y con afecto, porque contienen las alabanzas de Dios. Estos son, efectivamente, los únicos aires que se deberían oír en las casas de los cristianos, en las que el vicio y todo lo que a él conduce no es menos contrario al buen gusto que a las normas del Evangelio; y en las cuales no se debe oír cantar nada que no dé ocasión de alabar a Dios y que no induzca a la práctica del bien y al ejercicio de la virtud.

Esta era también la práctica de los antiguos Patriarcas, los cuales no componían cánticos que no fuesen para alabar a Dios, o para agradecerle algún beneficio de él recibido. David, que compuso muchos, los hizo todos en alabanza de Dios. La Iglesia, que se los ha apropiado y los canta todos los días, y que los pone en boca de los cristianos, los días en que se reúnen solemnemente para honrar a Dios, parece invitarles a cantarlos también y a repetirlos a menudo en particular, y a los padres que los enseñen a sus hijos.

Como estos cánticos sagrados han sido traducidos a nuestra lengua y se les ha puesto música, todos tienen la comodidad y la facilidad de poderlos cantar y oír, y de llenarse el espíritu y el corazón de los sentimientos santos de que están repletos. Debería además ser un gran placer y un verdadero solaz para los cristianos, bendecir y alabar a menudo al Dios de su corazón.

Lo que la modestia pide a los que saben cantar, o tocar algún instrumento, es el no manifestarlo nunca, ni dar ninguna señal, ni hablar de ello con el fin de procurarse estima por este medio; pero si la cosa llega a conocerse y en la reunión, alguien a quien se debe respeto o deferencia, le pide tocar o cantar algún aire, ya para dar a conocer lo que se sabe, ya para solaz del grupo, puede uno excusarse razonablemente y, ordinariamente conviene hacerlo; pero si esta persona persiste e insta, no sería cuerdo si aún se dudase en cantar o tocar el instrumento, como se pide; puesto que si sucediese que no se cantase muy bien, o que no se fuera hábil en tocar el instrumento, los del grupo tendrían de qué hablar, que no merecía la pena hacerse rogar tanto, mientras que aceptando con sencillez y sin hacerse esperar mucho, se pone uno a cubierto de todo reproche, o al menos no se da ocasión para ello.

Cuando se ve así uno obligado a cantar, es preciso evitar el toser o escupir; y es necesario guardarse bien de alabarse a sí mismo y de decir, por ejemplo: qué buen lugar es éste, o he aquí uno aún más hermoso, o cuidado con esta cadencia, etc.; todo esto indica vanidad y estima de sí mismo, y es señal de que se quiere presumir. Tampoco es conveniente hacer ciertos gestos que indican complacencia; de igual modo tampoco se deben hacer cuando se toca algún instrumento.

Cuando ha sido uno solicitado para cantar o para tocar un instrumento, no hay que hacer lo uno o lo otro durante demasiado tiempo, pues se debe evitar el aburrimiento; y se debe acabar suficientemente pronto, para no dar ocasión a nadie de decir o pensar que ya es bastante.

Sería descortesía decirlo, si la persona que canta merece alguna consideración; y es también una gran descortesía interrumpir al que canta.

Hay que cuidar de no cantar nunca solo, y entre dientes, lo cual es grosero en toda ocasión; no lo es menos el remedar a una persona que se haya oído cantar, ya porque canta de nariz, o porque hace inflexiones de voz o canta de forma inconveniente y desagradable; esto huele a farsante y a cómico de teatro. También tiene poca gracia cantar de modo grosero, afectado o extravagante.

La manera de cantar bien y con agrado es hacerlo de modo enteramente natural.

## **Artículo 5 Las diversiones no permitidas**

Existen otras diversiones, de las que no se tratará aquí con mucha amplitud, porque no están permitidas al cristiano en modo alguno, ni por las leyes de la religión ni por las reglas de la cortesía.

Hay unas que sólo frecuentan los ricos, como los bailes, las danzas y el teatro. Otras son más corrientes para los artesanos y los pobres, como los espectáculos de charlatanes, bufones, volatineros, títeres, etc.

Respecto a los bailes basta decir que son asambleas cuyo comportamiento no es cristiano ni honesto: se tienen de noche, como queriendo esconder a sí mismo las indecencias que se cometen en estas asambleas, y buscando las tinieblas para tener más libertad para cometer el crimen. Las personas en cuyas casas se tienen, están obligadas a abrir su puerta indistintamente a todo el mundo, lo que trae consigo que sus casas sean como lugares infames y públicos, donde los padres y madres exponen a sus propias hijas a toda clase de muchachos, que tienen la libertad de entrar en estas asambleas y se toman también la de examinar a todas las personas que las componen y de ligarse con aquellas que más les gustan; divertir las, sacarlas a bailar, acariciarlas y tomarse con ellas libertades que padres y madres se avergonzarían de permitirles en sus propias casas. Y las chicas, por el lujo y la vanidad que muestran en la forma de sus vestidos, por la falta de modestia de sus miradas, de sus gestos y de toda su persona, se prostituyen a la vista y a los deseos de todos los que entran en estos bailes; y son ocasión para los más moderados de tener sentimientos bien alejados de los que el pudor y la modestia cristianos deberían inspirarles.

Respecto de las danzas que se hacen en las casas particulares con menos excesos, no son menos inconvenientes que las que se hacen con más fasto en los bailes: pues si un antiguo pagano dijo que no hay persona sobria que baile, si no ha perdido el juicio: qué será lo que el espíritu cristiano podrá decirnos tocante a esta diversión, que no sirve más, dice san Ambrosio, que para excitar las pasiones vergonzosas, y en las que el pudor pierde todo su brillo en medio del ruido que se hace saltando, y entregándose a la disolución; son las madres impúdicas y adúlteras, dice este santo Padre, las que permiten que sus hijas bailen, y no las madres castas y fieles a sus maridos, que deben enseñar a sus hijas a amar la virtud y no la danza, a la cual, dice san Crisóstomo, el cuerpo es deshonorado por movimientos vergonzosos, indecentes; y mucho más el alma, pues los bailes son los juegos de los demonios, y los que hacen de ellos sus diversiones y placeres, son los ministros y esclavos de los diablos, y se comportan como bestias, más que como hombres, puesto que se entregan en ellos a placeres brutales.

Por más que el teatro se considere en el mundo como diversión honesta, constituye, no obstante, la vergüenza y confusión del cristianismo. En efecto, los que se dedican a ese empleo como su propia profesión, ¿no están calificados públicamente de infames? ¿Se puede amar una profesión mientras se cubre de confusión a los que la ejercen? ¿No es infame y vergonzoso este arte, en el que toda la destreza del actor tiende a excitar en sí mismo y en los demás las pasiones vergonzosas, que una persona bien nacida sólo puede aborrecer? Si se canta en él, no se oyen más que aires propios a fortalecer estas mismas pasiones. ¿Hay honestidad y sensatez en la forma de los vestidos, en la desnudez y en la libertad de los comediantes? ¿Y hay algo en sus gestos, en sus palabras, en sus posturas que no sea, para un cristiano, indecente, no ya el hacerlo sino incluso el verlo? Es pues, totalmente contrario a la honestidad tomarlo como placer y diversión.

Los teatrillos de charlatanes y bufones que se elevan comúnmente en las plazas públicas, son mirados como indecentes por toda persona honrada; y de ordinario sólo los artesanos y los pobres se paran a verlos. Hasta parece que el demonio los ha organizado precisamente para ellos, pues, al no tener medios para gustar el veneno que utiliza para perder almas en los teatros, pueden así saciarse del mismo asistiendo a estos espectáculos públicos; con ese fin emplea los bufones, los ejercita y entrena, y se sirve de ellos, según expresión de san Juan Crisóstomo, como la peste que inficiona todas las villas a las que llegan. Apenas alguno de estos bufones ridículos - dice este santo Padre - profiere una blasfemia o palabras deshonestas, se ve a los más alocados prorrumpir en carcajadas; les aplauden por cosas que merecerían más bien la lapidación.

Es, pues, una diversión muy vergonzosa y un placer detestable, según la expresión de este Padre, la que se saca de esta clase de espectáculos, y los que los frecuentan muestran que tienen el corazón y el espíritu bien bajos, y muy poco cristianismo.

No sienta mejor a un cristiano asistir a representaciones de títeres, en las cuales no habría nada que pareciese agradable y divertido, si no se combinasen palabras impertinentes o deshonestas con posturas y movimientos enteramente indecentes; por este motivo, una persona sensata no debe mirar esta clase de espectáculos más que con

desprecio, y los padres y madres no deben permitir nunca a sus hijos asistir, antes deben inspirarles mucho horror hacia ellos, por ser contrarios a lo que la urbanidad, así como la piedad cristiana, exige de ellos.

La honestidad no permite tampoco asistir a los espectáculos de los funámbulos, los cuales, exponiendo todos los días su vida, lo mismo que su alma, para divertir a los demás, no pueden ser admirados y ni siquiera contemplados por una persona razonable, puesto que hacen lo que todo el mundo debe condenar, según las solas luces de la razón.

## **Capítulo 6 Las visitas**

### **Artículo 1 La obligación que la cortesía impone de hacer visitas y los preparativos necesarios al efecto**

Viviendo en el mundo no puede uno dispensarse de hacer visitas de vez en cuando, o de recibirlas; es una obligación que la urbanidad impone a todos los seglares.

Incluso la Virgen santa, aunque vivía retirada, visitó a su prima santa Isabel, y se diría que el Evangelio lo relata con amplitud para que pudiera ser modelo de nuestras visitas. Jesucristo también hizo varias visitas impulsado sólo por la caridad, al no estar obligado a ellas.

Para saber bien y poder discernir en qué ocasiones se debe hacer visitas, hay que persuadirse de que la cortesía cristiana no debe regularse en esto más que según la justicia y la caridad; y que no puede exigir que se hagan visitas si no es por necesidad, o para dar a alguien muestras de respeto, o para cultivar la unión y la caridad.

Las ocasiones en las cuales la cortesía, fundada en la justicia, pide que se hagan visitas, son cuando el padre, por ejemplo, tiene a su hijo, o el hijo tiene a su padre enfermo, para cumplir los deberes que la piedad y la justicia cristianas, lo mismo que la cortesía, exigen de ellos.

Cuando alguien tiene odio o aversión hacia otra persona, una y otra están obligadas, según las reglas del Evangelio, a visitarse para reconciliarse mutuamente, y vivir perfectamente en paz.

La cortesía cristiana se regula según la caridad, en las visitas, cuando se hacen para contribuir a la salvación del prójimo, del modo que sea, o para rendirle un servicio temporal, o tributarle respeto cuando se es inferior al mismo, o para mantener con él una unión perfectamente cristiana. Fue siempre según alguno de estos puntos de vista y por alguno de estos motivos como Jesucristo

Nuestro Señor se condujo en todas las visitas que hizo; pues era para convertir las almas a Dios, como en la visita a Zaqueo, o para resucitar muertos, como cuando fue a casa de Marta, después de la muerte de Lázaro, o a casa del jefe de la sinagoga; o para curar enfermos, como cuando fue a casa de san Pedro, o del Centurión, si bien no hizo estos milagros sino con el fin de ganar los corazones para Dios; o por amistad y benevolencia, como en la última visita que hizo a las santas Marta y María Magdalena.

No está, pues, permitido a un hombre de conducta sensata y ordenada, hacer continuamente visitas a unos y a otros; pues es una vida desdichada, dice el Sabio, ir de casa en casa y hacer muchas visitas inútiles, como hacen algunos; se pierde así un tiempo preciosísimo que Dios nos da para ganar con él el cielo.

Débase procurar en las visitas que se hacen, que no sean demasiado largas; ordinariamente esto es fastidioso y molesto a los demás.

Respecto a las personas visitadas, se debe mirar que no vivan en el desenfreno y en el libertinaje, y que en sus discursos no muestren nada que indique impiedad o falta de religión; la cortesía no puede sufrir que se tenga trato con esta clase de personas.

Cuando se quiere visitar a una persona a la que se debe consideración y respeto, hay que ponerse ropa interior y vestidos limpios, pues es señal de respeto. Es preciso además, prever lo que se tendrá que decirle.

Si alguno tiene un encargo para la persona que se va a ver, se debe prestar particular atención a lo que dice; y si no se le oye bien o no se le entiende, hay que darlo a conocer con modestia y pidiendo excusa, para que lo repita o lo explique mejor; es conveniente, sin embargo, hacer de modo que no se obligue nunca a nadie a repetir lo que nos ha dicho.

### **Artículo 2 Modo de entrar en la casa de la persona que se visita**

Cuando se visita a alguien, si la puerta está cerrada, es gran descortesía pegar fuerte y llamar más de una vez: hay que llamar suavemente y esperar con paciencia a que se abra la puerta.

A la puerta de una habitación, no es conocer muy bien a la gente el golpear, se debe llamar suavemente; y si la persona no sale, hay que alejarse de la puerta, a fin de no ser sorprendido como si se escuchase o espiase, lo que sería muy chocante y de muy mal efecto.

Cuando se abre la puerta y el que abre pide el nombre, hay que decirlo y no añadir nunca la palabra señor.

Si la persona que se va a visitar es de condición muy superior y no está en la casa, no está bien decir su nombre, sino que se volverá otra vez.

Si uno es completamente desconocido en la casa a la que se va, es una afrenta entrar por sí mismo sin ser introducido; se debe esperar a que le digan que entre, aunque la puerta esté abierta; si no hay nadie para introducir y si razonablemente cree uno tener la libertad de entrar, se debe hacer sin ruido y sin empujar fuertemente la puerta. Debe cuidarse también, al abrir y cerrar las puertas y al andar, hacerlo muy suavemente y sin ruido.

Es muy descortés, cuando se abre una puerta, dejarla abierta; se debe cuidar de cerrarla, si no hay nadie para hacerlo.

Cuando se espera en una sala o en la antecámara, no está bien pasearse, cosa que está incluso prohibida en casa de los príncipes, y es aún peor silbar o cantar.

Es conveniente estar descubierto en las salas y antecámaras, aunque no haya nadie; y cuando se está en casa de una persona de alta alcurnia, se debe tener cuidado de no cubrirse, y de no sentarse de espaldas a su retrato, o al de una persona a la que se debe respeto.

Sería descortesía entrar en lugares en los que hay personas meritorias y de consideración, con la cabeza cubierta; hay que descubrirse siempre antes de entrar.

Si la persona que se visita está escribiendo o haciendo cualquier otra cosa, no está bien distraerla, hay que esperar a que ella misma se vuelva; tampoco está bien entrar atrevidamente en un lugar en el que hay varias personas juntas ocupadas, a menos que un asunto importante y urgente obligue a ello, o que se pueda hacer sin ser percibido.

Cuando se entra en la habitación de una persona, estando ella ausente, no se debe recorrer de un lado al otro, ni inspeccionar lo que hay en ella, antes se debe salir inmediatamente y esperar en la antecámara. Si hay papeles, escritos, cartas o cosas parecidas sobre la mesa de la habitación, es descortés mirarlas con curiosidad; se debe, por el contrario, apartar la vista y alejarse de ellas.

### **Artículo 3 Modo de saludar a las personas que se visita**

La primera cosa que se debe hacer al entrar en la habitación de la persona que se visita es saludarla, y hacerle la reverencia. Fue también la primera cosa que según nos dice el Evangelio, hizo la Virgen Santa, en la visita que hizo a santa Isabel.

Se puede saludar a alguien de tres modos distintos: hay una manera que es muy ordinaria, se hace primero descubriéndose con la mano derecha, llevando el sombrero hasta abajo, extendiendo enteramente el brazo, colocándolo vuelto hacia el exterior sobre el muslo derecho y dejando libre la mano izquierda. Segundo, mirando suave y sencillamente a la persona que se saluda. Tercero, bajando la vista e inclinando el cuerpo. Cuarto, sacando el pie, si se quiere avanzar, poniéndolo derecho hacia adelante; si se quiere retroceder, echando el pie izquierdo hacia atrás; si se pasa de lado, deslizando el pie hacia adelante, del lado de la persona que se quiere saludar, e inclinándose y saludando unos pasos antes de llegar frente a ella.

Si se saluda a todo un grupo, hay que adelantar un pie para saludar a la persona principal, y poner el pie izquierdo hacia atrás para saludar de un lado y otro a todo el grupo.

No se debe entrar nunca en ningún lugar sin saludar a los que están allí; y corresponde al que entra saludar el primero a los que están dentro.

Esto mismo debe hacer el que visita, incluso si la persona visitada le es inferior, que es lo que hizo la Santa Virgen respecto de Santa Isabel. Además, el que recibe la visita debe procurar prevenir y adelantarse, para saludar el primero; incluso si la persona que hace la visita es importante, o si se le debe mucho respeto, es educado ir a recibirla a la puerta, o incluso más lejos, cuando se ha recibido el anuncio de su visita, para darle mayores muestras de respeto. Esto hicieron las santas Marta y María Magdalena, según el relato del Evangelio, cuando Jesucristo fue a visitarlas para resucitar a Lázaro. Es también la honra que le tributó el Centurión, cuando fue a su casa para curar a su siervo, que estaba enfermo.

El segundo modo de saludar es hacerlo dentro de las conversaciones, lo que se suele llamar un cumplido, lo cual se hace simplemente descubriéndose, inclinándose al menos un poco y deslizando el pie de modo imperceptible, cuando se está de pie.

El tercer modo, que es extraordinario, se hace cuando alguien viene de fuera, o cuando se despide al partir de viaje. Este modo de saludar se hace como el primero, pero hay que quitarse el guante de la mano derecha, inclinarse humildemente y, después de haber bajado la mano hasta el suelo, llevarla suavemente cerca de la boca, como para besarla; enseguida hay que enderezarse poco a poco, para evitar que la persona que se saluda, inclinándose o queriendo sin duda abrazar por cortesía, no reciba un cabezazo.

El que así saluda debe inclinarse tanto más profundamente cuanto la persona a quien saluda sea más importante.

Otro modo extraordinario de saludar es el abrazo a la persona que se aborda, lo que se hace poniendo la mano derecha encima de la espalda y la izquierda debajo, y presentándose uno a otro la mejilla izquierda, sin tocársela ni besarla.

El beso es aún otro modo de saludar, y no se hace ordinariamente más que entre personas que tienen alguna unión o amistad particular. Era muy usado en la primitiva Iglesia, entre los fieles, que lo tomaban como señal sensible de unión muy íntima entre ellos, y de caridad perfecta; san Pablo exhorta a saludarse así a los Romanos y a todos los demás a quienes escribe.

La reverencia que se hace al saludar no debe ser corta, sino profunda y grave; debe hacerse asimismo sin afectación y sin tomar posturas ridículas como sería volver la cabeza sin gracia, hacer contorsiones del cuerpo desagradables, abajarse de modo excesivo, o permanecer demasiado erguido. Es descortés hacer la reverencia a cada palabra que se dice al hablar.

Es contrario a la urbanidad preguntar a las personas superiores, e indistintamente a todas las personas cuando se les saluda: ¿Qué tal se encuentra? Puesto que, a menos que las personas saludadas estén enfermas, no está permitido preguntar esto más que a los amigos y a personas de la misma condición.

Con todo, puede hacerlo una persona de calidad superior respecto a otra de calidad inferior, o que le sea subalterna.

Es muy descortés que las mujeres y muchachas que llevan antifaz saluden a alguien llevándolo sobre el rostro; se debe quitar siempre. También es gran descortesía entrar en el cuarto de una persona a la que se debe respeto, con la falda arremangada, el antifaz en el rostro o la toca sobre la cabeza, a menos que sea transparente.

#### **Artículo 4 Manera de abordar a la persona que se visita y cómo sentarse o levantarse**

Cuando se entra en la habitación de una persona habiendo otras que hablen con ella, no hay que acercarse sino quedarse junto a la puerta, hasta que estas personas hayan terminado de hablar, o que la persona con la que se quiere tratar se adelante o dé señales de avanzar.

Es descortés al abordar a una persona, ya al visitarla, ya al encontrarse con ella, gritarle fuertemente, como hacen algunos: Buenos días, señor, a su servicio; se debe esperar a estar cerca de ella, y hacerlo con tono mediano.

Apenas se haya entrado, debe saludarse estando en pie, y permanecer así hasta que las personas superiores estén sentadas; pues no es conveniente sentarse o permanecer sentado mientras haya de pie personas a las que se debe respeto; tampoco lo es sentarse antes que la persona a la que se visita lo diga, o haga una señal.

Si la persona que se visita es de categoría eminente, o se debe tener con ella mucha consideración y respeto, no hay que sentarse ni cubrirse hasta que ella lo haya mandado expresamente; hay que hacerlo, sin embargo, cuando ella lo ordena, dando a entender de alguna manera sensible, que no se hace sino por la sumisión que se le debe. Y al sentarse hay que procurar ponerse más bajo que ella, tomar un asiento menos considerable que el suyo, y no colocarse ni a su lado, ni muy próximo, sino al otro extremo; no cara a cara, sino un poco de lado, por ser esta posición más repetuosa; tampoco se le debe mirar fijamente, ni acercarse demasiado, con peligro de tocarla, o de hacerle sentir el aliento, o de causarle molestia de cualquier otra manera que sea.

A fin de saber distinguir y escoger los asientos, conviene decir aquí que el más honroso es el sillón, y entre éstos, debe preferirse el más cómodo. Al sillón sigue la silla con respaldo, y a ésta la silla tijera.

En la propia casa debe darse el primer lugar a los iguales; en casa ajena no hay que aceptarla sino solamente después de haber sido ofrecida dos o tres veces.

Estando sentado junto al fuego para calentarse, o en un banco del jardín, el centro es el primer lugar, la derecha el segundo y la izquierda el tercero.

Estando sentado en una sala, ordinariamente el primer puesto es del lado de la ventana y el último del lado de la puerta.

En un cuarto, es muy indecente sentarse sobre la cama, sobre todo si es la cama de una mujer; y siempre es muy grosero y de una familiaridad intolerable, echarse sobre la cama y en esta posición seguir la conversación.

En las visitas y en la conversación es conveniente adaptarse a aquéllos que se visita, y no fingir singularidades; y sería enteramente contrario al respeto debido a las personas con quienes se está, permanecer sentado cuando ellas están de pie, andar cuando ellas se paran, leer o, peor aún, dormir cuando ellas hablan.

También es considerado condescender y acomodarse a los demás en todo lo que está permitido según la ley de Dios; pues nunca está permitido violarla por condescender con quien sea, ni aprobar el mal que se ve hacer a los libertinos.

En estas ocasiones se debe, o bien salir de la reunión, o mostrar la pena que se siente mediante la modestia y la gravedad del rostro.

#### **Artículo 5 Manera de despedirse y de salir, en las visitas**

Cuando se visita a alguien de rango superior, o cuando percibe que la persona con quien está tiene algún trabajo, no se debe alargar tanto que ella se vea obligada a despedirle: es siempre mejor retirarse uno mismo; y es a propósito tomarse el momento de partir cuando la persona con la que se está permanece en silencio, llama a alguien, o da algún que otro indicio de que tiene qué hacer en otra parte.

No se debe salir sin saludar y sin despedirse del grupo; sin embargo, si se está en casa de una persona de calidad eminente y otro le habla inmediatamente después de nosotros, o ella se ocupa de otra cosa inmediatamente después de habernos hablado, es bueno salir sin decir nada, e incluso sin que se note; y si se sale solo, hay que abrir y cerrar la puerta con cuidado, sin hacer ruido alguno, y no cubrirse hasta haberla cerrado.

Debe procurarse, cuando se sale de la casa de una persona que se ha visitado, que ella no se tome la molestia de acompañarnos; no se debe, sin embargo, rehusar este honor con demasiada insistencia, y en caso de que ella quiera hacerlo, débese tener durante este tiempo la cabeza descubierta, y dar luego a esta persona pruebas de agradecimiento, haciéndole profundamente la reverencia.

Si es una persona de rango muy superior la que hace este honor, no se le debe impedir, pues parecería que no está uno convencido de que ella sepa lo que hace; y pudiera suceder que se defendiera uno inoportunamente de alguna cosa que esta persona no hubiese hecho por nosotros; hay que dejarla venir hasta donde le plazca y, al dejarla, agradecer cortésmente haciéndole una profunda reverencia.

Se puede, con todo, en esta ocasión, mostrar por algún signo que, caso de que sea a nosotros al que se hace este honor, no nos lo atribuimos; y esto se debe hacer siguiendo el camino, sin mirar atrás, o incluso volviéndose y parándose, como para dejar pasar a la persona que nos acompaña, y mostrar así que cree uno que ella tiene algún asunto en otra parte: si se ve claramente que esta persona nos hace a nosotros esta cortesía de acompañarnos y dirigirnos, entonces hay que pararse en seco, retirarse al lado y no salir de su sitio hasta que ella haya vuelto a su habitación.

Cuando la persona que se ha visitado acompaña a alguien hasta la calle, no se debe montar a caballo ni subir a la carroza en su presencia, sino que antes de montar se le debe pedir que vuelva a su casa; pero si ella quiere permanecer, es preciso partir a pie y dejar que la carroza siga, o llevar el caballo por la brida, si se va a caballo, hasta que esta persona haya entrado, o ya no se la vea.

#### **Artículo 6 Las visitas que se reciben y modo de comportarse en ellas**

Nunca se debe hacer esperar a una persona que viene a visitarnos, a menos que se esté ocupado con personas de más categoría que aquélla, o en asuntos públicos; y es totalmente descortés dejar que le esperen a la puerta, en el patio, en una cocina o en una galería; y si se está obligado a hacer esperar algún tiempo, debe ser en un lugar limpio en el que la persona pueda sentarse, si lo desea; y es muy fino enviarle, si la cosa es posible, una persona educada para entretenerle durante el tiempo de la espera.

Es preciso dejarlo todo para recibir a la persona que nos visita; si se trata de una persona de rango superior, o con la cual no se tenga familiaridad alguna, debe uno quitarse la blusa, el gorro de dormir y dejar la comida, ceñirse la espada, en caso de que se use, y llevar el manto sobre los hombros.

En cuanto se recibe aviso de la visita de alguna persona a la que se debe mucho respeto, es preciso acudir a la puerta o, si ya ha entrado, ir lo más lejos posible para recibirla; se le debe el máximo honor posible, introducirla y hacerla sentar en la mejor habitación, concederle preferencia en todas partes y ofrecerle el lugar más honroso; éste es el honor que se debe tributar en casa propia, no sólo a las personas de calidad, sino también a toda persona que no sea un criado o inferior.

Sin embargo, cuando se recibe a una persona de gran calidad, o que es muy superior, si ella manifiesta desear que se supriman parte de las consideraciones que se tienen con ella, no hay que obstinarse en continuarlas: la cortesía pide que se manifieste entonces, por una sumisión total a esta persona, que ella tiene todo poder en nuestra casa.

Si la persona que visita nos sorprende en el cuarto, hay que levantarse si se está sentado, dejarlo todo para honrarla y abstenerse de toda actividad, hasta que haya salido; pero si uno está en la cama, debe permanecer en ella.

En casa propia débese ceder el lugar más honroso, incluso a los iguales: no hay que forzar a un inferior a tomar un lugar que no puede aceptar sin faltar a su deber.

Es descortés dejar de pie a personas que nos visitan; se les debe ofrecer los asientos más dignos y más cómodos; y si los hay de mayor y de menos honor y comodidad, los mejores deben ser ofrecidos a las personas más calificadas de la compañía; se les debe asimismo tributar más honor que a los demás; no debe sentarse uno hasta que las personas que le visitan estén sentadas, y hay que ponerse en un asiento inferior al de ellas.

Cuando llega alguien durante la comida y entra en la habitación, es cortés invitarle a comer; pero también es cortés en el que hace la visita, si la persona visitada está en la mesa, el agradecerlo muy decorosamente; y deben contentarse uno y otro con esto, y, así como el uno no debe insistir, tampoco el otro debe aceptar el ofrecimiento que se le hace.

En las visitas y en la conversación, y especialmente en las visitas que se recibe, nunca se debe dar a entender que se aburre uno con la conversación, preguntando, por ejemplo, la hora que es; si, con todo, se tiene algo urgente que hacer, se podría dejarlo caer con habilidad en la conversación.

La educación quiere que se adelante uno a las personas con las que se está, particularmente con las que nos visitan, en las cosas en las que se las pueda servir: se debe, por ejemplo, abrirles la puerta al salir, apartar lo que podría dificultar el paso, levantar un tapiz, tocar la campanilla, llamar a la puerta, recoger algo que haya caído, llevar la luz; y si se trata de una persona que anda con dificultad, es cortés darle la mano para ayudarlo. Todo el mundo debe esforzarse en ayudar a los demás en esta clase de cosas y en otras semejantes: pero la persona que se visita tiene obligación particular de hacerlo respecto a la persona que le visita; sería considerada como muy descortés si no cumpliera con esta obligación.

Cuando las personas que vinieron de visita salen de la casa, se las debe acompañar hasta más allá de la puerta de la vivienda. Si la persona que se acompaña debe subir a una carroza, no hay que dejarla hasta que haya subido, y si se trata de una mujer hay que ayudarla a subir.

Con todo, si se es persona pública, como hombre de estado, magistrado, abogado o procurador, que esté talmente ocupado, puede uno dispensarse de acompañar a los que le visitan; incluso por discreción, los visitantes deben rogar al que van a visitar que no salga de su despacho o gabinete.

Si se está con varias personas, de las cuales unas se van y otras quedan, si la persona que se va es de más consideración que la que se queda, se la debe acompañar; si se es inferior, se la debe dejar partir y quedarse con las otras, pidiéndole, con todo, excusas; si es igual, se puede buenamente examinar cual o cuales, todo considerado, tienen más que los otros, o a quiénes debemos más, y acompañar o quedarse con los que son superiores.

La conveniencia pide también que si algún joven ha quedado en casa, no se le deje regresar solo a casa, particularmente por la noche y si está lejos; antes se le debe acompañar personalmente, o entregarlo a personas de confianza.

## **Artículo 7 Cómo comportarse cuando alguien llega a una reunión, o sale de ella**

Cuando se está en una reunión y llega alguien al que se debe tener consideración, si es una persona superior a aquéllas con las que se está, se debe pedir humildemente permiso a la compañía para ir a cumplimentarla, y luego dejar el grupo para ir a recibirla. Si esta persona es inferior, se debe permanecer en el grupo y contentarse con levantarse cuando ella entre en el lugar en que se está, y hacer reverencia, o algún otro signo que muestre nuestra cortesía; en tal ocasión, cuando la persona que llega merece algún honor, se debe siempre interrumpir el discurso, el juego y todo lo demás, y todos deben levantarse, hacerle la reverencia y permanecer de pie y descubiertos, hasta que

esta persona se haya sentado. La cortesía quiere también que se le ofrezca el lugar debido a su calidad, y que se le diga en pocas palabras lo que se decía y hacía antes de su llegada; cosa que debe hacer el dueño del lugar, o el que había comenzado la conversación.

Si el que llega es alguien que quiere hablar, se le puede hacer entrar; y cuando entra, la persona a quien quiere hablar debe levantarse y recibirle de pie y descubierto, aunque no sea más que un lacayo que quiere hablar de parte de una persona a la que se debe respeto.

Cuando alguna persona sale y deja el grupo, todos deben levantarse y hacerle sitio; una vez la haya saludado, el grupo como lo exija su categoría, el dueño del lugar debe pedir permiso al grupo para acompañarla, caso que esta persona sea de más rango que las que quedan, si no, debe simplemente pedir excusas al que sale, sin dejar el grupo. No siempre es cortesía acompañar preferentemente a los que salen, antes que a los que se quedan.

Cuando se entra o sale de un grupo, no hay que pasar por el medio del mismo y delante de los que lo componen; mas, una vez se haya saludado a todos, se debe pasar por detrás, si ello es posible; si no se puede hacer cómodamente, hay que pasar por el medio, pidiendo excusas e inclinándose un poco para saludar al grupo.

Cuando alguien entra en un lugar en el que hay un grupo, si sus miembros se levantan y lo complimentan, es deber suyo saludar al grupo y no tomar ni el primer lugar, ni el asiento de otro: no debe tolerar que ninguno del grupo le traiga un asiento; sino que debe ocupar el último lugar y escoger, si es posible, un asiento que esté por debajo de los otros. Si con todo se le obliga a ocupar un sitio más honroso, no debe rehusarlo obstinadamente, sobre todo cuando en el grupo no haya ninguna persona que sea de condición muy superior a la suya.

Cuando alguien sale de un grupo, debe hacerlo de manera muy conveniente, sin permitir que se interrumpa la conversación, ni lo que se haga, ni que se levanten los demás, ni que el dueño del lugar deje su sitio para acompañarle, a menos que razonable o absolutamente no lo pueda impedir.

## **Capítulo 7 Las entrevistas y la conversación**

Los hombres que viven en el mundo, teniendo siempre asuntos en común, se ven obligados a conversar, a hablar unos con otros; por esto, una de las cosas sobre las cuales la cortesía prescribe más reglas es la conversación; quiere que los cristianos sean extremadamente discretos en sus palabras: es el consejo que les da Santiago en su epístola: el mismo Sabio quiere que esta circunspección sea tan grande que, aunque sepa la estima que se hace en el mundo del oro y de la plata, quiere, sin embargo, que se prefiera el cuidado que se debe tener en las palabras, al amor que los hombres tienen naturalmente a conservar el oro y la plata, diciendo que se debe fundir el oro y la plata para hacer con ellos una balanza con que pesar sus palabras: con razón, sin duda; puesto que, como dice el mismo apóstol Santiago, puede asegurarse que un hombre es perfecto cuando no comete pecado, y al hablar, debe también persuadirse uno de que el que en sus palabras no comete falta contra la buena educación, sabe perfectamente bien cómo hay que vivir en mundo, y tiene una conducta exterior muy sensata y ordenada.

Esta circunspección que se debe tener en las palabras, pide que éstas vayan acompañadas de algunas condiciones, de lo cual se tratará en el artículo siguiente.

### **Artículo 1 Condiciones que deben acompañar a las palabras según la cortesía**

Quiere la cortesía que el cristiano nunca profiera una palabra que vaya contra la verdad o la sinceridad, que falte al respeto a Dios o a la caridad con el prójimo, que no sea necesaria o útil, y dicha con prudencia y discreción. Estas son las condiciones que exige acompañen a todas nuestras palabras.

#### **Sección 1 La verdad y la sinceridad que la cortesía exige en las palabras**

La honradez no puede sufrir que se diga algo falso; quiere al contrario que, según el consejo de san Pablo, diga cada uno la verdad al hablar con su prójimo; y, según el parecer del Sabio, debemos ver la mentira como una mancha vergonzosa en el hombre, y la vida de los mentirosos, como una vida sin honor, acompañada siempre de la confusión; afirma también, con el mismo Sabio, que la mentira en la que se haya caído por debilidad o ignorancia, no exime de la vergüenza.

Por esto, el Profeta-Rey, tan conocedor de las reglas de cortesía como de la verdadera piedad, dice que si alguno quiere que sus días sean dichosos, debe impedir que su boca profiera mentiras; y el Sabio quiere que tengamos la mentira como cosa tan detestable que, dice, es preferible el ladrón al mentiroso, porque la mentira se halla en la boca de los insensatos; se puede incluso decir que basta entregarse a la mentira, aunque no se tuviese más que este vicio, para hacerse enseguida desordenado, y el motivo es el que da Jesucristo cuando, para inspirar más horror a la mentira, dice que el diablo es su autor y su padre.

Siendo la mentira cosa tan vergonzosa, todo lo que se le asemeja, por poco que sea, es totalmente contrario a la cortesía; así, no es honrado, cuando alguien nos pregunta, o cuando le hablamos, decirle palabras equívocas o de doble sentido, y es mejor ordinariamente excusarnos sencillamente de responder, cuando nos parezca que no se puede decir llanamente la verdad, o lo que se piensa, que ser doble en las palabras; pues la lengua doble, dice el Sabio, atrae gran confusión; y esto condena también san Pablo en los eclesiásticos, como algo que no se puede tolerar en ellos.

Se debe particularmente ser circunspecto en las palabras cuando alguien nos ha confiado un secreto; sería gran imprudencia descubrirlo, incluso recomendando al que se lo decimos de no hablar de ello con nadie, y aunque el que nos lo reveló no nos haya prevenido de no decirlo a otros, pues, como dice muy bien el Sabio, el que revela los secretos de su amigo, pierde toda confianza y se pone en condición de no encontrar amigos de corazón, considera incluso esta falta como mucho más grave que la de injuriar al amigo, diciendo que después de las injurias puede venir la reconciliación, pero cuando un alma es tan miserable que llega hasta revelar los secretos de su amigo, no le queda ya ninguna esperanza de retorno y en vano intenta ganarlo de nuevo.

También es gran descortesía disimular con una persona a la que se debe respeto; es señal de poca confianza y de poca consideración hacerlo con un amigo; y no es honrado en absoluto disimular con quien sea, y servirse para ello de algún modo de hablar o de algún término que no se pueda entender, sin obligarse a dar explicaciones.

Causa muy poca gracia, estando en grupo, hablar a una persona en particular, utilizando expresiones que los demás no entienden: se debe hacer partícipes a todos los del grupo de lo que se dice. Si se tiene que decir alguna cosa secreta a alguno, se debe esperar para ello a estar separado de los demás o, si el asunto es urgente, retirarse para decirlo a alguna parte del lugar en donde se está, después de haber pedido permiso a los del grupo.

Como sucede con bastante frecuencia que se dan informaciones falsas, hay que guardarse muchísimo de contarlas con facilidad, salvo si se conocen de buena tinta y está uno muy seguro de que son verdaderas. Pero nunca se debe indicar quién nos la ha comunicado, si se cree que el informador no le gustaría que se supiera.

Debe uno esforzarse en ser totalmente sincero en sus palabras, de modo que pueda adquirir la reputación de ser de buena fe y hombre de palabra, del que se puede estar seguro y en el que se puede confiar. Este consejo lo da también el Sabio quien mira como cosa importante el mantener la palabra y obrar con fidelidad con el prójimo: nada honra tanto a una persona como la sinceridad y la fidelidad a sus promesas; y nada lo hace tan despreciable como faltar a su palabra.

Así como es honrado ser fiel a la palabra, es también gran imprudencia darla a la ligera, sin haber pensado bien de antemano si se podrá cumplir fácilmente.

Por esto nunca debe hacerse promesa alguna cuyas consecuencias no hayan sido bien ponderadas, y sin que se haya examinado seriamente si no se arrepentirá uno de ello.

Si sucede que los demás no quieren creer lo que se dice, hay que guardarse bien de molestarlos por ello, y mucho más de dejarse llevar por los excesos de la impaciencia, como decir palabras desagradables o reproches: puesto que los que no han sido convencidos por las razones, mucho menos lo serán por la pasión.

Es vergonzoso para el hombre utilizar fraudes y engaños en sus palabras: los que lo hacen se ponen en condición de no tener ya más ningún crédito entre los hombres, y caen en una especie de infamia, considerándolos como bribones. Como los sueños, según el Sabio, no son más que producto de la imaginación, nunca es oportuno contar lo que se ha soñado, por bonito y santo que sea su contenido. Además, el hacerlo es señal de cortedad de espíritu.

## **Sección 2 Faltas que se pueden cometer contra la cortesía, hablando contra la ley de Dios**

Hay personas que se glorían de mostrar irreligión en sus discursos, ya mezclando palabras de la Sagrada Escritura con las cosas profanas, ya riendo y divirtiéndose a costa de las cosas sagradas y de las prácticas de religión, ya ufanándose de algún pecado, y a veces, incluso, de acciones infames cometidas por ellas mismas; de éstos propiamente dice el Sabio que sus conversaciones son insoportables, porque hacen juego y diversión del pecado mismo. Su conducta es también totalmente contraria a la buena educación.

Los juramentos y blasfemias están entre las mayores faltas que se pueden cometer contra las leyes de la cortesía; por esto, en un grupo, se considera menos a un blasfemo que a un carretero, y se tiene tal horror que, como lo dice el Eclesiástico, el cual expone de modo admirable lo que está conforme con las reglas de cortesía, las palabras del que jura a menudo, ponen los cabellos de punta; y ante estas palabras horribles, debe uno taparse los oídos; añade aún, para animar a los que juran a que dejen esta costumbre, que el azote no se apartará de su casa, sino que estará siempre llena del daño que les causará; hay que guardarse, pues, según el consejo del mismo Sabio, de tener sin cesar el nombre de Dios en la boca, y de no mezclar en las conversaciones el nombre de los Santos, aunque sólo fuese inútilmente y sin ninguna mala intención, sino únicamente por costumbre; pues no deben pronunciarse los nombres de Dios y de los Santos con irreverencia y sin motivo justo; y nunca sienta bien mezclar en las conversaciones ordinarias, esta clase de palabras: ¡Jesús, María, ojalá, Dios mío! Tampoco sienta bien pronunciar ciertos juramentos que no significan nada, como diantre, (pardí, mordi, morbleu, jarni). Esta clase de palabras no deben estar nunca en la boca de una persona bien nacida; y cuando se pronuncia alguna de esta naturaleza ante personas a las que se debe consideración, se pierde el respeto que se les debe. No debe uno excusarse, según el parecer del Sabio, diciendo que no se perjudica a nadie, pues esto no es excusa, dice él, que nos justifica ante Dios.

Debe, pues, contentarse uno, según el consejo de Jesucristo en el Evangelio, con decir esto es, o no es; y cuando quiere asegurarse alguna cosa, basta utilizar este modo de hablar: ciertamente, Señor; es así; sin añadir nada más.

No se debe tener menos horror de las palabras deshonestas que de los juramentos. No son menos contrarias a la cortesía, y a menudo son más peligrosas. San Pablo, que quiere que los cristianos de su tiempo se conduzcan en toda ocasión con cortesía, les advierte en varios lugares de sus epístolas, que pongan particular empeño en que no salga de su boca ninguna palabra deshonestas, y les manda expresamente que la fornicación no se nombre siquiera entre ellos. También es faltar al respeto proferir una palabra sucia, y nunca se debe, so pretexto de alegría y buen humor, decir una

palabra por poco libre que sea sobre este asunto, aunque fuese para divertir al grupo. Porque, dice san Pablo, si al hablar queremos hacernos agradables a los que nos escuchan, debemos decir algo que sea edificante.

El mismo equívoco, en esta materia, no está permitido; ofende a la cortesía lo mismo que a la honestidad. Lo mismo sucede con las palabras que dan o pueden dar la menor idea o imagen de la deshonestidad.

Si sucediera, que estando en grupo, una persona dijera palabras demasiado libres y que ofenden al pudor por poco que sea, hay que guardarse bien de reír; si se puede, hay que hacer como que no se ha oído y a la vez desviar la conversación. Si no se puede, hay que manifestar, por la gravedad del rostro y el silencio absoluto, que esta clase de conversaciones desagradan mucho.

Bien puede decirse que una persona da a conocer, por este tipo de conversaciones, lo que es en verdad; pues, como dice Jesucristo, la boca habla de la abundancia del corazón. Es, pues, querer pasar por impuro y libertino, proferir palabras sucias y que chocan a la honestidad.

### **Sección 3 Faltas que pueden cometerse contra la cortesía hablando contra la caridad debida al prójimo**

La urbanidad es tan estricta en lo relativo al prójimo que no permite causarle disgusto en nada; por esto no permite que se hable nunca mal de nadie.

Santiago advierte a los primeros cristianos que es contrario a la ley de Dios, diciéndoles que el que murmura de su hermano murmura de la Ley. Es, pues, muy descortés encontrar siempre defectos en la conducta de los demás; y si no se quiere hablar bien de ellos, se debe callar. El Sabio manda que, cuando alguien murmura de otro, se tape los oídos con espinos: quiere incluso que se aleje uno tanto de la maledicencia, que no se escuche una mala lengua.

No quiere que se cuente a alguien lo que otro ha dicho de él, y advierte que se tenga cuidado de no poseer esta reputación, porque, dice, el sembrador de chismes será odiado de todos. Es necesario, pues, según el parecer del mismo Sabio, para conducirse con decoro, que cuando se haya oído una palabra contra el prójimo, quede ésta en uno mismo.

Cuando se oye murmurar de alguien, la urbanidad quiere que se excusen sus defectos, y se intente decir bien de él; que se tome en buen sentido y se estime alguna acción que se haya hecho; es este el medio de atraerse el afecto de los demás y de hacerse agradable a todos.

Está muy mal hablar desfavorablemente de una persona ausente delante de otra que tenga los mismos defectos, como decir es una pequeña cabeza, o es un cojo, delante de una persona que tiene la cabeza pequeña o de otro que cojea; esta clase de palabras ofenden tanto a los presentes como a los ausentes; pero sienta mucho peor reprochar a alguien un defecto natural, lo cual es propio de un espíritu mezquino y mal educado.

También está muy mal tomar como comparación a la persona con la que se habla para indicar un defecto o una desgracia ocurrida a otra, como decir, por ejemplo: este hombre está tan borracho como lo estaba usted el otro día; fulano de tal ha recibido un puñetazo o un bofetón tan fuerte como el que recibió usted hace algún tiempo; ese ha caído en la misma charca en la que cayó usted el otro día; tal otro es pelirrojo como usted. Hablar así es cometer una gran injusticia contra la persona con quien se habla. Tampoco hay que hablar de los defectos visibles, como los que están en la cara; y no debe informarse uno de su origen.

También es ofensivo atribuir inconsideradamente a la persona con quien se habla, alguna acción inoportuna, indiscreta o desagradable; en lugar de hablar de esta manera, [es mejor] que no se atribuya a nadie, como, por ejemplo, si se dijese: si dice usted algo desagradable, le responderán de mala manera.

Es gran descortesía, así como falta de caridad con el prójimo, recordar a alguien algún encuentro poco favorable, o decir cosas que puedan mortificar o causar confusión a la persona con quien se habla, como si se dijese crudamente a una persona: se metió usted hace algún tiempo en un buen lío; usted recibió hace unos días una gran ofensa; o si, hablando con una persona que quiere aparentar joven, se le dijese que hace mucho tiempo que se la conoce; o a una mujer, que tiene mala cara.

Una de las cosas que más ofenden a la cortesía y a la caridad son las injurias. También Nuestro Señor las condena expresamente en el Evangelio; no deben, pues, encontrarse nunca en la boca de un cristiano, ya que incluso sientan muy mal en una persona que tenga al menos un poco de educación. Tampoco se debe injuriar nunca a quienquiera que sea, y no está permitido hacer ni decir nada que pueda dar alguna ocasión a ello.

Otro defecto, que no es menos contrario al decoro que al respeto debido al prójimo, es la burla, que se comete mofándose de alguien por algún vicio o defecto que se tiene, o remedándole con gestos, pues no hay mucha diferencia entre burlarse así y proferir injurias, si no es que en la injuria se ataca a una persona de modo grosero y sin compostura.

Esta clase de burlas es totalmente indigna de una persona bien nacida: hiere el decoro y disgusta al prójimo. Por esto no está nunca permitido burlarse de las personas, vivas o muertas.

Si no está permitido burlarse de una persona por algún vicio o defecto que tenga, menos aún lo está hacerlo a causa de defectos naturales o involuntarios. Es cobardía y bajeza de espíritu el hacerlo; reírse, por ejemplo, de alguien por ser tuerto, cojo o jorobado; puesto que el que tiene este defecto natural no tiene la culpa de ello. Sienta muy mal reírse de alguien por una desgracia o infortunio que le haya caído encima: es herirlo profundamente atreverse a insultarlo así en su desgracia.

Cuando se ve uno objeto de mofa a causa de sus defectos, debe tomarlo siempre de buena parte, procurando no mostrar al exterior que se sufre por ello; pues es educado y también señal de piedad en un hombre, no tomar con disgusto nada de lo que se le dice, por desagradable, chocante e injusto que pueda ser. Hay otra clase de bromas que está permitida y que, lejos de ser contraria a las reglas de la honestidad y de la cortesía, ameniza mucho la conversación y honra a la persona que la utiliza. Esta burla son unas palabras chistosas e inteligentes que expresan algo agradable, sin herir a nadie ni al decoro. Esta mofa es muy inocente, y puede ayudar mucho a amenizar la conversación. Se debe cuidar, con todo, que no sea demasiado frecuente y que se sepa llevar bien. Por esto, si se es de espíritu pesado por naturaleza, hay que abstenerse enteramente, si no, se daría ocasión de que se rían de uno, y esta broma tan sosa, baja y mal recibida, no conseguiría la finalidad que debe tener, que es la de divertir a los demás y de hacer recibir mejor lo que se debe decir para regocijarles. Para bromear bien de esta forma, no se debe hacer el juguetón, ni reír de todo sin ningún motivo, ni decir pequeñas pullas rastreras, bajas y comunes; más bien es preciso que lo que se diga tenga algo brillante y noble, y que esté en relación con la condición de las personas que hablan y escuchan, y que se diga oportunamente.

#### **Sección 4 Faltas que se cometen contra la cortesía hablando inconsiderada, ligera e inútilmente.**

Hablar inconsideradamente es hablar sin discreción, sin orden y sin prestar atención a lo que se dice. Para no caer en este defecto, el Sabio nos advierte que estemos muy atentos a nuestras palabras, por miedo, dice, a deshonrar nuestras almas.

En efecto, no se tiene estima alguna de un hombre que habla indiscretamente, y a causa de esto debemos procurar, según el consejo del mismo Sabio, no ser ligeros de lengua, pues la razón por la cual se habla a menudo fuera de propósito y sin orden, es porque se dicen cosas sin haberlas pensado seriamente. Lo que hace que el mismo Sabio conociendo bien los males, efectos de este vicio, se dirija a Dios para que no lo abandone a la ligereza indiscreta de su lengua y le conjure a ello, recordándole su gran poder y la bondad que tiene para con él, como padre y dueño de su vida.

Por lo tanto, para hablar prudentemente y con discreción, es necesario no hablar nunca sin pensar lo que se va a decir; no se debe decir todo lo que se piensa, antes debe conducirse uno en muchas cosas según el consejo del Sabio, como si se ignorasen. Se puede, dice el mismo Sabio, si se conoce alguna cosa que se quiere decir, o que alguien dice, hablar o responder oportunamente, si no, hay que ponerse la mano en la boca. Es decir, se debe callar, por miedo de ser sorprendido en una palabra indiscreta, o de caer en la confusión.

Para hablar prudentemente es preciso también observar el momento en que es oportuno hablar o callar: pues es bien imprudente y ligero, dice el Sabio, no observar el tiempo y hablar sólo cuando las ganas nos impulsan a ello.

Es preciso también, según san Pablo, que todas las palabras que se dicen estén tan acompañadas de gracia y condimentadas de sal, que no se diga una sola que no se sepa por qué y cómo se dice.

Finalmente, es preciso, según aconseja el Sabio, aprender antes de hablar, y así no hablar nunca de cosas que no se conozcan bien, y decir lo que se tenga que decir con tanta cordura y honestidad, que se haga uno amable por sus palabras.

Cuando alguien dice o hace alguna cosa que no debe ser dicha, si uno percibe que la persona que ha hablado lo ha hecho por sorpresa y que esto la humilla, al reflexionar sobre lo que ha dicho, no hay que mostrar que se ha enterado uno de ello; y si el que lo ha dicho o hecho pide excusas, es prudente y caritativo interpretar favorablemente la cosa, y se debe estar muy lejos de mofarse del que haya expuesto algo que parezca poco razonable, y más aún de despreciarle; también podría ser que no se haya captado bien su pensamiento. En fin, nunca le está permitido a un hombre cuerdo avergonzar a quienquiera que sea.

También es prudente, cuando alguien profiere injurias, no responder y no ponerse en la obligación de defenderse; es mucho mejor tomarlo todo como juego; y si otro quiere defendernos, debemos manifestar que no estamos molestos en modo alguno de lo que se ha dicho. Pues, en efecto, es propio del hombre prudente no molestarse por nada.

El Sabio, para dar a entender en pocas palabras quiénes son que hablan con sabiduría y prudencia, y quiénes los que hablan imprudentemente, dice admirablemente que el corazón de los insensatos está en su boca, y la boca de los sensatos en su corazón. Es decir, que aquellos que no tienen juicio, dan a conocer a todo el mundo, por las muchas e inconsideradas palabras, todo lo que tienen en el corazón; pero los que tienen juicio y comportamiento son de tal modo comedidos y reservados al hablar que no dicen más que lo que quieren efectivamente decir y que es razonable que se sepa.

Cuando se está con personas de más edad que nosotros, o ya ancianas, es cortés hablar poco y escuchar mucho; del mismo modo hay que conducirse cuando se conversa con los grandes del mundo: el Sabio lo aconseja muy oportunamente. También pide la urbanidad que un niño, cuando está con personas a las que debe respeto, no hable sino cuando se le pregunte.

Hay que guardarse mucho de contar sus secretos a todo el mundo: éste es también el consejo del Sabio; sería gran imprudencia hacerlo; pero antes de comunicarlo a alguien, débese conocer bien a la persona a quien se quiere decir, y estar bien seguro de que es capaz y que será fiel en guardarlo.

Los que sólo saben contar rumores, frivolidades y tonterías, los que alargan mucho los preludios y no dan lugar a que hablen otros, harían mejor en callarse. Vale mucho más pasar por silencioso que entretener a la compañía con tonterías y necedades, o teniendo siempre algo que decir.

## **Artículo 4 Cómo se debe hablar de las personas y de las cosas**

Es muy poco razonable hablar sin cesar de sí mismo, comparar la propia conducta con la de los demás; decir, por ejemplo: en cuanto a mí, yo no lo utilizo así, él no hace esto, una persona de mi condición, etc. Esta clase de razonamientos son inoportunos e indiscretos; puesto que nunca sienta bien hacer comparaciones de sí mismo con los demás, y de los demás entre ellos; estas comparaciones son siempre odiosas.

Hay personas tan llenas de sí mismas, que explican siempre a aquellos con quienes conversan lo que han hecho y lo que hacen, y que se debe tener en mucha estima todas sus palabras y acciones. Este modo de comportarse en las conversaciones es muy incómodo y pesado para los demás.

Alabarse y hablar ventajosamente de sí es algo que lesiona completamente la cortesía; es también señal de pequeñez de espíritu: un hombre cuerdo no habla nunca de lo que le concierne, si no es para responder a algo que se le pida; y aún debe hacerlo con mucha moderación, modestia y comedimiento.

Cuando se cuenta alguna cosa que se hizo o que pasó estando con una persona de calidad muy superior, tiene muy poca gracia hablar en plural y decir, por ejemplo: fuimos a, o hicimos tal cosa; no debe entonces alabarse uno mismo, ni hablar de sí mismo; es honesto hablar de la cosa como si no se hubiese tenido parte en ella y decir: Su Excelencia hizo tal cosa, Su Excelencia fue a tal lugar.

Y cuando un inferior habla de una acción que hizo para con él una persona a la que se debe respeto, no es conveniente que diga rudamente: Su Excelencia me dijo esto, Su Excelencia vino a verme; antes, deben utilizarse estos términos u otras maneras semejantes de hablar: Su Excelencia me hizo el honor de decirme esto, Su Excelencia me hizo el honor de venir a verme; o bien, al dirigirse a esta persona: V.E. tuvo la bondad, me hizo la gracia de ocuparse de mí, etc.

La honestidad pide, cuando se ha de hablar de otros, que se haga siempre de modo favorable; por eso no se debe hablar nunca de quien sea si no se tiene algo bueno que decir. No hay ninguna persona, por mala que sea, de la que no se pueda decir algo bueno. Con todo, no estaría bien hablar en buen sentido de alguien que hubiera cometido una falta pública, o alguna infamia: vale más, en estas ocasiones, guardar el silencio al respecto, y, si otros hablan de ella, mostrar que se tiene compasión de la misma.

Se debe asimismo mostrar en las conversaciones que se tiene estima por los demás; no hay que contentarse, por consiguiente, con hablar favorablemente, sino que se debe cuidar de no hacerlo fríamente, o al decir algo que va en su honor, no añadir un pero que suprima toda la estima que lo que se acaba de decir podría acarrearle.

Hay que hablar de las personas que son objeto de la conversación siempre con mucho respeto, y con términos que muestren mucha deferencia para con ellas, a menos que esta persona sea inferior, pero aún en este caso debe uno servirse de expresiones convenientes, que indiquen que se la tiene en consideración.

La buena educación no permite, cuando se quiere llamar a alguien, hacerlo en alta voz, ni desde lo alto de una escalera, ni por la ventana; tomarse esta libertad sería asimismo faltar al respeto debido a esta persona: débese mandar a alguien a buscar al que se necesita, o ir uno mismo, para hacerla venir.

Si se estuviese con una persona a la que se debe respeto, y ella necesitase a alguien, no se debería permitir que fuese ella misma a buscarle; sino que estaría muy bien rendirle prontamente este servicio.

Es descortesía preguntar a una persona superior por su salud, al saludarla, a menos que esté enferma o indispuesta; esto no está permitido más que respecto de las personas que son de condición igual o inferior.

Si se quiere manifestar a alguien, a quien se debe mucho respeto, la alegría que se tiene por su salud, es muy a propósito antes de hablarle, informarse por algún sirviente de cómo va, y luego decirle sencillamente: me alegro mucho, señor, de que goce usted de perfecta salud.

Cuando se pregunta a alguien cómo está, éste debe responder: Me encuentro muy bien, gracias a Dios, dispuesto a prestarle mis humildes servicios; o utilizar algunas expresiones parecidas que se le ocurran a uno.

La cortesía no permite quejarse, cuando se está en compañía y se tiene alguna dificultad o indisposición: esto es carga para los demás, y a veces da la impresión que se hace para poder tomarse más fácilmente sus comodidades.

Hay personas, que al estar en compañía, no hablan más que de lo que les gusta, y a veces de cosas a las que se tienen un singular afecto; si quieren a un perro, gato, pájaro o a cualquier otro animal, lo toman continuamente como asunto de conversación; le hablarán incluso de cuando en cuando en presencia de los demás e interrumpirán, a veces, para esto la conversación; esto les impide a menudo prestar atención a lo que dicen los otros. Todos estos modos de obrar son signo de estrechez y bajeza de espíritu, y son muy contrarios a las reglas de la cortesía y al respeto que se debe a las personas con las que se conversa, y no son tolerables en una persona bien nacida; pues esta clase de inclinaciones, siendo cosa muy baja, sienta muy mal manifestar tanta alegría por ellas, y mostrarla con tanta vivacidad. Hay otros que, cuando han hecho algún viaje o algún negocio, o cuando les ha ocurrido algún accidente, sea agradable, o desagradable, no cesan de hablar de lo que les aconteció, de lo que han visto u oído, o de lo que han hecho; parece que, puesto que esta clase de narraciones les gusta a ellos, también tienen que agrandar a los que las oyen; esto es señal del amor que se profesan a sí mismos y de la complacencia que tienen de todo lo que hacen o les acontece.

## **Artículo 3 Varias maneras diferentes de hablar**

Hay muchas maneras diferentes de hablar, que expresan varios sentimientos e inclinaciones nuestras. Estas maneras de hablar son: alabar, adular, preguntar, responder, contradecir, dar el propio parecer, disputar, interrumpir y repetir.

## **Parte 1 Prescripciones de la cortesía respecto de la alabanza y la adulación**

Produce siempre muy mal efecto que una persona se alabe a sí misma y que presuma; esto no sienta bien en un cristiano, que no debe darse a conocer más que por su conducta; así no debe haber en él más que sus acciones que hablen; pero, en cuanto a la boca, no debe hablar nunca de sí, ni en bien, ni en mal.

Cuando uno es alabado no debe mostrar alegría, lo que sería señal de que a uno le gusta ser adulado; sino que debe excusarse sencillamente diciendo, por ejemplo: usted me asombra; no hago más que mi deber, etc. Sería aun mejor y más cuerdo no decir nada, y cortar la conversación, lo cual no será descortesía. Si es una persona muy superior la que os alaba, hay que saludarla honestamente, como para agradecerle, y mantenerse modestamente, sin responderle, pues vuestra respuesta sería una falta de respeto.

Cuando se oye hablar a alguien, es educado añadir algo a lo que se dice, o por lo menos aplaudir; hay que guardarse bien entonces de hacer comparación de esta persona con otras.

Nunca se debe alabar extraordinariamente a una persona, pero es cortés hacerlo siempre sin exageración y sin comparación alguna; hay que tener asimismo la precaución de no alabar a alguien en presencia de sus enemigos.

Cuando se está en reunión, si se tiene la ocasión de alabar a las personas próximas a uno, se puede hacer, con tal que sea sobriamente y con moderación. Cuando se alaba a alguna delante de nosotros, no se debe aplaudir demasiado a las alabanzas que se le tributan, pero es de buena educación mostrar agradecimiento al que ha alabado.

Cuando se hace algún regalo a alguien, no está bien alabarlo y hacer grandes elogios del mismo, como para persuadir a la persona a quien se hace a tener mayor gratitud. Si con todo otros lo alaban, se debe manifestar que uno quisiera que fuese más hermoso y más digno de la persona a quien se ofrece, pero es enteramente descortés recordar a alguien algún beneficio que se le hizo, pues parece que sea para reprochárselo.

Es, al contrario, razonable mostrar aprecio por un regalo que se recibe: no está bien guardarlo enseguida; es una gran falta encontrar en él algo que criticar, sobre todo delante del que lo ha hecho; una persona que obra así merece que no le hagan ninguno más.

Cuando se muestra a alguien, o a un grupo, alguna cosa que merezca apreciarse, no está bien dar muestras de gran admiración, y prorrumpir en alabanzas extraordinarias, como hacen algunos; sería señal de que se tiene una complacencia servil con la persona a quien pertenece la cosa. Con todo, no debe uno quedarse indiferente cuando la cosa es inestimable, pues en esto se debe ser al mismo tiempo modesto y equitativo. Si la cosa se enseña a un grupo, no conviene apresurarse a alabarla el primero, sino que se debe esperar a que la persona más experta del grupo haya dicho su parecer, y luego aplaudirla de manera sincera y deferente; a menos que esta persona no pida antes nuestra apreciación; entonces es cortés decírsela con sencillez, sin exagerar nada.

Debe procederse del mismo modo en todas las ocasiones en las que esté uno obligado a juzgar alguna cosa o acción; pero sin emplear grandes exclamaciones, diciendo a cada cosa que se ve: ¡Oh!, qué bonito; ¡oh!, qué maravilloso; sobre todo si es en presencia de una persona a la que se debe mucho respeto, y antes que ella lo haya juzgado: esto sería presumir demasiado y faltar al respeto.

Adular es hablar bien de alguien cuando no hay motivo, o alabarlo más de lo debido, sólo por complacerlo o por propio interés. Es cobardía hacerlo, y es siempre contra el que es adulado el permitirlo; pues denota que tiene poco espíritu y mucha presunción, soportar que se le alabe por cosas que no pueden atribuirse, ni cristiana ni razonablemente.

### **Artículo 4 Modo de preguntar, informarse, repetir y dar su parecer**

Es una gran descortesía interrogar y hacer preguntas a una persona a la que se debe consideración, e incluso a cualquier persona que sea, a menos que sea muy inferior a nosotros, o que dependa de nosotros, o se esté obligado a hacerle hablar; y en este caso debe hacerse de manera muy honesta y con mucha circunspección.

Cuando se desea saber algo de una persona a la que se debe respeto, es cortés hablarle de modo que se vea obligada a responder a lo que se le pida, aunque sin interrogarla. Si se quiere saber, por ejemplo, si una persona irá al campo o a algún lugar, sería muy descortés y contrario al respeto, decirle: ¿Irá usted, señor, al campo? Esto es chocante y demasiado familiar; se debería, al contrario, utilizar modos de hablar como: ¿Irá usted sin duda al campo, o a tal lugar? Este modo de hablar no tiene de ofensivo más que la curiosidad, que suele excusarse cuando es respetuosa.

También es descortesía, hablando a una persona, decirle: usted me entiende bien; ¿me entiende usted bien?: No sé si me explico bien, etc. Es preciso continuar la conversación sin utilizar estas maneras de hablar.

Cuando se llega a un grupo, es bastante descortés informarse de lo que se está diciendo. Esta forma de procurarse información es demasiado familiar, y corresponde a una persona que no sabe vivir: se debe uno contentar, una vez sentado, con escuchar al que habla, y oportunamente tomar parte en la conversación.

Tampoco se debe, en la conversación, indagar o querer saber de una persona, por más cortésmente que se pida, dónde estuvo, de dónde viene, qué ha hecho o qué quiere hacer; estas preguntas son demasiado informales y de ninguna manera están permitidas: ordinariamente no debe uno indagar lo que toca a los demás, a menos que se tenga obligación particular de hacerlo, para saber algo que concierne a la persona que se informa, o que tiene relación con ella.

Es descortesía imprudente adelantarse a una persona que pregunta, respondiendo antes de que haya acabado de hablar, aun cuando se sepa bien lo que ella quiere decir.

También es descortesía responder el primero a una persona a la que se debe respeto, cuando pide algo en presencia de otras personas que están por encima de uno, aunque no se tratase más que de cosas comunes y ordinarias; por ejemplo, si preguntase qué hora es; se debe dejar responder a las personas más consideradas de la compañía, a menos que el que pregunta se dirija a alguien en particular, que entonces estaría obligado a responderle. Es muy deseducado y de poco respeto, cuando se responde a alguien, ya sea a los padres, ya a otros, decir simplemente sí, no; se ha de añadir siempre algún término de honor, y decir, por ejemplo: sí, Padre; sí, señor; con todo debe procurarse no repetir demasiado a menudo estas palabras en el discurso, lo que sería incómodo y molesto a unos y otros.

Cuando, al responder, se ve uno obligado a contradecir a una persona a la que se debe tener consideración, no está bien hacerlo rudamente; se debe en tal caso utilizar giros, diciendo: usted me perdonará, señor; o: le pido perdón, señor, si me permito decir que; etc.

Cuando se está en un grupo en el que se habla de un asunto, es descortesía dar su parecer, a menos que se lo pidan, sobre todo cuando haya personas superiores.

Si se encuentra uno en un grupo en el que se debe dar el parecer sobre algo, hay que esperar a que le llegue el turno; y entonces descubrirse, saludando a la persona que preside y a los demás asistentes, y luego decir simplemente lo que se piensa.

Cuando se da el parecer se debe poner cuidado en no defenderlo con obstinación; porque no debe uno aferrarse tanto a sus ideas que las crea irrefutables. También sentaría muy mal disputar para sostenerlas, pues no debe uno mantener tan fuertemente su opinión que no la someta a la de los demás. Debe estarse, pues, bien lejos de acalorarse o encolerizarse para obligar a los demás a seguir su propio pensamiento: la pasión no es un medio honrado, ni conveniente que pueda utilizarse para hacer creer que su opinión es razonable. Tampoco se puede censurar a los demás, ni despreciar lo que hayan dicho: al contrario, es propio de un hombre bien educado estimar y alabar el parecer de los demás, y dar simplemente el suyo, porque se lo piden.

### **Artículo 5 Lo que la cortesía permite o no, respecto del disputar interrumpir y responder**

San Pablo advierte a su discípulo Timoteo que no se detenga en disputas de palabras; nada asimismo es más contrario a las reglas de la cortesía: se debe, con este fin, según el parecer del mismo Apóstol, rechazar todas las cuestiones tontas e inútiles, pues no ocasionan más que disputas.

En efecto, si se quiere impedir algo, hay que quitar las ocasiones; y la razón que da san Pablo es que el siervo de Dios no debe altercar.

Por consiguiente, hay que tomar buen cuidado, estando en compañía, de no oponerse a las opiniones de los demás, y de no proponer nada que sea capaz de encender disputas y altercados; pero si los otros sacan alguna cosa que no sea verdadera, se puede proponer sencillamente el propio parecer con tanta deferencia, que los que piensan lo contrario no se molesten por ello. Si alguien contradice nuestra opinión, debemos manifestar que la sometemos con gusto a la suya, a menos que la suya sea claramente contraria a las máximas cristianas y a las reglas del Evangelio, pues en tal caso estaría obligado a defender lo que se ha dicho, pero debe hacerse de modo tan moderado y respetuoso, que la persona a la que se contradice, lejos de ofenderse, escuche de buen grado nuestras razones y las acepte, a menos de ser totalmente terca y sin razón; puesto que la palabra suave, según el parecer del Sabio, atrae muchos amigos y aplaca a los enemigos.

Si se encuentra uno con una persona que adopta fácilmente el parecer contrario, la cortesía pide que no se dé con facilidad el parecer propio; pues, como dice el Sabio, la presteza en disputar enciende el fuego de la cólera; y como los grandes charlatanes están más inclinados a mantener obstinadamente sus opiniones, según el mismo Sabio, no se ha de disputar con un charlatán, para no añadir leña a su fuego. Se debe, sobre todo, tener cuidado, como aconseja todavía, de no contradecir en modo alguno la verdad. Por esto, si uno no está bien instruido en alguna cosa, ha de tomar siempre la resolución de callar y escuchar a los demás.

Cuando se está en una reunión en la que se discute, como se hace ordinariamente en las escuelas, se debe escuchar con atención lo que dicen los demás; y si le piden a uno o le incitan a hablar, se puede entonces dar su parecer sobre la cuestión objeto de la discusión; si con todo no se le escucha, no se debe tener vergüenza de excusarse de hablar.

Si se cree que la opinión que se ha expuesto es verdadera, se debe mantener, pero es preciso que sea con tal moderación, que aquel con quien se discute ceda sin dificultad. Si las razones alegadas por los demás muestran que se está en el error, no hay que obstinarse en defender una mala causa; más bien debe uno condenarse de buen grado a sí mismo el primero: es el medio de salir con honor.

Cuando se está discutiendo de este modo, no se debe querer ganar; basta con proponer su parecer y apoyarlo con buenas razones; y se debe tener esta condescendencia con los demás, de seguir su parecer cuando son más numerosos.

No se debe contradecir a nadie, a menos que se trate de alguien que está muy por debajo de uno, que diga cosas fuera de propósito y que esté uno obligado, a causa de las consecuencias, a decir lo contrario de lo que él ha expuesto; además, se debería hacer con tanta suavidad y educación, que el que es corregido se vea como forzado a no tener más que agradecimiento.

Es muy descortés interrumpir a una persona que habla, pidiendo por ejemplo: ¿Quién es aquél? ¿Quién dice o hace esto? Esta interrupción es mucho más grosera cuando el que habla utiliza medias palabras.

Es también una descortesía muy molesta, cuando alguien cuenta algo, interrumpirlo para decirlo mejor que él; y no lo es menos, cuando alguien ha comenzado a relatar una historia, decir que se sabe bien lo que quiere decir; y, si no lo cuenta bien, es burlarse de él y darle ocasión de sentirse ofendido, sonreír para manifestar que lo que dice no es así; pero es más vergonzoso decir: Apuesto a que no es así. Este modo de hablar es enteramente grosero y descortés, y no puede darse más que en una persona mal educada.

Si sucede, en la conversación, que alguien se equivoca al hablar, no está permitido a nadie manifestarlo; como si, por ejemplo, confundiese a un hombre con otro, o a una ciudad con otra, hay que esperar que el que habla vuelva él mismo, o dé ocasión de hablar sobre el asunto; se debe entonces corregir el error sin afectación, por miedo a causarle pena.

Si, sin embargo, se tratase de un hecho que debe uno esclarecer por el interés de alguien, se puede decir lo que hay sobre ello, con tal de que se haga siempre de manera conveniente y con mucha circunspección.

Se debe estar muy atento a lo que dice la persona que nos habla, para no ocasionarle la molestia de repetir dos veces lo mismo; pues sería gran descortesía decir, por ejemplo: ¿Qué dice usted, señor?, no le he entendido; u otra cosa parecida.

Cuando alguien, al hablar, tiene dificultad en encontrar sus palabras y titubea, es enteramente contrario al respeto y al recato sugerirle, o añadir las palabras que no dice bien; se debe esperar a que lo pida.

No debe meterse uno a reprender a nadie, a menos que se esté obligado a ello, o que se trate de algo importante.

Es una gran falta erigirse en crítico y censor público: se debe juzgar bien a todo el mundo y no preocuparse de las acciones de los demás, a menos que esté uno encargado de su dirección y se esté obligado a instruirlos y a conducirlos al bien.

Sin embargo, cuando se es advertido o reprendido por alguien, es cortés recibirlo bien y manifestar mucho agradecimiento por ello; cuanto más se agradece, más cristiano y más estimado será uno.

Si sucede que uno injuria a alguien, es propio de hombre cuerdo no apenarse por ello; lejos de querer defenderse, no se debe responder nada. Es señal de un espíritu bajo y cobarde no soportar una injuria; es deber de un alma cristiana no manifestar ningún resentimiento por ello y no tener efectivamente ninguno. Este es el consejo que nos da el Sabio: olvidar todas las injurias que recibimos del prójimo. Jesucristo quiere que, no solamente se perdone a los enemigos, sino que además se les haga el bien, fuere cual fuere el daño o el disgusto que se hubiere recibido de ellos. Si alguien quiere tomar nuestra defensa, se le debe manifestar que no está en manera alguna ofendido.

## **Artículo 6 Los cumplidos y las malas maneras de hablar**

Hay dos clases de cumplidos: los unos, aquellos mediante los cuales expresamos algún sentimiento, ya de gozo compartido, para manifestar alegría por algo ventajoso que le ha ocurrido a la persona que encontramos, o que vamos a ver; ya de condolencia, mediante la cual damos a la persona que ha sufrido algo lamentable, muestras del dolor que sentimos por ello; o de gratitud, manifestando nuestro agradecimiento por los beneficios recibidos de alguien y cuán obligados quedamos para con él, proclamando nuestro afecto y nuestra fidelidad a su servicio; o bien es un testimonio que le hacemos a alguien de nuestra sumisión, y de nuestra fidelidad en su servicio; algunas veces es también para quejarnos, y para mostrar nuestro resentimiento por algún daño que nos ha sido hecho. Estas clases de cumplidos de ben hacerse de manera natural, sin afectación, y sin que parezca que han sido preparados, pues entonces, hablando de la abundancia del corazón, la boca persuade mucho mejor que todo lo que se podría decir con preparación, lo cual, siendo menos natural, nunca será tan bien recibido.

Otra clase de cumplidos es la alabanza; ésta pide mucha más circunspección y habilidad que la otra, para persuadir de que se dice la verdad. Para hacer agradable esta clase de cumplidos, es preciso que la persona que alabamos esté convencida de que nosotros lo estamos de su mérito, y entonces el cumplido será sincero y complaciente; es preciso, asimismo, en esta clase de cumplidos, tener el cuidado de no elevar a las personas a quienes se hacen, muy por encima de lo que ellas son, y de no hacer grandes exageraciones que se destruyen por sí mismas; es preciso, para que esta clase de cumplidos sea razonable, que haya en ellos sinceridad y verdad; de modo que, por la rectitud, la cordura y la moderación, que deben estar siempre presentes, no se hiera la modestia, ni en el que los dice, ni en el que los recibe. Por esto, el que los expresa debe recordar que, aunque se debe estimar mucho a los demás, hay, sin embargo, que alabarlos poco, y con mucha precaución y moderación, siguiendo el consejo del Sabio, que nos dice con razón, que no se debe alabar a nadie antes de la muerte, pues en las alabanzas hay siempre el temor, respecto del que las da, de que falte a la sinceridad, y respecto del que las recibe, de que se envanezca por ellas. Por eso, esta clase de cumplidos debe hacerse raramente, y aun con mucha prudencia y circunspección.

Los cumplidos, para ser buenos, deben hacerse sin afectación; y las ceremonias, para ser agradables, deben parecer naturales; deben también ser de corta duración, y si se hacen a personas a las que se debe respeto, es mejor servirse de las reverencias que de largos discursos.

Al responder a los cumplidos hay que observar las mismas reglas; si se hacen por beneficios recibidos, se deben disminuir, con todo, no tanto que no quede nada, pues parecería que se censura la estima que hace de ellos el que los ha recibido. También debe uno abstenerse de decir que se concedería la misma gracia o se prestaría el mismo servicio a toda clase de personas, pues esto sería manifestar a aquel a quien se ha hecho este favor, que no se le tiene en mucha consideración, puesto que no se hace en favor suyo más que lo que se haría para cualquier otro.

Cuando se habla hay que emplear siempre palabras dignas, corrientes, inteligibles y adecuadas al tema que se habla, y no vocablos singulares y rebuscados.

Hay que evitar, en especial, las expresiones impropias, que no son francesas, y que no respetan la pureza de la lengua; y si bien no es fino hablar utilizando términos y expresiones muy estudiados, hay que evitar con todo ese francés corrompido del que algunos se sirven a menudo, porque no se fijan suficientemente en cómo hablan. Así sería, por ejemplo, hablar bastante mal el decir: saque este caballo del establo; hay que decir: haga salir este caballo del establo. Cuando se relata alguna historia, o se da cuenta de algún encargo, hay que abstenerse de ciertos términos ridículos y perfectamente inútiles, como sería decir: esto dijo él; esto dijo ella; pues esto; me lo dijo así, etc.

Es descortés e incluso chocante decir a una persona: usted ha faltado a su palabra; usted me ha engañado. Es más a propósito expresarse de un modo más conveniente, diciendo, por ejemplo: aparentemente; o: sin duda no se ha acordado usted, señor; o: quizás no ha podido hacer usted lo que me había dejado entrever.

También es gran descortesía, después que ha hablado una persona, decir: si lo que dice usted es verdadero, estamos equivocados; si lo que el señor dice es verdadero, ya no tenemos motivos de extrañarnos que, etc.

Es esto un cortés mentís. No se debe manifestar nunca que se duda de lo que dice un hombre honrado. Es cortés decir: según lo que usted dice, estamos equivocados; lo que el señor dice muestra que, etc.

Es también mala manera de hablar decir: usted se burla al decir esto; no es mejor el decir, como hacen algunos a modo de cumplido: usted se ríe de mí, tratándome de este modo. Esta manera de hablar es ofensiva, puesto que no debe obligarse nunca a un hombre a burlarse de nosotros; hay que dar otro giro a la frase, así: sería burlarse el decir, etc.

No está nunca permitido hablar a alguien de modo imperativo, a menos que sea muy inferior; estos modos de hablar, que resienten el dominio, no se soportan y no deben ser utilizados por personas que tengan al menos un poco de educación. Por esto, en lugar de servirse de estas maneras de hablar, que indican una orden: id, venid, haced esto, es adecuado utilizar perífrasis, diciendo por ejemplo: ¿Querría usted ir...?, ¿Le parecería bien a usted decir...? No sé si a usted le parecerá bien... Me atrevería a pedirle, señor... ¿Podré esperar esta gracia de usted...?, etc. Respecto a personas que son muy inferiores, se les podría decir razonablemente: ¿Quisiera usted prestarme este servicio?, ¿Quisiera usted hacerme este favor?, le agradecería que se tome la molestia de, etc. La buena educación pide utilizar estos modos de hablar con aquellos de quienes se pueda tener necesidad.

## **Capítulo 8 Modo de dar y recibir, y de comportarse cuando se encuentra a alguien, y al calentarse.**

Antes de recibir algo, cuando no se está en la mesa, se debe hacer la reverencia, quitarse el guante, besar la mano y recibir la cosa, llevándola educadamente y sin precipitación hacia la boca, como si se quisiera besar, no acercándola, con todo, mucho, sino haciéndolo sólo aparentemente.

Cuando se quiere dar o devolver alguna cosa a otros, hay que entregarla con prontitud, por miedo de hacerles esperar, presentarla como besándola, y después, una vez dada, besar la mano y hacer la reverencia. Lo mismo debe hacerse todas las veces que se ofrezca alguna cosa, la hayamos pedido o no.

Cuando se quiere dar o tomar alguna cosa, es descortés adelantar la mano por delante de alguien, particularmente si es una persona a la que se debe tener consideración y respeto: es necesario dar y tomar siempre por detrás todo lo que se da, tanto en la mesa como fuera de ella, a menos de que no se pueda hacer así sin molestar a alguien. Y cuando se está obligado a dar o a recibir algo por delante de otro, es cortés pedir excusa a la persona por delante de la cual se da o se recibe, y pedirle el permiso con alguna palabra o gesto de cortesía, diciendo, por ejemplo: señor, con su permiso, si le parece bien; señor, le pido excusas, etc.

Cuando se presenta algo, es conveniente presentarla de modo que se la pueda coger fácilmente por la parte en que debe ser cogida: así, cuando se presenta a alguien un cuchillo o una cuchara, hay que volver el mango del lado del que los recibe.

Si alguien del grupo deja caer alguna cosa, la cortesía quiere que uno se apresure a recogerla antes que él, y devolvérsela luego con sencillez. Si deja uno mismo caer alguna cosa, hay que recogerla prontamente, sin permitir que otro se tome este trabajo; y si otros han sido más rápidos que nosotros y nos la devuelven, se debe agradecer educadamente, pidiéndoles excusas por la molestia que se les ha ocasionado.

Cuando se encuentra en el camino a una persona distinguida por su empleo o por su condición, es cortés saludarla muy educadamente, sin volverse demasiado hacia ella, a menos que se la conozca particularmente.

En París no se saluda ordinariamente más que a las personas que se conocen y que son de condición eminente y muy elevados por encima del común, como son los príncipes y los obispos. Es, sin embargo, cortés, cumplir estos deberes con los eclesiásticos y los religiosos.

Es descortés e incluso ridículo observar las personas que pasan, para ver si saludan; es preciso adelantarse siempre a los demás, en esto lo mismo que en todo lo demás, según el consejo que da san Pablo; y es atraerse honor, el honrar a los demás.

Cuando en la calle se encuentra uno frente a frente a alguna persona de importancia, o que sea superior, es conveniente desviarse un poco y pasar por la parte inferior, apartándose del lado de la cuneta.

Si no hay alto ni bajo, sino un camino llano, hay que pasar a la izquierda de la persona que se encuentra, y dejarle la mano derecha libre, y cuando pasa, hay que pararse y saludarla con respeto, e incluso con profundo respeto, si su condición lo pide.

Si se encuentra a esta persona en una puerta o en un lugar estrecho, hay que pararse en seco, si se puede, a fin de dejarla pasar, y si hay que abrir una puerta, levantar un tapiz, quitar algo que impida el paso libre, la cortesía pide que se pase delante de la persona para hacer estas cosas, y al pasar que se incline al menos un poco el cuerpo, delante de ella.

Si se encuentra en la calle a una persona que no nos sea muy familiar, es adoptar una forma un poco demasiado libre, y que no es nada educada, preguntarle a dónde va y de dónde viene.

Cuando está uno obligado a ir y a venir, pasar y volver a pasar delante de una persona a la que se debe respeto, la educación pide que se haga de modo que se pase por detrás; si, sin embargo, no es esto posible, debe uno inclinarse educadamente todas las veces que pase delante de ella.

La cortesía no puede permitir, cuando se está junto al fuego, poner las manos sobre las brasas, pasarlas a través de las llamas, o ponerlas por encima; sería aún más descortés poner el pie. También es gran descortesía volver la espalda al fuego; y si alguien se toma esta libertad, debe guardarse bien uno de imitarle.

No se debe tampoco, cuando se está sentado ante el fuego, levantarse del asiento para estar en pie, a menos que la persona importante lo haga, pues entonces habrá que levantarse al mismo tiempo que ella. Y sería muy descortés ponerse en cuclillas o sentarse en el suelo, y acercarse al fuego más que los demás.

Es señal de bajeza de espíritu divertirse jugueteando con las tenazas, o atizar el fuego; tampoco se debe meter leña, y es educado dejar este cuidado al dueño de la casa o al que esté encargado del fuego.

Cuando se enciende el fuego, es bueno disponerlo de tal modo que todos los que están cerca puedan calentarse fácilmente; querer luego cambiarlo de disposición sin necesidad evidente, es propio de un espíritu inquieto y que no puede permanecer en reposo.

Sin embargo, cuando se está junto al fuego con una persona a la que se debe mucho respeto, si ella se toma la molestia de querer arreglar el fuego, es bueno tomar enseguida las tenazas, a menos que esta persona quiera absolutamente tomarse este trabajo, como para divertirse.

Es totalmente contrario a la buena educación acercarse uno tanto al fuego que se queme las piernas, lo mismo que sacarse los pies de los zapatos y calentarse así en presencia de los demás, y lo es mucho más, en las chicas y mujeres, levantar sus faldas muy alto cuando están junto al fuego, lo mismo que en todas las demás reuniones.

La caridad, lo mismo que la educación, quieren que se moleste uno para hacer sitio a los demás, al estar junto al fuego; y que incluso se retire uno hacia atrás para permitir calentarse a los que tienen mayor necesidad de ello.

Si alguien echa al fuego cartas, papeles u otras cosas parecidas, causa muy poca gracia sacarlas, por cualquier razón que sea.

Cuando se dan pantallas, no se debe permitir, cuando se está en casa propia, que un sirviente ofrezca una a la persona con la que se está junto al fuego; es cortés ofrecerle una uno mismo. Si, cuando está uno junto al fuego fuera de la propia casa, no hay más que una pantalla, y la persona con quien se está quiere obligarnos a tomarla, después de haber manifestado la pena que se siente de aceptarla, no se debe rehusar; pero es a propósito dejarla enseguida, después de ponerla suavemente junto a sí, sin que nadie se aperciba de ello, y no servirse de la misma. Se debe asimismo recibir educadamente la que nos ofrecen, y aunque se haya saltado el rango de alguien, no estaría bien decir que le den la que nos presentan.

## **Capítulo 9 Modo de comportarse al andar por las calles y en los viajes en carroza y a caballo**

Se debe prestar atención, cuando se anda por las calles, a no ir demasiado lentamente, ni demasiado aprisa. La lentitud en el andar es señal de pesadez o de negligencia; es, sin embargo, más descortés andar demasiado aprisa, lo cual es mucho más contrario a la modestia.

No es conveniente pararse en las calles, incluso para hablar con alguien, a menos que sea necesario, y aun deberá ser por poco tiempo.

Cuando se va de viaje con una persona a la que se debe respeto, es cortés acomodarse a todo, encontrarlo todo bueno, no molestarse por nada, no hacerse esperar, estar siempre dispuesto a prestar servicio a todos los demás: los hay que en los viajes no tienen nunca una habitación buena, nunca buenas camas, y que, no encontrando nada bueno ni bien hecho, se hacen siempre muy molestos a los demás.

Si sucede en los viajes que esté uno obligado a acostarse en el cuarto de una persona a la cual se debe tener respeto, es educado dejarla desvestirse y acostarse la primera, y a continuación desvestirse aparte, junto a la cama en que debe uno acostarse; luego acostarse suavemente y no hacer ruido alguno durante la noche.

La cortesía pide también, que así como se ha acostado uno el último, se levante el primero; pues no es decente que una persona a la que debemos honrar, nos vea desvestidos, ni tirado ninguno de nuestros vestidos.

Causa muy poca gracia, cuando se ha llegado al lugar en donde se debe alojar, correr a las habitaciones y a las camas para escoger las mejores; sería descortés incluso en una persona que estuviese muy por encima de las otras, acaparar para sí todo lo que hay de bueno y cómodo en un mal alojamiento, sin preocuparse de si los demás tienen la mínima comodidad.

Cuando se sube a una carroza hay que tomar siempre la plaza inferior, si se es de rango inferior a aquellos con los que se entra en ella.

En una carroza hay ordinariamente dos plazas detrás y dos plazas delante; la primera plaza de atrás está a la derecha, la segunda a la izquierda; y caso de que haya tres, la tercera está en medio; si hay dos portezuelas, la primera está a la derecha y la segunda a la izquierda, y las plazas que están del lado del fondo son las principales.

Si se va en carroza con una persona de calidad superior, o a la que se debe honrar, el respeto que se le debe exige dejarla entrar la primera, y entrar uno el último; sin embargo, cuando esta persona ordena subir a la carroza antes que ella, aunque no se deba hacer más que muy forzado a ello, se debe, con todo, ceder, después de haber mostrado con un signo de cortesía que se violenta uno, y luego sentarse en la última plaza, y no tomar otra más elevada que no sea forzado.

Se puede y se debe poner uno en el fondo de la carroza, si la persona de rango con la que se está lo ordena, y ponerse junto a ella si lo desea; pues no está permitido hacerlo sin una orden expresa; tampoco es cortés ponerse en la parte delantera, cara a cara delante de ella; antes debe uno apartarse a su izquierda, de modo, sin embargo, que esté vuelto de su lado, y no cubrirse hasta que ella lo haya indicado.

Cuando se está en la carroza, es muy descortés mirar de frente a quienquiera que sea de los que están allí, apoyarse contra el respaldo y acodarse en cualquier parte que sea: se debe tener el cuerpo derecho y recogido, y los pies lo más juntos posible; no cruzar las piernas y no ponerlas demasiado cerca de las de los demás, a menos que se esté demasiado apretado y que no se pueda hacer de otro modo.

También es grosero y enteramente contrario a la cortesía, escupir dentro de la carroza, y si está uno obligado a hacerlo, deberá ser en el propio pañuelo; si se escupe por una portezuela, lo que no es nada decente, a menos que se esté sentado, se debe entonces poner una mano en la mejilla para cubrirla.

Cuando se baja de la carroza, es cortés salir el primero sin esperar a que se lo digan, afín de dar la mano a la persona importante cuando salga, sea hombre o mujer, para ayudarla a bajar; se debe también salir siempre por la portezuela más próxima; si no hay inconveniente, e incluso si no hay nadie para abrir la portezuela, es a propósito apresurarse a hacerlo. Cuando una persona importante, al descender de su carroza, ordena permanecer en ella para esperarla allí, es cortés bajar al mismo tiempo que ella, tanto por respeto como para ayudarla, y volver a subir luego; se debe bajar también cuando ella quiere volver a subir, y no entrar de nuevo sino después de ella.

Cuando en carroza llega uno a cierto lugar por el que pasa el Santísimo Sacramento, hay que bajar de la carroza y arrodillarse. Si se trata de una procesión, de un entierro o bien del rey, la reina o los príncipes más próximos de la dinastía, o personas de carácter o dignidad eminente, es obligado y respetuoso mandar detener la carroza, hasta que hayan pasado; los hombres deben descubrirse, y las señoras alzar el velo.

No es cortés montar en carroza o a caballo delante de una persona a la que se debe consideración; si no se puede conseguir razonablemente que se retire antes de que se monte, es fino hacer avanzar la carroza o el caballo, hasta que ya no se la vea más, y montar luego.

Cuando se monta a caballo con una persona que se debe honrar, es cortés dejarla montar la primera, ayudarla a montar y tenerle el estribo; se debe también, como a pie, cederle el primer puesto e ir un poco atrás, regulándose según la marcha a la que ella va; si, sin embargo, se estuviese del lado del viento y que se echase polvo sobre esta persona, habría que cambiar el lugar.

Si hay que atravesar un río, un vado o un lodazal, el orden y la razón piden pasar el primero; y si se está detrás y se debe pasar después de la persona a la que se debe respeto, se debe alejar suficientemente de ella, a fin de que el caballo no eche sobre ella ni agua ni barro. Si esta persona galopa, se debe procurar no ir más aprisa que ella, y no querer hacer aparecer las buenas cualidades de su caballo, a menos que esta persona lo mande expresamente.

## **Capítulo 10 Las cartas**

Así como un cristiano no debe hacer visitas inútiles, la cortesía pide también que haga de modo que no escriba cartas que no sean necesarias.

Hay tres clases de cartas, en relación con las personas; pues se escribe a los superiores, a los iguales o a los inferiores. Las hay también de tres clases, vistas las cosas que se escriben, pues son cartas de negocios, familiares o de cumplidos: estas clases de cartas piden cada una su estilo y su forma particular.

Es necesario que las que se dirigen a los superiores sean muy respetuosas, que las que se dirigen a los iguales sean convenientes y tengan siempre algunas marcas de consideración y de respeto; en cuanto a las que se escriben a los inferiores, se les debe dar en ellas muestras de afecto y de benevolencia.

Cuando se escriben cartas de negocios, se debe primero entrar en el asunto, utilizar términos propios de la cosa de que se habla, y explicarse claramente y sin confusión. Si hay que tratar de más de un asunto, es bueno escribir por artículos, para hacer más claro lo que se quiere decir y el estilo más limpio. Las cartas familiares deben ser del mismo estilo del modo como se expresan en la conversación, con tal de que sea correcto, y hay que hacerse comprender en ellas como si se hablase.

Las cartas de cumplido deben ser corteses y complacientes, y no deben ser más largas que los cumplidos que se deben hacer.

Es más respetuoso, cuando se escribe a una persona superior, utilizar papel grande, y sea quien sea aquel a quien se escribe, el papel debe ser siempre doble; se puede utilizar papel pequeño para escribir esquelas, pero es preciso que el papel sea siempre doble.

Se empiezan todas las cartas por estas palabras: Señor, o Monseñor; si se escribe a una mujer, o a una chica, por una de éstas: Señora, o Señorita; si se escribe a su padre se usan estos términos: Señor y queridísimo padre; y estas palabras: Señor, Señora, etc., deben escribirse por entero, sin abreviación; pues escribirlas de otro modo sería totalmente contra el respeto. La palabra Señor se escribe sola, en lo alto de la carta, del lado izquierdo, y entre esta palabra, Señor, y el comienzo de la carta se debe dejar el espacio de varias líneas en blanco; se deben dejar más o menos, según el rango de las personas a las que se escribe, y dejar más bien más que menos; pero se debe sobre todo tener cuidado de que la primera palabra del cuerpo de la carta no pueda hacer de unión, como un solo período, con la palabra Señor; como sería si, después de la palabra Señor, se comenzase la lectura por esta expresión: Vuestro lacayo ha venido a decirme...; y a esto debe prestarse atención también en la conversación.

Sería muy conveniente que los cristianos comenzaran sus cartas con estas palabras, de las que se sirve san Pablo de ordinario en las que él escribe: La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con vosotros, o con nosotros. Los superiores deben decir con vosotros, y los iguales con nosotros. En cuanto a las personas inferiores, la cortesía quiere que, al escribir a las personas que les son superiores, empiecen pidiéndoles su bendición, y darles muestras de entera y sincera sumisión.

Cuando se escribe a personas de rango eminente, no sienta bien servirse del término usted; de ordinario, al dirigirles la palabra, convendrá utilizar el término que expresa el título de su dignidad. Así, en lugar de decir usted, se debe decir a los príncipes: Vuestra Alteza; a los obispos, duques y pares y a los ministros de estado: Vuestra Grandeza; a los religiosos respetables: Vuestra Reverencia; a las personas a las que se debe respeto, es a propósito repetir de cuando en cuando, en el cuerpo de la carta: Señor, o Señora; se debe cuidar, sin embargo, de no ponerla dos veces en un mismo período, y de no ponerla después de la palabra yo, o de una persona inferior; y se debe poner ordinariamente la palabra Monseñor delante del título de honor, y la palabra Señor, después de usted, de este modo: Es de usted, Señor, de quien he recibido esta gracia.

Se debe, en el cuerpo de la carta, emplear el término que expresa el título de honor, tantas veces como naturalmente se pueda y sin forzarlo, si no, hay que utilizar el término Vos.

Cuando se utiliza un título honorífico, se debe poner la frase en la tercera persona, diciendo, por ejemplo: Su Alteza, Monseñor, me permitirá bien decirle...; Su Grandeza sabe bien lo que pasó...etc. Este término que indica la calidad, debe escribirse entero, al menos la primera vez que se escribe en cada página, y cuando se abrevia, poner por Su Majestad: S.M.; por Su Alteza: S.A.; y así los demás.

Se pone todavía el término Señor, o Monseñor, al final de la carta, según el rango de la persona a la que se escribe; y este nombre, Señor, debe estar en el medio del espacio blanco del papel que queda entre el final de la carta y las palabras siguientes: Su muy humilde y muy obediente inferior. El término Monseñor se pone lo más abajo posible; y si se ha dado a la persona a la que se escribe un título de honor en el cuerpo de la carta, al final de la carta, después de esta palabra Monseñor, hay que poner seguido, aunque un poco más abajo, de este modo: Monseñor, de Su Alteza, de Su Excelencia, o de Su Grandeza, el muy humilde, etc.

Al escribir deben tenerse en cuenta los términos de educación y cortesía de los que uno se sirve al hablar, para observar las reglas de la urbanidad, y no está permitido usar los términos de favor y amistad con las personas superiores, o con las que se debe tener consideración y respeto; no se los puede usar si no es con personas que sean por lo menos un poco inferiores; no se debe decir, por ejemplo: usted me ha hecho este favor, etc., sino: usted, Señor, ha tenido la bondad de hacerme este favor.

Es preciso que el estilo de la carta sea el del asunto del que se trata. Si, por ejemplo, se habla de un asunto serio, es necesario que el estilo sea serio; y hay que cuidarse mucho de no utilizar alguna expresión familiar, y menos aún términos jocosos. Se debe asimismo hacer de modo que el estilo sea limpio y conciso; pues es conveniente, en las cartas, aplicarse a decir las cosas en pocas palabras; es la manera de escribir que tiene más estilo y que agrada más. Si la carta que se escribe es una respuesta, se debe primero indicar la fecha de la carta que se ha recibido, y responder artículo por artículo a todos sus puntos, y añadir luego lo que se quiera mandar de nuevo.

Si aún queda mucho por escribir de la carta y parece que no hay bastante lugar para poner la palabra Monseñor en el lugar que debe ocupar, será conveniente arreglar de tal modo la escritura, que puedan quedar al menos dos líneas para escribir en la página siguiente; pues no debe haber menos de dos líneas en una página.

Al pie de la carta, como signo de sumisión respecto de la persona a la que se escribe, después del término: Soy, u otros parecidos, se ponen las palabras: Vuestro muy humilde y obediente Servidor, y se ponen en dos líneas, abajo y en el ángulo derecho del papel; con estas palabras termina siempre toda carta, porque no tenemos ninguna otra manera para expresar nuestro respeto. Escribiendo a su padre, un hijo dirá: Su muy humilde y muy obediente hijo. Un súbdito a su rey, usa los términos: Sir, Vuestra Majestad, el muy humilde, muy obediente y muy fiel súbdito.

Cuando se escribe a un igual, o a una persona que está por debajo de uno, se deben utilizar siempre términos que manifiesten respeto, tratando a aquel a quien se escribe como si estuviese simplemente por encima de uno, y no utilizando nunca ningún término que indique amistad o familiaridad. Si se escribe a una persona que está muy por debajo de uno, como podría ser un artesano o un campesino, se le escribe ordinariamente sin llamarle Señor; y se pone al final, seguido: Su afectísimo servidor.

Al acabar, se deben poner siempre estos términos: Su muy humilde, etc., en nominativo o en acusativo, y nunca en genitivo o en dativo, por ejemplo: Soy su etc., y no: Ordene a su, o reciba de su, etc.

La cortesía quiere siempre, cuando se escribe, que se ponga la fecha del mes y año en que se escribe, y no la del día de la semana; y para mayor respeto, hay que ponerla al pie de la página en que acaba la carta, del lado izquierdo,

debajo de la palabra Señor. Sin embargo, en las cartas de negocios, es mejor poner la fecha al comienzo, a lo alto, del lado derecho, pues conviene que el que la reciba sepa su fecha antes de leerla; también se puede hacer así cuando se escribe a un familiar o a un inferior.

Cuando se escribe a una persona superior, es totalmente contrario al respeto poner besamanos para otros al pie de la carta; y no lo es menos dirigir besamanos y recomendaciones a personas que son de rango muy superior a uno, o darles por carta algún encargo parecido; esto sólo está permitido entre amigos y entre personas iguales o familiares.

Esta clase de cortesía al pie de las cartas se hace ordinariamente de este modo: Permítame, le ruego, Señor, asegure al Señor N., o a la Señora N., de mis humildes servicios y respetos; o: Le pido muy humildemente que asegure a, y acepte, si le place, Señor, que envíe aquí mis más humildes besamanos al Señor N., a la Señora N.

Si la carta está escrita por todos los lados, hasta abajo, no es cortés meterla así en el sobre; es conveniente cubrir la última página con un papel en blanco y pegarlo por un borde a la carta escrita.

Cuando se escribe a una persona que se debe respetar mucho, es decente meter la carta en un sobre blanco y bien limpio, y escribir la dirección en el sobre y no en la carta.

La dirección de una carta comienza con estos términos: Al Señor, Señor A., se pone en lo alto de la parte superior de la carta, al principio de la línea, del lado izquierdo, y esta palabra Señor, o bien Al Señor, todo seguido, se pone al final de la misma línea, del lado derecho; al pie del sobre, o del dorso de la carta, se repite la palabra Al Señor, luego se pone el nombre de la persona a la que se escribe, su rango y su residencia, de este modo:

Señor N. Consejero del Rey... calle... abajo del todo, en el ángulo de la carta, del lado derecho, se pone el nombre de la ciudad en que reside esta persona, París, por ejemplo, si reside en París. Es muy descortés en el que escribe, tasar el precio de la carta, poniendo, por ejemplo, (porte tres soles). Si se escribe a una persona que esté muy por encima de uno, se pone ordinariamente en lo alto de la parte superior de la carta, en la mitad de la línea, Para; y hacia la mitad del papel, el resto de la dirección, todo seguido, y abajo del todo, en el ángulo, el nombre de la ciudad en que reside la persona a la que se escribe. Se pueden escribir esquelas a una persona igual, familiar o inferior; también se puede hacer con personas superiores, cuando se les escribe a menudo; la dirección en las esquelas se pone como en las cartas.

Cuando alguno de nuestros amigos nos lo pide, o si alguna persona a la que debemos respeto manda abreviar las ceremonias que se usan al escribir las cartas y que se le escriba en esquelas, es decir, seguido, sin poner Señor al principio y sin dejar claros, se debe hacer, por no hacerse molesto y por respeto al que lo manda.

Cuando se escribe una esquela, hay que poner Señor en el cuerpo de la misma, después de las primeras palabras, de este modo: usted sabe, Señor, etc., y escribirlo y repetirlo como en las cartas; y al fin hay que poner seguido: Soy enteramente, Señor, su muy humilde y obediente servidor.

Nunca se debe leer cartas, ni esquelas, ni papeles, ni nada, cuando se está en compañía, a menos que sea tan urgente que no pueda uno dispensarse de ello; no está siquiera permitido en presencia de otro, a menos que sea uno muy superior al mismo.

Cuando se está obligado a leer una carta, estando en compañía, se deben pedir excusas al grupo, y pedirle tenga a bien permitir que se dé respuesta a la persona que la ha traído; después debe levantarse, si se estaba sentado, y retirarse aparte para leer la carta en voz baja.

Es muy descortés, cuando se ha empezado a leer en voz alta una carta, u otra cosa cualquiera, para comunicarla a otros, leer en voz baja, o entre dientes, alguna parte que se quiere ocultar a los demás. Y cuando se ha leído aparte una carta, es conveniente mostrarse complaciente, al regresar al grupo, y declararles lo que se pueda decir, particularmente si es alguna noticia, afín de no parecer misterioso en sus asuntos. Cuando alguien presenta una carta a otro, si el que la presenta es superior, y si esta carta concierne los asuntos de aquel a quien la presenta, lo que podrá fácilmente saber, no debe ni abrirla, ni leerla delante de esta persona.

Si esta carta se refiere a los intereses de la persona que la presenta, ésta puede buenamente abrir la carta en su presencia, haciéndole de antemano alguna muestra de cortesía.

Cuando se da uno cuenta de que alguien quiere leer una carta en secreto, no se le debe acercar en absoluto, a menos que el que la lee le pida que lo haga.